



AÑO 11.

NUM. 128.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

AGOSTO 1899

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

TIERRAS VIRGENES

(CONTINUACIÓN).

XVI

Al levantarse Nejdánof, no experimentó la más pequeña turbación al recordar lo que le había pasado la víspera: antes al contrario, se sentía lleno de cierta alegría sana y apacible, como si para él se hubiese cumplido una cosa cuya realización esperaba desde tiempo atrás.

Después de haber pedido permiso á Sipiaguin para alejarse por dos días, permiso que se le concedió sin vacilaciones, aunque con aire severo, Nejdánof se dirigió á casa de Markelof.

Antes de partir tuvo ocasión de ver á Maríana. La joven no estaba confusa ni turbada: tenía la mirada tranquila, y le tuteó también sin esfuerzo y sin trabajo.

Se inquietó tan sólo por lo que iba á saber en casa de Markelof, y le suplicó que le diese conocimiento de todo.

—Eso no hay que advertirlo—respondió Nejdánof.

«En efecto—pensaba el joven,—¿por qué habíamos de turbarnos? En nuestras relaciones, el sentimiento personal desempeña un papel... secundario. Estamos unidos para siempre... ¿en nombre de la obra? ¡Sí, en nombre de la obra!»

Así discurría Nejdánof, sin sospechar lo que había de verdadero y de falso en lo que pensaba.

Encontró á Markelof en el mismo estado de espíritu, malhumorado y fatigado. Después de comer juntos se pusieron en camino en el coche ya conocido (el caballo de varas cojeaba todavía y se le había reemplazado por un potro de un campesino, utilizado por las circunstancias, y que no había sido enganchado nunca), dirigiéndose á la gran fábrica de hilados del comerciante Faleief, dirigida por Solomine.

La curiosidad de Nejdánof estaba sumamente excitada: sentía gran deseo de conocer á este hombre, de quien tanto había oído hablar de algún tiempo á aquella parte.

Solomine estaba ya advertido, y, en cuanto los dos viajeros hubieron llegado delante de la puerta de la fábrica y dieron su nombre, fueron introducidos en la caseta que ocupaba el mecánico gerente. Encontrábase éste en aquel momento en el taller principal de la fábrica. Mientras que un obrero corrió á anunciar á los visitantes, tuvieron éstos tiempo de aproximarse á la ventana y mirar por ella.

La fábrica mostraba hallarse en completa prosperidad y asediada á pedidos; por todos lados sonaba el ruido estridente, el zumbido de una actividad incesante; las máquinas soplaban y golpeaban; los obreros gritaban, las ruedas chirriaban y zumbaban las correas; por todas partes rodaban y desaparecían los carretones, los toneles, los carros cargados. Los gritos, las voces de mando del capataz, los silbidos de las máquinas se cruzaban en el aire. Los obreros, con sus camisas sujetas á la cintura y los cabellos atados con una correa, y las obreras con trajes de indiana descoloridos, atravesaban el patio á toda prisa, mientras que los caballos enganchados marchaban con paso torpe ó lento. En derredor se sentía vibrar, palpitar y moverse la fuerza de un millar de seres humanos. Todo aquello funcionaba regularmente, sin interrupción y de un modo acompasado.

No solamente no se veía allí ni elegancia ni cuidado, ni

siquiera aseo; al contrario, por todas partes se notaban la negligencia, la suciedad, el lodo y el hollín: aquí un vidrio roto; allí un pedazo de yeso arrancado; más lejos las tablas de un tabique hechas pedazos; un mar completamente negro, con cierto reflejo de podredumbre, ocupaba el centro del patio principal; no lejos de algunos montones de ladrillos esparcidos, restos de esteras, de tela de embalar, cajones, cabos de cuerdas arrastrándose sobre el suelo húmedo.

Algunos perros, con el pelo erizado y flacos los ijares, andaban de un lado para otro sin ladrar; un chiquillo de cuatro años, panzudo, con los cabellos revueltos y manchado de hollín, estaba sentado en un rincón contra una empalizada y sollozaba como si el universo entero le hubiese abandonado; más allá, manchada también de hollín y rodeada de unos cuantos cochinitos rojos, una cerda devoraba unos tronchos de berza, de una cuerda había pendientes varios andrajos: una verdadera fábrica rusa. ¡Qué hedor allí! ¡Qué exhalaciones más infectas!...

Nejdanof se volvió hacia Markelof.

—Se me han ponderado tanto las aptitudes especiales de Solomine, que, lo confieso, todo este desorden me sorprende. No es esto lo que yo esperaba.

—No es desorden — contestó Markelof — es la porquería rusa. Hay aquí, sin embargo, muchos millones. Solomine ha debido tener en cuenta los hábitos antiguos, la índole de la empresa y el carácter de su patria. ¿Usted sabe lo que es Faleief?

—No.

—Es el mayor araña-cuartos de Moscú. Un burgués de los de acá.

En este momento entró Solomine. Su llegada fue una nueva desilusión para Nejdanof. A la primera ojeada, Solomine le hizo el efecto de un finés, ó más bien de un sueco.

Era de alta estatura, rubio, delgado y vigoroso. Tenía la cara alargada, amarillenta, la nariz corta y las ventanas an-

chas; los ojos verdes, tranquila y segura la mirada; los labios gruesos y algo prominentes; grandes y blancos los dientes; la barba cuadrada y sombreada apenas por un ligero vello.

Vestía traje de obrero, ó más bien de fogonero: chaqueta vieja con bolsillos excesivamente abiertos por el uso; gorra de tela impermeable, toda abollada; botas embreadas y bufanda de lana á guisa de corbata.

Al mismo tiempo que él entró un hombre de unos cuarenta años, que tenía raro aspecto, tanto por la movilidad de su rostro como por sus ojos negros y relucientes, cuya mirada rápida envolvió á Nejdánof desde el primer momento. Conocía de antes á Markelof. Se llamaba Pavel, y era una especie de *factotum* de Solomine.

Este se aproximó á sus visitantes sin pronunciar palabra, estrechó con su callosa mano las manos de ellos, sacó de un cajón un paquete cerrado y lo dió sin hablar á Pavel, que salió inmediatamente. Después se estiró, se quitó la gorra, se sentó en un taburete de madera pintada y, señalando con un gesto el diván, dijo á los dos visitantes:

—Si tienen la bondad.....

Markelof, antes de nada, presentó Nejdánof á Solomine: éste estrechó la mano del recién venido.

En seguida, Markelof comenzó á hablar de *la obra* y de la carta de Basilio Nicholaievitch. Nejdánof dió la carta á Solomine. Mientras que la leía éste con gran atención y sin apresuramiento, Nejdánof le miraba.

Solomine se había sentado cerca de la ventana: el sol, ya bajo, iluminaba vivamente su semblante curtido y sudoroso, y sus rubios cabellos cubiertos de polvo, en cuyo derredor flotaba una porción de átomos dorados. Las ventanas de la nariz se hinchaban ligeramente durante la lectura, y sus labios se movían como si fuesen pronunciando cada palabra. Mientras tanto, sujetaba fuertemente la carta á la altura de sus ojos. Todo esto, Dios sabe por qué, hizo buena impresión en Nejdánof.

Solomine devolvió el papel al joven, se sonrió y comenzó á escuchar á Markelof, que estuvo hablando fuerte durante largo tiempo. Cuando hubo acabado, dijo Solomine con voz algo velada, pero joven, fuerte, que fue también del agrado de Nejdánof:

—Escuchen ustedes: este sitio no es muy cómodo para hablar; iremos á casa de usted, que dista de aquí sólo siete verstas. Han venido ustedes en coche, ¿no es así?

—Sí.

—Supongo que habrá un asiento para mí. Dentro de una hora acabo aquí mi trabajo y estaré libre. Hablaremos. ¿Usted tampoco tiene nada que hacer?—preguntó á Nejdánof.

—Nada, hasta pasado mañana.

—Perfectamente. Pasaremos la noche en casa de usted, si no tiene inconveniente en ello Sergio Nikolaievitch.....

—Con mucho gusto.

—Corriente: dentro de una hora estaré listo. Me permitirán ustedes que me arregle un poco.

—¿Y qué tal va la fábrica?—preguntó con tono significativo Markelof.

Solomine volvió los ojos.

—Ya hablaremos—dijo.—Espérenme aquí; pronto vuelvo: se me ha olvidado una cosa.

Salió. Sin la buena impresión que había causado á Nejdánof, éste hubiera tal vez, aludiendo á lo tiznado de Solomine, pensado y quizás dicho á Markelof:

—¿Acaso no está bien arreglado?

Mas no se le ocurrió semejante cosa.

Una hora después, y cuando todos los pisos de la fábrica vomitaban bocanadas ruidosas de obreros por todas las escaleras y puertas de los talleres, un carruaje, en que iban sentados Markelof, Nejdánof y Solomine, salía al camino por la puerta grande del patio.

—Basilio Fedoytch—gritó Pavel á Solomine, á quien había acompañado hasta la puerta.—¿Es preciso comenzar?

—Espera un poco—respondió Solomine:—se trata de cierta empresa—dijo á sus compañeros.

Llegaron á Borzionkovo, comieron, y después de haber encendido sus cigarros, entablaron una de esas interminables conversaciones de noche, familiares entre los rusos, conversaciones que no tienen semejanza en ningún otro pueblo.

También en esto, Solomine defraudó las esperanzas de Nejdánof. El nuevo personaje hablaba poco, tan poco, que se podía asegurar de él que no hablaba; pero, en cambio, escuchaba con una atención siempre sostenida, y cuando hacía una observación era exacta y muy breve.

Solomine no creía en la inminencia de una revolución en Rusia; mas no queriendo imponer su criterio, dejaba que los otros probasen sus fuerzas y les miraba, no de lejos, pero sí de lado.

Conocía perfectamente á los revolucionarios de San Petersburgo, y simpatizaba con ellos hasta cierto punto, porque, al fin y al cabo, él también pertenecía al pueblo; mas no se daba cuenta de la indiferencia de ese mismo pueblo, sin cuyo concurso «nada prosperaría»: de aquel pueblo al que era necesario preparar durante largo tiempo, mas de otra manera y hacia otro objeto.

He aquí por qué permanecía, como hemos dicho, *de lado*; no como hombre que impide que otros obren, sino como persona de buen sentido que no quiere perderse á sí propio, ni perder á los demás. En cuanto á escuchar, ¿por qué no? De todos modos, algo podría aprender.

Solomine era hijo único de un cantor de iglesia.

Tenía cinco hermanas, todas casadas con gente eclesiástica; pero él, con consentimiento de su padre, persona sobria y amiga del orden, había dejado el Seminario, dedicándose al estudio de las Matemáticas, y sobre todo de la Mecánica, hacia la cual sentía verdadera vocación. Un inglés, director de una fábrica, en cuya casa entró siendo en ella considerado como un hijo, le había facilitado los medios de ir á Manchester, de per-

manecer allí dos años y de aprender el inglés. Poco después entró en la fábrica del industrial de Moscú. Mostrábase exigente con sus subordinados, porque así lo había aprendido en Inglaterra; mas, á pesar de esto, los amaba.

—Es de los nuestros—decían los trabajadores.

Su padre estaba muy contento con él, extrañando sólo que no quisiera casarse.

Durante aquella conversación nocturna, Solomine, según hemos dicho, estuvo callado casi constantemente; mas cuando Markelof comenzó á hablar de las esperanzas basadas en los obreros de fábrica, Solomine, con brevedad, según su costumbre, manifestó que los obreros de Rusia son sumamente sencillos y que no se parecían en nada á los obreros de otros países.

—¿Y los *mujiks*?—preguntó Markelof.

—¿Los *mujiks*? Hay entre ellos bastante número de acaparadores, que irá creciendo en años sucesivos; pero éstos no se cuidan más que de una cosa, de su interés: los otros son borrégos..... ¡Y cuántas tinieblas!....

—Entonces ¿dónde buscar?

Solomine se sonrió.

—Buscad y encontraréis.

Sonreía casi constantemente: su sonrisa, como su persona, era á un mismo tiempo sencilla y reflexiva.

Frente á frente de Nejdánof tenía una actitud particular. El joven estudiante adivinaba en él un sentimiento simpático, casi tierno.

Hubo un momento en que Nejdánof repentinamente se excitó hasta ponerse rojo. Solomine se levantó dulcemente, y atravesando con lentitud el cuarto fué á cerrar una ventana que estaba abierta cerca del sitio que ocupaba Nejdánof.

—Conviene no constiparse — dijo con bondad, como respondiendo á la mirada sorprendida del joven.

Nejdánof le preguntó qué ideas sociales tenía el proyecto de introducir en la fábrica que se le había confiado, y si te-

nía intención de hacer participar á los obreros de los beneficios.

—¡Pobre amigo mío! — respondió Solomine. — Nada más que para dejarnos organizar una escuela y un hospitalillo, el patrón se ha puesto como un oso.

Sólo una vez Solomine se puso seriamente furioso, y con tanta fuerza dió sobre la mesa con el puño, que hizo saltar todo, incluso un proyectil de cuarenta libras que estaba cerca del tintero. Aquella exaltación se había producido al referir un juicio inicuo y ciertos vejámenes sufridos por un *artel* (1) de obreros.

Cuando Nejdánof y Markelof empezaron á hablar de las medidas que convenía tomar para poner en práctica sus planes, Solomine les escuchó con curiosidad, hasta con respeto, pero no llegó á pronunciar ni una palabra.

La conversación duró hasta las cuatro de la madrugada, ¿y de qué cosa no se hablaría? Entre otras, Markelof aludió al infatigable viajero Kisliakof; á sus cartas, que cada vez eran más interesantes. Prometió á Nejdánof mostrarle algunas, y aun dejar que se las llevase, á causa de su extensión y de su escritura no muy fácil de descifrar. ¡Eran además tan sabias!..... Hasta versos contenían, no de poesía ligera y frívola, sino de poesía tendenciosa en sentido social.

De Kisliakof, Markelof pasó á los soldados, á los ayudantes de campo, á los alemanes que servían en Rusia, y hasta á los artículos que él había escrito sobre artillería.

Nejdánof, por su parte, habló del antagonismo que existía entre Heine y Boerne, se ocupó de Proudhon y del realismo en el arte.

En cuanto á Solomine, escuchaba atentamente fumando su cigarro; y sin dejar de sonreír, sin haber dicho una sola pala-

(1) *Artel*, grupo de trabajadores del mismo taller, que forman una especie de Sociedad cooperativa existente desde largo tiempo ha en Rusia.

bra en contra de lo que oía, mostraba, sin embargo, que comprendía mejor que los otros dónde estaba la verdad.

Dieron las cuatro..... Nejdanoſ y Markeloſ, cansados, apenas si podían tenerse en pie; Solomine estaba como si tal cosa. Los amigos se separaron, después de haber convenido en partir al día siguiente por la mañana á la ciudad y en ir á ver al comerciante Goluchkin—el viejo creyente—para hacer propaganda. Goluchkin estaba lleno de ardor, y había prometido afiliar prosélitos. Solomine expresó una duda:

—¿Vale la pena de ir á ver á Goluchkin?

Después añadió:

—¿Por qué no?

XVII

Todavía dormían los huéspedes de Markeloſ, cuando éste recibió una carta de su hermana Mad. Sipiaguin.

Valentina le hablaba en esta carta de algunos asuntos insignificantes, le suplicaba que le devolviese un libro que le había prestado, y como si no dijese nada, y por vía de post-data, le daba parte de una noticia chistosa: su antiguo amor, Mariana, se había enamorado del preceptor Nejdanoſ, y recíprocamente..... y no era un rumor sin fundamento: lo había visto ella con sus propios ojos y escuchado con sus propios oídos.

El rostro de Markeloſ se puso sombrío como la noche.

No pronunció ni una palabra: entregó al mensajero el libro pedido, y encontrando á Nejdanoſ, que bajaba de su cuarto, le dió los buenos días, como de ordinario, entregándole al propio tiempo el paquete de cartas de Kisliakoſ que le había prometido; mas no se quedó con él, sino que salió para ir á vigilar los trabajos.

Nejdanof se volvió á su cuarto y se puso á examinar las cartas.

El joven propagandista hablaba constantemente de sí y de su actividad febril; según sus propias expresiones, había rodado durante el último mes sobre los caminos de 11 distritos, había visitado nueve ciudades, 20 nuevos pueblos, 53 aldeas, una alquería y ocho fábricas. Había pasado diez y seis noches sobre el heno de los pajares, una en una caballeriza y otra en un establo de vacas (aquí añadía entre paréntesis, con una *nota bene*, que su piel era de tal naturaleza que no le picaban las pulgas).

Había penetrado en las cabañas de los obreros y en las barracas y casetas de los caminos de hierro; por todas partes había instruído, predicado y repartido proclamas, y recogido al vuelo datos utilísimos, esparciendo aquéllos á diestro y siniestro y reteniendo los segundos en su memoria, mediante los más perfeccionados procedimientos de la mnemotecnia moderna. Había escrito 11 largas epístolas, 28 pequeñas, 18 billetes (cuatro con lápiz, uno con sangre y otro con hollín diluído en agua). Había podido hacer tantas cosas, porque sabía distribuir sistemáticamente el tiempo, según los perceptos de Quintín Jonshon, de Soeslitski, de Carelius y otros estadistas y publicistas.

Después volvía á hablar de sí mismo, de su estrella, de la manera cómo había completado la teoría de la atracción pasional de Furier. Este filósofo, decía, era el primero que había encontrado la verdadera base, y no pasaría sobre la tierra sin dejar huella. Se asombraba también de que él, joven de veintidós años, hubiese ya resuelto todos los problemas de la vida y de la ciencia. Por último, declaraba que transformaría á Rusia y la daría la vuelta como á un guante.

¡*Dixi!* ponía al final de lo escrito. Este *dixi* aparecía á menudo en las cartas de Kisliakof, y siempre con signos de exclamación.

Una de aquéllas contenía una composición en verso de ca-

rácter socialista, dirigida á una joven, y que comenzaba por estas palabras:

«Ama, no á mí, sino á la idea.»

Nejdanof se asombró más todavía que de la presunción de Mr. Kisliakof, de la candidez de Markelof. Mas, después de reflexionar, se dijo:

«¡Bah! Kisliakof será útil también á su manera. ¡Abajo la estética!»

Los tres amigos se reunieron en el comedor á la hora del té; sin embargo, no se reanudó la conversación de la víspera; Ninguno de ellos parecía tener deseo de hablar. Solomine era el único que estaba tranquilo; el silencio de los otros dos revelaba una secreta agitación.

Cuando hubieron terminado de tomar el té se dirigieron á la ciudad. El viejo servidor, sentado á la zaga del coche, acompañó á su amo con la triste expresión y la melancólica mirada que le era habitual.

El comerciante Goluchkin, con quien Nejdanof debía trabar conocimiento, era hijo de un viejo creyente que se había enriquecido vendiendo drogas. No había aumentado la fortuna de su padre, porque era un vividor, un epicúreo á la manera rusa, y carecía de las condiciones que son necesarias para el comercio.

Tenía unos cuarenta años; era un poco obeso y nada esbelto, picado de viruelas y con ojos parecidos á los del cerdo. Hablaba con volubilidad palabras atropelladas, moviendo constantemente brazos y piernas con golpe de risa forzada... En suma: tenía aspecto de niño mimado, un tanto necio y vanidoso.

Se consideraba hombre civilizado porque vestía á la alemana, tenía casa abierta y relaciones con personas ricas. Asistía al teatro y protegía á las actrices cascadas, con las cuales conversaba en una lengua extraordinaria que tenía la pretensión de ser francés.

Su pasión dominante era la sed de popularidad; hubiese

querido que el nombre de Goluchkin resonase en el Universo entero y que se hablase de Capiton Goluchkin como se habla de Suvarof y de Patiomkin (1).

Esta pasión, que acabó por vencer su avaricia nativa, le había lanzado, como solía decir, no sin orgullo, en la oposición. Al fin se hizo nihilista; profesaba opiniones exaltadas, se burlaba de su propia secta, comía carne en Cuaresma, jugaba á las cartas y bebía Champagne como agua. Jamás le habían producido disgustos sus opiniones, porque, según decía, las autoridades estaban ganadas por su dinero, todos los huecos estaban tapados, todas las bocas cerradas, taponadas todas las orejas.

Era viudo, sin hijos; los de su hermana le rodeaban con humildad parecida á la servidumbre; pero Goluchkin les trataba como á aldeanos sin educación, como á bárbaros, y rara vez les permitía que se presentasen delante de él.

Habitaba una hermosa casa de piedra, mal decorada; unas habitaciones estaban amuebladas á la europea, otras no contenían más que algunas sillas y un diván de gutapercha. Por todas partes había cuadros cubiertos de pátina unos, otros representado paisajes rojos, marinas violáceas, el *Beso*, de Moller, gordas mujeres, desnudas, con las rodillas y los codos rojizos.

Aunque Goluchkin no tenía familia propiamente dicha, su casa estaba siempre llena de entrantes, salientes y parásitos, á quienes aceptaba, no por liberalidad, sino á causa de la sed de popularidad de que hemos hablado y que le consumía, y por tener gentes á quienes mandar y delante de las que se daba tono.

—Mis clientes—solía decir con arrogancia.

Jamás leía, pero tenía una memoria privilegiada para retener frases sentenciosas.

Los tres amigos encontraron á Goluchkin en su gabinete,

(1) Pronunciación rusa de Polemkin.

embutido en un gran gabán, con un cigarro en la boca y leyendo un periódico. En cuanto los vió se levantó, se movió á derecha é izquierda, se puso colorado, gritó que preparasen la comida, hizo una pregunta, se echó á reir á propósito de otra cosa..... todo ello á la vez.

De los tres visitantes conocía á dos. Nejdanof le era desconocido. Al oír que era estudiante se echó á reir, y estrechándole de nuevo la mano, exclamó:

—¡Bravo, bravo! ¡Excelente refuerzo! ¡Ciencia, esto es, luz; ignorancia, es decir, tinieblas! Por mi parte no tengo ni un adorme de instrucción, mas comprendo las cosas, porque me voy derecho al bulto.

Nejdanof creyó notar que Goluchkin estaba un poco cortado..... Que tenía así como miedo..... Estaba en lo cierto. A la vista de todo semblante desconocido, Goluckin decía para sus adentros:

—¡Cuidado, Capiton, no te metas en la boca del lobo!

Así es que se puso á hablar, con su acostumbrado tartamudeo, y con la precipitación y ligereza que le eran habituales, del misterioso Basilio Nicholaievich, de su carácter, de la necesidad de la propaganda (conocía perfectamente esta palabra, que solía pronunciar con lentitud), de cierta nueva cuestión de suma importancia que él, Goluchkin, había descubierto.

Según el momento se acercaba, todo estaba á punto para el golpe de bisturí (al decir esto miraba á Markelof, que ni siquiera movió las cejas). Volvióse después hacia Nejdanof, y empezó á alabarse por el mismo estilo que acostumbraba á hacerlo Kisliakof, el gran corresponsal.

Largo tiempo había que abandonara la barbarie: conocía perfectamente los derechos de los propietarios (también tenía este nombre esculpido en su memoria); si había reemplazado su comercio por las operaciones de banca, que aumentaban su capital, era sencillamente porque este capital, en un momento dado, fuese útil á..... al movimiento general, útil..... para

el pueblo..... por decirlo así.....; mas, en cuanto á él, á él, Goluchkin, en el fondo de su pensamiento, despreciaba el capital.

En este momento, un criado entró llevando un refrigerio. Goluchkin tosió con aire significativo; invitó á aquellos señores á que tomasen un bocado, y, para dar ejemplo, se bebió de un trago un vaso de aguardiente con pimienta.

Los recién venidos comieron. Goluchkin se llenaba la boca de trozos enormes de *caviar* concentrado, y bebía á proporción.

—Vamos, señores—decía,—hacedme el favor de poner os de este plato.....

Dirigiéndose de nuevo á Nejdánof, le preguntó de dónde venía, dónde vivía y si pensaba estar en el país durante mucho tiempo.

Cuando supo que vivía en casa de Sipiaguin exclamó:

—Conozco á ese señor: una cabeza vacía.

Y con este motivo, se puso á hablar de los propietarios del Gobierno de S....., declarando que carecían de todas las cualidades del ciudadano, y además ignoraban lo que convenía á sus propios intereses.

Mas, cosa extraña: mientras que tan enérgicamente se explicaba, demostraban sus ojos muertos no poca inquietud.

Nejdánof no acertaba á descifrar lo que pudiera ser aquel hombre, ni en qué cosa podría serles útil. Solomine estaba tan silencioso como de costumbre, y Markelof tenía un aire tan sombrío, que Nejdánof acabó por preguntarle:

—¿Qué tiene usted?

A esta pregunta respondió Markelof:

—Nada,—con el tono que se emplea para indicar que se tiene algo que decir, pero que se tiene por conveniente callar.

Goluchkin reanudó sus críticas; de pronto comenzó á ensalzar la nueva generación:

—¡Qué vigorosas inteligencias! ¡Qué vigorosas!

Solomine le interrumpió para preguntarle que de qué jóvenes hablaba y en dónde los había visto.

Goluchkin se echó á reir, según su costumbre, y dijo:

—¡Ya los verá usted! ¡Ya los verá usted!

Preguntó luego á Solomine por su fábrica y por el avaro de su patrono.

Solomine sólo contestó con monosílabos. Sirvió Champagne á todos, é inclinándose hacia Nejdánof, dijo:

—¡Por la República!

Y de un trago se bebió una copa.

Nejdánof hizo ademán de beber; Solomine se excusó, diciendo que jamás bebía sino por la mañana, y Markelof, con aire colérico, vació el vaso hasta la última gota. Le atormentaba visiblemente la impaciencia.

—Hemos venido aquí para otra cosa—parecía querer decir—y aún no nos hemos entendido. Señores—dijo al fin, con tono malhumorado y dando un golpe sobre la mesa.

Mas, en el momento en que iba á tomar la palabra, entró un individuo con el cabello lacio, el aspecto enfermizo y con un hocico de los que se acostumbran á llamar en Rusia cuello de botella. Llevaba una especie de caftán de los que suelen usar los comerciantes, y se adelantaba con prudencia y los brazos separados. Este individuo saludó á los huéspedes y murmuró algunas palabras al oído de Goluchkin.

—En seguida, en seguida—dijo éste con precipitación.—Señores, suplico á ustedes que me dispensen. El señor Varin, que me sustituye en mis negocios, acaba de darme cuenta de cierto asunto que me obliga á dejar á ustedes por un momento; pero supongo que vendrán á comer conmigo hoy á las tres; entonces estaremos más á nuestra libertad.

Solomine y Nejdánof no sabían qué responder; pero Markelof, con el mal talante que había tenido hasta entonces, y que se manifestaba en su semblante y en su voz, respondió:

—Sí, vendremos. Si no, ¿qué especie de tontería sería la de haber venido?

—Gracias, gracias—replicó Goluchkin.

E inclinándose hacia Markelof, añadió:

—De todos modos, doy mil rublos para la obra.

Por tres veces presentó la mano con los dedos pulgar é índice extendidos, como prueba de sinceridad. Después que hubo acompañado á los huéspedes hasta la puerta, se detuvo en el umbral, y dijo:

—A las tres les espero á ustedes.

—Espérenos—contestó Markelof.

Cuando estuvieron en la calle, Solomine les dijo:

—Señores, voy á tomar un coche para volverme á mi fábrica. ¿Qué tenemos que hacer hasta la hora de la comida? ¿Recorrer las calles? En cuanto á nuestro huésped, me hace el efecto del cabrito, que no tiene ni lana ni leche.

—Lana sí que había—gruñó Markelof con su tono de siempre.—Goluchkin me ha prometido dinero. A menos que no quisiérais haceros los interesantes. Es preciso no ser tan mirados en nuestra posición.

—No soy un desilusionado, usted lo sabe—respondió tranquilamente Solomine.—Pero yo me pregunto para qué se necesita de mi presencia. Por lo demás—añadió mirando á Nejdánof y sonriendo—si es que os agrada, me quedo. Como dice el proverbio: «Se muere bien cuando no se está solo.»

Markelof levantó la cabeza.

—Hasta que llegue la hora, vámonos al jardín de la ciudad. Allí veremos gente.

—Vámonos.

Echaron á andar Markelof y Solomine delante, Nejdánof detrás.

XVIII

Hallábase Nejdánof en una extraña situación de espíritu. En dos días, ¡cuánta nueva impresión, cuánto rostro nuevo!...

Por la primera vez en su vida se hallaba en relaciones con una joven á quien, según todas las señales, amaba de verdad;

había asistido á los comienzos de una obra á la cual también, según todas las apariencias, había consagrado sus fuerzas. En suma, ¿estaba contento? No.

¿Vacilaba, tenía miedo, se sentía intranquilo?

No por cierto.

¿Sentía esa tensión interior, esa ansiedad que recorre las filas de los soldados cuando la lucha se aproxima? Tampoco.

¿Tenía fe en la obra? ¿Creía en su amor? ¡Oh falsedad de la estética! ¡Escéptico!, decía para sus adentros. ¿Por qué aquella fatiga, por qué su repugnancia á hablar, excepto cuando gritaba furioso? ¿Qué voz era aquella que trataba de sofocar con sus gritos? ¡Y Mariana, aquella joven tan fiel y tan buena, aquella alma pura y fuerte, aquella joven valerosa y que le amaba!..... ¿No debía considerarse feliz de haberla vuelto á encontrar por haber merecido su amistad y su amor?

Y aquellos dos hombres que caminaban delante de él, aquel Markelof, aquel Solomine, á quien apenas conocía y que tan simpático le era, ¿no eran, cada uno por su estilo, excelentes representantes de la vida rusa? Su intimidad, ¿no tenía también mucho de agradable? ¿Por qué, pues, aquel sentimiento de vaga angustia y de temor? ¿Por qué semejante tristeza? Eres un soñador, un melancólico, murmuraba entre dientes. ¿Qué especie de revolución intentas? ¡Poeta de aleluyas, vete á un rincón y vive allí con tus ruines pensamientos y tus mezquinas impresiones; revuelve allí tus menudas sutilezas psicológicas, y no se te ocurra imaginar que tus caprichos, tu exasperación enfermiza y nerviosa, se asemejan en lo más mínimo á la viril indignación y á la honrada cólera de un hombre convencido! ¡Oh Hamlet, príncipe de Dinamarca! ¿Cómo salir de tanta sombra, qué hacer para no imitarte en todo, hasta en la vergonzosa alegría que uno siente en injuriarse á sí mismo?

—¡Alejo, amigo mío! Hamlet ruso—gritó una voz chillona y conocida de Nejdanof, como eco de todas aquellas reflexiones,—¿es posible que te esté viendo?

Nejdanof levantó los ojos y experimentó grandísima sor-

presa al ver á Paklin, Paklin en persona en traje casi de pastor, con una chaqueta de verano clara, sin corbata, con un sombrero de paja encasquetado en la nuca, adornado con una cinta azul, colgados los pies y con zapatos lustrosos.

Paklin se acercó cojeando á Nejdánof y le cogió de la mano.

—En primer lugar—le dijo,—estando en un jardín público, es menester que, según la antigua costumbre, nos abracemos por tres veces; una, dos, tres. En segundo lugar, has de saber que aunque no te hubiese encontrado hoy, habrías tenido el gusto de verme mañana, porque conozco el lugar de tu residencia, y había venido aquí con objeto de buscarte. ¿Por qué causa? Ya lo sabrás más tarde. Finalmente, preséntame á tus amigos. Dime quiénes son y á ellos quién yo soy, y con esto no nos faltará nada para nuestro contento.

Nejdánof cumplió con lo que su amigo acababa de decirle, presentando á Markelof y Solomine, diciendo lo que cada uno era, lo que hacían y los lugares de sus respectivas residencias.

—Perfectamente—dijo Paklin.—En tanto, permitid que os conduzca lejos de la gente, hasta un banco solitario en el cual suelo sentarme cuando me entrego á mis sueños y disfruto de los encantos de la naturaleza. La vista que desde allí se goza es agradabilísima: se distingue la casa del gobernador, las garitas rayadas de blanco y negro, tres gendarmes y un perro. No se muestren ustedes sorprendidos con los discursos con que trato en vano de hacer á ustedes reír. Afirman mis amigos que represento el espíritu ruso. Esta es, sin duda, la razón de mi cojera.

Paklin condujo á sus amigos hasta el banco solitario, é hizo levantar á dos mendigos. Los jóvenes «cambiaron impresiones», cosa molesta en los primeros momentos y completamente inútil.

—Esperen ustedes—dijo de repente Paklin, dirigiéndose á Nejdánof.—Ante todo, es preciso que yo te explique por qué estoy aquí. Tú ya sabes que todos los veranos acompaño á mi hermana, no importa á dónde. Cuando supe que ibas á residir

en los alrededores de este pueblo, recordé que hay aquí dos personas dignas por cierto de estudio, un marido y su mujer, que son algo parientes nuestros..... por parte de madre. (Mi padre era un burgués; Nejdánof ya lo sabía, pero Paklin lo decía para que los otros dos se enterasen.) Mi madre era noble: al cabo de no se sabe el tiempo, estos parientes se han dignado invitarnos.—¡Atención!—me he dicho á mí mismo:—he aquí mi negocio. Mi hermana estará aquí; de modo que no habrá más que pedir..... Nos pusimos en camino, y aquí estamos. Y en verdad, en verdad, nadie puede figurarse lo bien que nos hallamos. Pero ¡qué personas tan originales! Es menester que las conozcan ustedes. ¿Y qué es lo que han venido á hacer á esta ciudad? ¿Dónde comen ustedes? ¿Qué asunto les ha movido á venir aquí?

—Comemos hoy—dijo Nejdánof—en casa de un cierto Goluchkin, un comerciante.

—¿A qué hora?

—A las tres.

—¿Y han venido ustedes á verle, para..... á fin de?....

Paklin echó una ojeada á Solomine, que se sonreía, y á Markelof, cuyo rostro se ensombreció rápidamente.

—Diles, mi querido Alejo..... hazles un signo masónico cualquiera..... Vamos, hazles saber que no deben disimular conmigo..... ¿No soy de los vuestros?

—Goluchkin es también de los nuestros — contestó Nejdánof.

—Está bien..... Pero hay tiempo hasta dentro de tres horas. Escuchen ustedes..... Vamos á casa de mis primos.

—Pero ¿has perdido la cabeza? ¿Cómo quieres que así, de golpe y porrazo?.....

—No te inquietes: es cuenta mía. Figúrate un oasis. Ni política, ni literatura, ni nada contemporáneo penetra allí dentro. Una casita panzuda como no hay otra: el olor que exhala es rococó puro, el aire que allí se respira también rococó, todo lo que se ve rococó. Catalina II, polvo, cestas.....

El siglo XVIII completo. Los dueños, figúrate dos viejecillos..... muy viejos, marido y mujer, de la misma edad, y sin arrugas, regordetes, correctos y siempre con sus pelucas, y con una bondad que raya en la tontería..... en la santidad..... una bondad sin límites..... Se me dirá tal vez que la bondad sin límites se junta á menudo con la ausencia de todo sentido moral..... Mas no entro en estas sutilezas; yo no me meto en semejantes honduras, y á una cosa me atengo, á que mis viejecillos son la crema de lo agradable. No han tenido hijos, ¡felices mortales! En la ciudad se les llama *los dichosos*, ó los imbeciles, ó los inocentes..... á escoger. Llevan trajes idénticos, una especie de capota rayada, hecha de una tela fuerte que ya no se encuentra en ninguna parte. Se parecen de un modo asombroso. La única diferencia que entre ambos existe es que ella lleva una gorra y él un kolpak con adornos parecidos á los de la gorra, mas sin cintas. Tan sólo los distingue lo del nudo. El marido no tiene barba. Se llama Tomás (Fomuchka), su mujer Eufemia (Fimuchka). Te aseguro que merecía que se pagase dinero para verlos. Se quieren lo increíble; todos los que van á verlos son bien recibidos. ¡Son lo más simpáticos! Una sola cosa está prohibida en su presencia, fumar, y no porque sean raskolniks (1), nada de eso. En su tiempo apenas se fumaba. Tampoco se conocían entonces en Rusia los canarios, así es que tampoco tienen en su casa uno siquiera de esos pajarillos. Convenid conmigo en que es curioso cuanto os estoy diciendo. Ea, vamos.

—Pero yo no sé..... empezó á decir Nejdanof.

—Espera, que no lo he dicho todo. Ambos tienen el mismo timbre de voz; si se cierra los ojos, no se sabe cuál de los dos es el que habla. Algo más de sensibilidad hay en la voz de Fomuchka. Ustedes, señores, que se preparan á la grande obra, acaso á una lucha terrible, ¿por qué antes de lanzarse en brazos de la tempestad no quieren chapuzarse un momento?

(1) Raskolniks, creyentes que odian el tabaco.

—En agua estancada—interrumpióle Markelof.

—Aun cuando así fuese. ¡Agua estancada! ¡Bueno! Pero no agua corrompida. Existen aquí, como en la estepa, aguas que no son corrientes, pero que permanecen límpidas porque en lo hondo hay manantiales de agua viva. Mis dos viejecillos tienen allí, en lo profundo de su corazón, manantiales ocultos y puros..... muy puros. En una palabra, ¿quieren ustedes saber cómo se vivía hace ciento ó ciento cincuenta años? Decídanse ustedes y vénganse conmigo. Vendrá un día y una hora, el mismo día y la misma hora para ambos, en que esos pobres pajarillos caerán de la rama en que se sostienen; todo el pasado acabará con ellos, la casa panzuda desaparecerá, y en su lugar nacerá todo lo que brota, como decía mi abuela, allí donde existió la *humanidad*, ortigas, jaramago, yerba, acedera silvestre y ajeno; la calle misma se borrará también, vendrán otras generaciones, y nada se verá semejante en los siglos de los siglos.

—Está bien — dijo Nejdánof. — ¿Y si fuésemos ahora mismo?

—Por mi parte tendría gran placer en ello,—indicó Solomine.—Nada tengo que hacer allí, pero lo que se nos cuenta es curioso. Si Mr. Paklin nos asegura que nuestra ida no ha de servir de molestia á nadie..... ¿por qué no ir?....

—Pueden ustedes estar seguros de que su visita les agrada-
rá mucho. Nada de ceremonia. ¡Cuando digo á ustedes que son bienaventurados!.... Ya verán si les hacemos cantar. ¿Y usted, Mr. Markelof, viene con nosotros?

Markelof se encogió de hombros, con mal talante.

—No es cosa de que me quede solo aquí. Guíenos usted.

Todos se levantaron del banco.

—¿Qué sombrío personaje es este?—dijo Paklin al oído de Markelof.—Parece un San Juan Bautista que se nutre de langostas..... nada más que langostas sin miel..... El otro, en cambio—añadió señalando á Solomine, con un movimiento de cabeza,—me gusta mucho. ¡Qué sonrisa tan bondadosa! No he

visto sonreír así más que á las personas que son superiores, sin saberlo ellas mismas.

—¿Y existe alguien así?—le preguntó Nejdánof.

—No muchas..... pero hay algunas—respondió Paklin.

XIX

Fomuchka y Fimuchka, ó lo que es lo mismo, Tomás Lavrentievitch Eofimia (Eufemia) Paolowna Subotchef, que pertenecían á la pequeña nobleza rusa, eran, ó poco menos, los más viejos habitantes de la ciudad de S.....

Casados muy jóvenes, se habían establecido desde tiempo inmemorial en la casa de madera de sus abuelos, situada en un extremo de la ciudad. Jamás habían viajado ni nunca modificaron en nada sus costumbres ni su género de vida. Parecía que el tiempo no había pasado para ellos. Ninguna novedad franqueó nunca los límites de aquel oasis.

No eran ricos; pero muchas veces, durante el año, sus colonos venían, como en los tiempos de la servidumbre, á traerles caza y provisiones. En la época fijada, el *starost* de la aldea venía á presentarles el *obrok* (1) y un par de faisanes, según decían, muertos en el bosque de los señores, bosque que en realidad no existía de largo tiempo atrás. Los dueños invitaban al *starost* á tomar el té en el umbral del salón, le regalaban una gorra de astrakán y un par de guantes de piel de gamo, y le despedían, deseándole un buen viaje.

Según la antigua costumbre, la casa estaba llena de sirvientes. El viejo criado Kalyopich, vestido con su camisola de cuello derecho, hecha de una tela muy fuerte, y abrochada con botones de cobre, anunciaba, como en otro tiempo, con voz soñolienta y temblorosa, que la comida estaba servida, quedándose después dormido de pie detrás de la silla de su

(1) Obrok, censo anual que los aldeanos pagaban á sus señores.

amo. Cuidaba la despensa y administraba las diferentes botellas, los cardamomos y los limones.

Cuando se le preguntaba si había oído hablar de la emancipación de los siervos, respondía invariablemente que se decían muchas tonterías en el mundo, que eso de la libertad había ocurrido en Turquía, y que á él, gracias á Dios, todo ello le tenía sin cuidado.

Había en la casa una enana, Pufka, destinada á divertir á los señores. La vieja criada Vassiliewna venía á la hora de comer, tocada con un gran pañuelo, y con voz semejante á un balido, hablaba de todo lo que había de nuevo: de Napoleón I, de la guerra de 1812, del antecristo, de los negros y blancos; algunas veces, con la barba apoyada en la palma de la mano y en actitud doliente, refería sus sueños y los interpretaba á su manera; también solía explicar lo que los naipes anunciaban.

La casa de los Subotchef difería de todas las otras casas de la ciudad: era de encina, con ventanas exactamente cuadradas, con sus dobles encerados siempre fijos, lo mismo en verano que en invierno. Contenía toda especie de camarines, gabinetes, rincones y pasillos, galerías con balaustradas y otras sostenidas por columnas de madera torneada, negros gabinetes y corredores.

Delante de la casa había un cercado; detrás un jardín. Este jardín estaba lleno de pajares; tenía además la casa, cocheras, bodegas, neveras... un verdadero nido. No era mucho lo que en estas construcciones se guardaba; algunas de ellas estaban en ruinas; mas todo ello era antiguo, y, por consiguiente, no se tocaba.

Los Subotchef no tenían más que dos caballos peludos, con el lomo desollado; uno de ellos tan decrepito, que tenía el cuerpo lleno de placas blancas; se llamaba el *Inmóvil*. Se les aparejaba una vez al mes, á lo sumo, engachándolos á un extraño carruaje, muy parecido á un globo terrestre al que se le hubiese quitado el casquete delantero. Estaba guarnecido por

dentro de tela amarilla, de origen extranjero, y sembrado de multitud de botoncitos que parecían berrugas. Sin duda que el último retazo de esta tela debió de ser tejido en Utrech ó en Lyon en tiempos de la Emperatriz Isabel.

El cochero era también un buen hombre, extraordinariamente viejo, todo impregnado del olor del cuero y del algodón; le nacía la barba debajo de los ojos, y sus cejas caían en forma de cascadas sobre aquella enorme barba. Tan lentos eran sus movimientos, que empleaba cinco minutos en tomar una resolución, dos en colocarse el látigo en su cintura y más de dos horas en enjaezar á el *Inmóvil*. Le llamaban *Perfichka* (1).

Cuando los *Subotchef* se ponían en viaje, aunque el camino fuese llano como la palma de la mano, iban con el alma en un hilo. Cuando bajaban una cuesta, lo mismo que cuando la subían, se agarraban á las correas y recitaban en alta voz una especie de plegaria:

«A los caballos, á los caballos, la fuerza de Samuel; á nosotros, á nosotros la ligereza de una pluma.»

Toda la ciudad los miraba como entes raros; algunos los tenían por locos; ellos, por su parte, conocían también que no seguían los usos del presente..... mas no por esto se inquietaban gran cosa. Vivían como en la época en que nacieron, la en que crecieron y en que se habían casado. En una sola cosa diferían sus costumbres de las antiguas: jamás habían perseguido ni castigado á nadie. Cuando se descubría que alguno de los criados era un borracho ó un ladrón, comenzaban por soportarle pacientemente, como se soporta el mal tiempo, antes de resolverse á despedirle, colocándole en casa de otros amos.

—A cada uno le llega su turno—decían,—ahora les toca á otros el soportarle algún tiempo.

Pero esta calamidad les afligía rara vez; tan rara, que ha-

(1) Diminutivo de Porfirio.

cía época en su existencia. Decían, por ejemplo, «de esto hace mucho tiempo, cuando teníamos en casa aquel malvado de Aldochka»; otras veces, «en la época en que nos robaron la gorra forrada de piel de zorra, que fue de nuestro abuelo.» En casa de los Subotchef existían aún gorras de aquella forma.

Había, además, otros rasgos de las viejas costumbres que faltaban á ambos esposos; ni Fomuchka ni Fimuchka eran muy religiosos. Fomuchka hasta se daba aires de volteriano, y los clérigos inspiraban horror á Fimuchka, quien afirmaba que hacían mal de ojo.

—¡Ha venido un clérigo á vernos!—decía;—sólo ha estado un momento..... y, sin embargo..... ya se ha cortado la crema.

Rara vez iban á la iglesia, y ayunaban á la manera de los católicos que toman huevos, manteca y leche. Esto se sabía en la ciudad, y, por lo tanto, su reputación no era de las mejores.

Mas nada se resistía á su bondad, y á pesar de lo que se burlaban de los dos originales esposos, y á pesar también de los nombres de bienaventurados é inocentes que se les daba, eran respetados por todo el mundo.

Se les respetaba, sí; mas no se les visitaba, cosa que, en rigor, les molestaba poco. Jamás se aburría el uno delante del otro; así es que siempre estaban juntos, sin apetecer otra compañía.

Ninguno de los dos había estado jamás enfermo, y cuando cualquiera de ellos se sentía ligeramente indispuerto, tomaban ambos una infusión de tila, ó se frotaban los riñones con aceite tibio, ó se untaban con grasa derretida la planta de los piés, quedando de esta suerte prontamente curada la indisposición.

El día lo empleaban siempre de la misma manera. Se levantaban tarde, tomaban primero el chocolate en tacitas de hechura de morteros: «el té—decían—no era de moda en nuestro tiempo»; sentados luego el uno enfrente del otro, hablaban sin que jamás les faltasen asuntos, ó bien leían *El pasatiempo*

agradable, *El espejo del mundo* ó *Los Aonides*, ó finalmente ho-jeaban un álbum viejo encuadernado en tafilete encarnado, el cual álbum había pertenecido en otro tiempo, según atestiguaba una inscripción manuscrita, á una cierta señora Barbe de Kabiline. Cómo y cuándo este álbum había caído en sus manos, era cosa que habían olvidado ambos esposos.

Contenía algunas poesías francesas y un gran número de poesías rusas ó de artículos en prosa, de los cuales podría dar alguna idea la siguiente reflexión acerca de Marco Tulio:

«En esta disposición de espíritu aceptó Cicerón el grado de cuestor, según explica él mismo de la siguiente manera: «Habiendo puesto á los dioses por testigos de la pureza de sus sentimientos en todos los grados con que había sido honrado hasta entonces, se consideró como obligado, por vínculos sagrados, á cumplir dignamente los deberes anejos á dichos grados, y con este propósito, no sólo no se dejó arrastrar por la dulzura de la infracción de las leyes, sino que evitó con extremo cuidado hasta los entretenimientos más legítimos.»

Por debajo se leía: «Escrito en Siberia en medio de los rigores del hambre y del frío.»

Había también en el álbum una composición muy curiosa, titulada *Tirsis*, y en ella estrofas como éstas:

«Reina la calma en el Universo, el rocío brilla, acariciando y refrescando la naturaleza y dándole nueva vida.»

«Tan sólo Tirsis, con el alma angustiada, sufre, se agita y se atormenta cuando no está cerca de él la amable Anita; nada entonces es capaz de alegrarle.»

En el mismo libro se leía esta improvisación escrita por un capitán: «el 6 de Mayo de 1790».

«Hermoso campo, no te olvidaré jamás; guardaré eterno recuerdo del tiempo que en estos parajes se ha deslizado tan agradablemente para mí. Tiempo que he tenido el honor de pasar en la casa de tu propietario, durante los mejores días de mi vida, en el más respetable círculo, al lado de muchas señoras y señoritas, y de otros interesantes personajes.»

La última página del álbum contenía otras dos poesías y algunas recetas contra los males de estómago, contra los espasmos y hasta contra los nervios.

Los Subotchef comían al medio día, y siempre los guisos de otro tiempo: torrijas, sopa agria con pepinillos, carne picada con crema y con ajo, caldo de trigo negro cocido, pastel de pescado, gallina con azafrán y flanes con miel. Después de comer dormían la siesta una hora nada más; se levantaban y volvían á sentarse uno enfrente del otro, tomándose un vaso de agua de arándanos ó una especie de limonada muy gaseosa, que casi siempre se iba en espuma, con gran regocijo de los amos y mucho disgusto de Kalliopitch, que tenía que enjugar lo derramado, y murmuraba largamente contra el ama de gobierno y el cocinero, que habían inventado aquel brebaje.

—¿Para qué es bueno? Para echar á perder los muebles, y nada más.

Luego los esposos Subotchef se ponían de nuevo á leer ó se entretenían hablando con la enana Poufka, ó cantaban viejos romances. Los dos tenían la voz parecida, aguda, débil, incierta y un poco ronca, sobre todo cuando se levantaban de la siesta, pero no desagradable; otras veces jugaban á las cartas, siempre á juegos antiguos, tales como el *Krebs*, la *mosca* y el *boston*, sin robar.

Hacía después su aparición el *samovar*: tomaban té por la noche; era la única concesión que hacían al espíritu de los tiempos; mas siempre repetían que aquello era una debilidad, y que el empleo de aquella yerba chinesca era causa de una gran corrupción en el pueblo.

Por regla general, se guardaban de censurar lo presente y de elogiar lo pasado; habían sido de la misma manera desde su nacimiento, pero reconocían, sin esfuerzo, que se pudiese vivir de otra manera y aun mejor, con tal que á ellos no se les obligase á variar sus costumbres.

A las ocho, Kalliopich servía la cena con la inevitable

okrochka (especie de vinagreta), y á las nueve los grandes lechos de pluma recibían en su blando seno los cuerpos regordetes de Fomuchka y Fimuchka: el sueño no tardaba en descender sobre sus párpados. Cesaba todo ruido en la casita; la lámpara ardía ante las imágenes, en el aire flotaba un vago perfume de almizcle y de melisa, el grillo cantaba y la alegre é inocente pareja dormía en paz.

He aquí lo que eran los locos, ó como decía Paklin, los «pelucones inseparables» que habían dado asilo á su hermana, y á cuya casa conducía á los tres amigos.

La hermana de Paklin era una joven inteligente, bastante linda. Los ojos, sobre todo, eran magníficos; pero su deformidad le quitaba toda libertad de movimiento, toda alegría y la hacía desconfiada y casi mala. Tenía un nombre extraño, se llamaba Snandulia. Su hermano intentó rebautizarla con el nombre de Sofía, mas ella había puesto empeño en conservar el primero de los dos nombres, diciendo: «cuando una es jorobada, merece llamarse Snandulia.»

—Tenía buen oído y tocaba regularmente el piano á causa de mis largos dedos—decía, no sin amargura,—dedos de jorobada.

Los cuatro visitantes llegaron á casa de Fomuchka y Fimuchka en el momento en que éstos, recién levantados de siesta, se disponían á beber el agua de arándanos.

—Entremos en el siglo XVIII—dijo Paklin, salvando el umbral de la casa.

Y en efecto, el siglo XVIII se presentó ante los ojos de los recién venidos, desde que pusieron el pie en la antesala, bajo la forma de un biombo pequeño forrado de azul, en el cual se destacaban negras figuras de damas y caballeros peinados según los gustos del siglo pasado.

Aquellas figuras, introducidas por Sabater, eran de moda en Rusia por el año de 1780.

La inesperada aparición de tan gran número de personas extrañas—tres nada menos—produjo viva emoción en esta

casa tan raramente visitada. Se oyó un ir y venir de pies desnudos y calzados; algunas sombras de personas se mostraron para desaparecer en seguida; se cerró una puerta; algún cuchicheo, alguna risa contenida y una voz un tanto temblorosa que murmuró:

—¡Al diablo!.....

Al cabo, Kalliopytch se presentó con su eterno casaquín, y después de abrir la puerta del *salón*, gritó con voz vibrante:

—¡Aquí está el señor Syla Samsonytch con otros señores!

Los dueños se mostraron mucho menos sorprendidos que los criados. La entrada de los cuatro visitantes en su salón, que era bastante grande, les causaba, es verdad, cierto asombro; pero Paklin lo desvaneció inmediatamente con sus buenas palabras de costumbre, presentándoles sucesivamente á los tres recién venidos, pacíficos, y que nada tenían que ver con la «Corona».

Fomuchka y Fimuchka sentían una antipatía invencible hacia las gentes de la Corona, es decir, los empleados del Gobierno.

Acudió también al salón Snandulia, llamada por su hermano; mostrábase mucho más turbada que los viejos Subotchef. Estos, á un tiempo y en los mismos términos, invitaron á sus huéspedes á que tomasen asiento, y les preguntaron qué preferían, té, chocolate ó gaseosa y dulce. Mas al ver que nada querían tomar, porque venían de almorzar de casa de un comerciante llamado Goluchkin, donde tenían que ir también á comer, no insistieron más, y cruzando de la misma manera sus bracitos sobre el vientre, creyeron de su deber entablar conversación con los recién llegados.

Esta, un poco lánguida al principio, se animó bien pronto. Paklin divirtió mucho á los viejecillos con la conocida anécdota de Gogol, un general que penetró fácilmente en una iglesia llena á no poder más, porque era un general, y de un pas-

telillo que resultó ser tan fuerte como el general, puesto que penetró, no menos fácilmente, en un estómago tan lleno como la iglesia.

Esta anécdota les hizo reír hasta verter lágrimas. Su risa, como todo lo demás, era parecida, chillona, entrecortada, y terminaba con un golpe de tos, con color rojo en el semblante, y con sudores.

Paklin tenía la creencia de que las personas como Subotchef se impresionan vivamente, y casi hasta un grado espasmódico, con las citas de Gogol; pero como su intención, más que la de divertir á los dos viejos, era la de mostrárselos á sus compañeros, cambió sus baterías y se las arregló tan bien, que, al cabo de pocos instantes, los dos esposos cobraron brío y se mostraron tales como eran.

Fomuchka sacó del bolsillo, y la mostró á sus huéspedes, una tabaquera, en la cual se habían podido contar en otro tiempo hasta treinta y seis figuras humanas en distintas posiciones: estas figuras estaban casi borradas por el frotamiento; pero Fomuchka las veía todavía, sí, las veía y las podía contar una por una, señalándolas con el dedo.

—Ahí tenéis—decía;—éste está mirando por la ventana, ved cómo saca la cabeza.

Y el ángulo que señalaba con la uña, un tanto vuelta hacia arriba de su pequeño índice, estaba tan liso como todo el resto de la tapa.

Llamó luego la atención de sus visitantes acerca de un cuadro pintado al óleo, que estaba colgado encima de su asiento. La cual pintura representaba á un cazador, visto de perfil, sobre un caballo castaño, también de perfil, que atravesaba á galope tendido una llanura cubierta de nieve. Este cazador llevaba un gorro blanco de piel de cabra, con manga azul, túnica de pelo de camello, con ribete de terciopelo, y ajustada á la cintura por un cinturón de placas de metal dorado. Sujeto al cinturón se veía un guante bordado de seda; del costado pendía un puñal con mango de plata mate.

El cazador, que tenía el aspecto de un joven regordete, llevaba en una mano un corazón gigantesco, del cual pendían trozos de carne roja, y en la otra las riendas y un látigo; los cuatro piés del caballo estaban todos en el aire, y el artista había pintado cuidadosamente las cuatro herraduras, sin olvidar un solo clavo.

—Notad—decía Fomuchka, mostrando con su dedo de forma de porra, cuatro manchas semicirculares trazadas en el fondo blanco, detrás de los piés del caballo;—notad las señales en la nieve; el autor no ha olvidado nada.

¿Por qué no había más que cuatro huellas? ¿Por qué no había otras más separadas por la parte de atrás del caballo? Punto era éste que Fomuchka pasaba en silencio.

—Este cazador soy yo—dijo tras un momento de vacilación, con sonrisa púdica y satisfecha.

—¿Cómo? ¿Ha sido usted cazador?—dijo Nejdánof.

—Sí, pero no por mucho tiempo. Una vez, yendo á galope, me caí por delante de la cabeza del caballo y me lastimé el *kurpei*..... Desde entonces Fimuchka me prohibió que cazara, y ya no volví.....

—¿Qué fue lo que se lastimó usted?—preguntó Nejdánof.

—¡El *kurpei*!—repitió Fimuchka bajando la voz.

Los visitantes se miraron sin decir palabra. Ignoraban en absoluto lo que aquella palabra significaba. Markelof sí sabía lo que quería decir *kurpei*: la pluma de un gorro de cosaco. Pero, ¿qué significaba aquello de lastimarse la pluma? Nadie se atrevió á decirle que se explicase.

—¿De ese modo te alabas?—exclamó de repente Fimuchka.—Ahora me toca á mí.

La anciana abrió un buró, cuya cubierta combada se deslizaba al levantarse, merced á unas ranuras, y sacó de él una miniatura á la acuarela colocada en un marco ovalado de bronce: aquella miniatura representaba un niño de cuatro años enteramente desnudo, con un carcaj pendiente de la espalda, con una cinta azul cruzada por el pecho y probando en un dedo la

punta de una flecha. El pequeñuelo tenía el pelo rizado, miraba un poco bizco y sonreía.

Fimuchka mostró la acuarela á los jóvenes, diciendo:

—Soy yo.

—¿Usted?

—Sí... yo, cuando era pequeña.

—Un pintor francés, muy bueno por cierto, que visitaba nuestra casa, me retrató para el día del santo de mi padre. ¡Qué simpático que era el tal francés!... Después vino muchas veces á vernos. Cuando entraba alzaba el pie, lo agitaba un poco en el aire y os besaba la mano. Cuando se marchaba se besaba los dedos, saludaba á derecha é izquierda, hacia adelante y hacia atrás. ¡Oh, era muy gentil el tal francés!

Los visitantes elogiaron el trabajo del pintor; Paklin hasta le encontró todavía parecido.

Con este motivo, Fomuchka habló de los franceses del día, y dijo que se habían hecho muy malos.

—¿Por qué razón?—le preguntaron.

—¿Por qué? Considerad qué nombres tienen.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo: Nogent-Saint-Laurent es un verdadero nombre de bandido.

Fomuchka preguntó acerca del soberano que gobernaba en Francia; se le dijo que era Napoleón. Esta contestación la puso algo triste.

—¡Cómo! ¿Un hombre tan viejo?....—empezó á decir. Pero se interrumpió, y miró en torno suyo con aire inquieto.

Apenas si conocía la lengua francesa, y de Voltaire no había leído más que una traducción (tenía bajo la almohada su cofre favorito, una traducción manuscrita de *Cándido*); sin embargo, de cuando en cuando se le escapaban expresiones tales como *falso, tribunal* (en el sentido de esto es dudoso, esto es sospechoso), expresión de la cual se había burlado mucho, hasta el día en que un francés muy sabio le explicó que aquel era un término parlamentario, empleado en Francia antes del 1789.

Aprovechándose de que la conversación giraba acerca de los franceses, Fimuchka se decidió á esclarecer una duda que le quedaba en el cuerpo. Pensó primero en preguntar á Markelof; ¡pero estaba éste tan grave!..... Solomine le causaba menos temor. Pero, no, se dijo, tiene un aire muy simple; no debe entender bien el francés. Se dirigió, pues, á Nejdanof.

—Quisiera preguntar á usted—comenzó..... —Dispéñseme usted; pero como mi primo Sila Samsanich se burla siempre de mí, pobre vieja, á causa de mi ignorancia.

—Diga usted..... Tendré mucho gusto.....

—Pues verá usted. Si uno quiere emplear el dialecto francés para preguntar qué es una cosa, debe decir: *¿quecé, quecé, qué céla?*

—Sí.

—Y puede decirse *¿quecé, quecé, qué céla?*

—Es claro.

—Y solamente *¿qué céla?*

—También.

—Luego son la misma cosa.

—Sí.

—Fimuchka reflexionó un instante, y haciendo luego un gesto de resignación dijo:

—Bueno, Sila estaba equivocada, y tú tenías razón..... Pero, la verdad es que estos franceses son muy pícaros.

En seguida Paklin suplicó á los dos viejos que cantasen un romance. Los dos esposos se echaron á reir, asombrándose de lo que á aquél se le había ocurrido, pero no se hicieron mucho rogar, poniendo por sola condición que Snandulia se sentase al clavicordio y acompañase lo que ella bien se sabía.

En un ángulo del salón se hallaba un clavicordio en que no habían reparado los visitantes. Snandulia se sentó y arrancó de él unos cuantos acordes. El instrumento tenía voces tan pobres, tan agrias, tan ruines, tan, por decirlo así, desdentadas, que jamás había oído Nejdanof nada semejante; los dos viejos, sin embargo, dieron principio á su canción de esta suerte:

«Es para encontrar la tristeza»,
empezó Fomuchka.

«La tristeza en el amor, para lo que nos dieron los dioses
un corazón capaz de amar.»

Fomuchka continuó:

«¿Existe en alguna parte del mundo un sentimiento de
amor sin dolor y sin sufrimiento?»

Fimuchka respondió:

—En ninguna parte, en ninguna, en ninguna.....!

Y Fomuchka, á su vez:

—En ninguna, en ninguna, en ninguna.....

Y luego los dos juntos:

—El amor vive con el sufrimiento.

—En todas partes, en todas, en todas.....

Fomuchka repitió solo:

—En todas partes, en todas, en todas.....

—¡Bravo!—exclamó Paklin.—¡Bravo por la primera co-
pla! ¡Veamos la segunda!

—Está bien—respondió Fomuchka,—pero Snandulia Sam-
sonovna, se le ha olvidado ¡á usted el trino. ¡Después de mi
parte hace falta un trino, hace falta un trino!

—Bueno—respondió Snandulia,—se hará el trino.

Fomuchka continuó:

—¿Existe alguien en el universo que haya amado sin llo-
rar ni gemir?

IVAN TURGUENEFF.

(Se continuará).

LAS SOCIEDADES DE LECTURA

Y LAS BIBLIOTECAS POPULARES EN INGLATERRA

UNIÓN NACIONAL PARA LA LECTURA Á DOMICILIO

I.—HISTORIA (1)

En 1857 aparecía en la *Contemporary Review* un artículo bajo el epígrafe *Chautaugua: Una Universidad popular*, el cual comenzaba de esta manera: «El Círculo Científico y Literario de Chautaugua es una institución escolar fundada en América hace unos diez años.....» El autor de este artículo era el doctor F. H. Vincent, que entonces visitaba á Inglaterra. Durante su estancia, encontraba al reverendo doctor Paton, de Nottingham. La descripción de la obra de Chautaugua, por el obispo Vincent, y el éxito de la tentativa americana, sugirieron al doctor Paton (2) la idea de hacer algo análogo en la

(1) Traducción de un folleto de Miss Mondy, secretaria de la *National Home Reading Union*, cuyo título es como sigue: (*Folleto VII.—III^e part.*) *National Home Reading*, reimpresso de «*Notas para los agentes de la Liga de los obreros reunidos*» 1894. *Surrey House, Victoria Embankment, London, W. C.*

(2) De una carta dirigida por el reverendo J. B. Paton al traductor, resulta que se ha deslizado un ligero error en esas líneas de Miss Mondy. El reverendo J. B. Paton conoció el *Chautaugua System* antes de haber tropezado con el doctor Vincent. Este escribió su artículo de la *Revista Contemporánea* á instancias del mismo doctor Paton.

madre patria. «La Unión nacional para la lectura á domicilio» es una consecuencia de esta idea. Fue fundada en Londres en Julio de 1887, celebrándose la Conferencia inaugural el 15 de Junio de 1889, en casa de Lord Aberdeen. Todos los años se celebran reuniones en Oxford y «en otros sitios» (1) desde esta época, habiendo funcionado la Asociación según los principios y con los resultados que van á verse expuestos.

II.—FIN DE LA SOCIEDAD

La Asociación americana y la Sociedad inglesa se parecen en sus líneas generales, en cuanto al objeto y á los métodos; las dos trabajan para el pueblo, las dos tratan de lograr sus fines mediante los libros, ambas se esfuerzan por dar una educación mediante un curso sistemático de lectura. Difieren en dos puntos: 1.º La Sociedad inglesa dirige las lecturas de los jóvenes que acaban de dejar la escuela, y no las de los adultos que desde hace tiempo han dejado de frecuentar por completo aquélla—que es precisamente el objeto de la Asociación de Chautaugua.—2.º Divide los lectores de más edad en dos categorías, cuyas necesidades intelectuales son diferentes. Además, la Sociedad inglesa se esfuerza por estar en contacto permanente con todos sus lectores y prestarles un auxilio eficaz y dirección en sus lecturas, por medio de periódicos mensualmente remitidos á todos los miembros de la Sociedad (2).

El gran motivo que ha impulsado la formación de la Sociedad se deriva del hecho por el que el pueblo inglés ha sido dotado del noble—ó fatal—poder de leer, pero el cual no ha sido organizado para que el pueblo saque de él todo el partido posible. Para los alumnos de las escuelas elementales, saber leer puede tener las más funestas consecuencias, porque hay

(1) Añadido por el traductor francés.

(2) Traducido del folleto citado de Miss Mondy.

una abundante literatura capaz de ejercer el más pernicioso influjo sobre la formación de los caracteres: causa espanto la idea del mal que puede ocasionar esta literatura de la clase de los *penny dreadful* (1). Hay necesidad de dirigir en sus lecturas á diversas clases de lectores..... (2). Es un deber para nosotros, que hemos dado al pueblo la facultad y la necesidad de leer, hacer todo cuanto podamos para procurarle lecturas sanas, recreativas é instructivas (3).

Los diferentes objetos que se propone la Unión nacional para la lectura á domicilio, pueden esbozarse brevemente como sigue:

1.º Hacer leer en casa, de una manera continua y sistemática, en todas las clases de la sociedad, dando á las lecturas un carácter educativo.

2.º Agrupar, hasta donde sea posible, á los que siguen los cursos de lectura en casa, en «círculos locales», de manera que las obras sean discutidas en ellos, dilucidadas, y produzcan una impresión duradera en el espíritu de los lectores.

3.º Proporcionar á los lectores un auxilio eficaz por medio

(1) Véase explicado esto en el artículo de Mr. Ed. Flower.

(2) Del discurso pronunciado en Blackpool por el reverendo J. B. Paton. Véase más arriba la carta de éste á Mr. Buisson.

(3) De un discurso pronunciado en la última reunión de la Sociedad—Enero 1896—por sir John Gorst, Ministro de Instrucción pública de Inglaterra, tomamos el siguiente interesante pasaje:

«Sorprendería, si se conociese, el número de niños que á los diez y seis ó diez y siete años ya no saben leer ni escribir. Se ha hecho una indagación curiosa en Ipswich. De unos cientos de niños, sólo un pequeño número sabía todavía leer, otro más pequeño podía escribir, y apenas uno era capaz de resolver un fácil problema aritmético. Ahora bien; esos niños habían ido á la escuela, varios habían pasado por las divisiones superiores de sus escuelas, y, sin embargo, en pocos años habían olvidado el medio de servirse de esos instrumentos del trabajo que con tanto esfuerzo la nación había puesto en sus manos..... Una asociación como la Sociedad nacional de lectura, útil á maestros y discípulos, ofrece un remedio á ese mal.....»—Del traductor francés.

de notas explicativas, con noticias relativas á la manera de leer más fructuosa, y con indicaciones de autoridades, de diccionarios, de mapas gráficos, modelos..... objetos depositados en las bibliotecas y museos vecinos, y que servirán para que el lector pueda comprender mejor el asunto que lee y estudia.

4.º Por último, suscitar el deseo y la necesidad de una enseñanza oral dada por maestros capaces, y, por tal camino, hacer de la lectura en casa un suplemento y un auxiliar de la enseñanza propiamente dicha.

III.—DE LOS LECTORES (1).

Tres clases de la sociedad son las que principalmente sienten esa necesidad de auxilio y de dirección para que sus lecturas sean metódicas y tengan un valor educativo:

1.ª *Los muchachos de uno y otro sexo que salen de la escuela primaria sabiendo leer.*—Durante los años que siguen á su salida de la escuela, los más importantes de su vida, tienen, sobre todo, necesidad de ser guiados en sus lecturas, para conservar y aumentar los preciosos conocimientos que han adquirido en la escuela, á fin de que su imaginación y sus sentimientos se vean excitados por una literatura adecuada que les haga conocer el verdadero ideal de la vida y gustar los placeres más puros, y de que se procuren los conocimientos técnicos especiales que harán más inteligente y hábil su trabajo diario. Sus cursos de lecturas se enlazarán de esa manera con la instrucción dada en las «escuelas complementarias ó clases nocturnas»—cuando pueden recibir esta instrucción,—reemplazándola, en parte, cuando no puedan recibirla.

2.ª *Los obreros cuya educación primaria ha sido incompleta*

(1) Extracto, al igual que todo lo que sigue hasta la división 5.ª inclusive, de un informe del Dr. Paton titulado *National Home Reading Union*.

y que experimenten la necesidad de completarla.—Trátase, sobre todo, de aquellos á quienes sus intereses llevan á que les falten ciertos conocimientos profesionales indispensables, ya sea para mejorar su situación, ya para cumplir sus deberes individuales, sociales y políticos. Estas gentes tendrán, por consiguiente, necesidad de un curso de lecturas relacionadas con lo que en la vida diaria les interesa, en el taller y en la casa. Sus lecturas referiránse á la instrucción profesional y á la educación popular superior dada por el conjunto de los cursos de la *University Extension* (1).

3.^a *Por último, la clase numerosa cuya educación ha alcanzado un grado más superior, pero que no ha podido continuar en el colegio, ó que, habiendo dejado el colegio, desea repasar los estudios que ha hecho y ampliarlos en otras direcciones.*—A los primeros que se indican en esta categoría, los cursos sistemáticos de lecturas en casa, serviránles para conocer los estudios de la Universidad, dándoles los hábitos mentales análogos á los que provocan esos estudios. A los últimos les refrescarán su saber conservándoles los hábitos de las lecturas metódicas y de la reflexión que se adquieren en el colegio, pero que con facilidad se pierden en medio de las preocupaciones de los negocios.

Para que tengan un valor y un influjo educativos, esos tres cursos de lecturas deben ser continuos y abrazar un período bastante largo. Para las dos primeras clases (1.^a y 2.^a), el curso será de tres años, de nueve meses cada año; para la tercera, de cuatro años, nueve meses también cada uno. Puede también ser necesario subdividir el tercer curso de manera que responda á hábitos intelectuales y necesidades diferentes: así, mientras la historia y la literatura—elementos indispensables en toda educación—tendrán su lugar propio en las dos divisiones del tercer curso, una de las divisiones recibirá una enseñanza científica y profesional, y la otra seguirá un curso de

(1) Ver la noticia relativa á esta Institución.

enseñanza filosófica y económica. En todo caso, nuestras lecturas deberán ser educativas, obrar de concierto con una enseñanza oral cuando fuese posible, sustituyéndola cuando ésto no sea dable. Se expedirá un certificado al fin de cada uno de los tres cursos; pero quien quiera que pague la cuota anual, estará autorizado para seguir los cursos de un año cualquiera ó cualquiera asunto de los diversos cursos. Además, se organizarán cursos menos amplios para fines particulares que recaigan sobre asuntos especiales, apropiados á las necesidades de las diferentes clases de lectores, á saber: para los *jóvenes*, cursos elementales de Historia Natural y de trabajo manual; para las *niñas*, cursos de economía doméstica y de trabajo manual; para los *obreros*, cursos de lecturas sobre asuntos técnicos en relación con las industrias locales; y para los *demás*, cursos elementales sobre puntos especiales de literatura, de historia, de ciencia ó de arte, según los deseos ó necesidades personales. Hasta donde posible sea, esos cursos elementales deberán ser seguidos al mismo tiempo que el curso general, del cual serán ampliaciones ó desarrollos; podrán, sin embargo, ser seguidos aparte.

IV.—PRINCIPIOS

I. Los cursos generales de lecturas para las tres categorías de lectores, deben ser idénticos, y seguidos al mismo tiempo por los lectores; y todo ello por las razones siguientes:

1.º Para garantizar la regularidad y el método en el trabajo.

2.º Para suscitar el entusiasmo que en cada uno nace al ver á otros dedicados al mismo trabajo, y alentar á cada lector en particular mediante la simpatía de la multitud de adeptos.

3.º Para simplificar las arreglos destinados: primero, á proporcionar á los lectores diseminados el auxilio y las instruc-

ciones que les darán nuestros periódicos, y luego á examinar los trabajos que hubieran hecho.

4.º Pará hacer posible la formación de *Círculos locales*, en los cuales los lectores se alienten unos á otros, se auxilién mutuamente en reuniones periódicas y mediante ejercicios diversos que les harán comprender mejor el libro que estudian.

5.º Por último, para celebrar reuniones anuales, en las cuales los lectores de los mismos asuntos puedan relacionarse, recibir certificados en recompensa de sus trabajos, y asistir á las conferencias dadas sobre asuntos estudiados durante el año, por los profesores más competentes.

Aun para los cursos especiales de lectura, sería de desear la misma unidad y los mismos medios de suscitarles y alentarles, de suerte que, los lectores, en diferentes sitios y en épocas señaladas, pudiesen compartir el beneficio de un trabajo común.

II. La elección de los libros se hará con la indicación de autoridades competentes en cada ciencia.

III. Se harán los esfuerzos mayores que se pueda para obtener adhesiones á la obra. No habrá examen obligatorio. Pero, como es bueno que cada lector ejercite sus facultades y ponga á prueba la exactitud y la extensión de sus conocimientos, habrá dos clases de diplomas: uno destinado á los que sólo hayan leído las obras inscritas en el programa; el otro para los lectores que hubieran sufrido un examen escrito sobre esas obras.

IV. Para que la lectura á domicilio pueda hacerse de una manera inteligente y verdaderamente útil, se darán indicaciones á los lectores por medio de periódicos, en los límites en que esto pueda hacerse sin grandes gastos. Este auxilio consistirá en:

1.º Indicaciones ó consejos acerca de la manera de leer con el mayor fruto.

2.º Noticias sobre cada obra, indicando el plan, fin, estilo particular y genio del autor.

3.º Abundantes aclaraciones dadas por medio de diagramas grabados, notas sobre las alusiones, las palabras y las frases difíciles.

4.º La indicación de referencias, obras de primera mano, museos, etc.

Semejante ayuda la presta un profesor á sus alumnos: puede procurarse, en una gran medida, á cada clase de lectores, con un periódico mensual. El periódico será, además, un órgano de propaganda de la Sociedad, destinado á despertar el favor del público; podrá contener artículos destinados á ilustrar á los lectores, y á proporcionar indicaciones á los círculos locales; podrá, por fin, publicar respuestas á las preguntas formuladas por los lectores ó los círculos, y por tal modo, suplir más y más la ausencia del profesor.

V. Los cursos de lecturas deberán componerse de manera que auxilién á los que siguen las clases, é impulsen á los demás á seguirlos. Y de una manera general, nuestra Asociación debe ligarse tan estrechamente como sea posible, con las instituciones ya existentes y dedicadas á la educación popular.

VI. Sería bueno constituir, sobre todo en las ciudades, *Círculos locales afiliados á la Unión central*, y todo para dar á conocer el objeto de la Unión y obtener una cooperación para su obra; persuadir al público de la importancia de la lectura metódica en casa, y del valor de la educación que ésta pueda proporcionar; facilitar la formación de los Círculos locales, y ayudarles en su funcionamiento; obtener el concurso de las gentes instruídas, y auxiliar á los Círculos en el estudio de las cuestiones especiales relativas á sus cursos de lectura; dar conferencias ó series de conferencias, en las que se desarrollen los asuntos comprendidos en los cursos y, por tal modo, relacionen la obra de la Sociedad con la obra de la *University Extension*; en suma, para dirigir un movimiento en los distritos cercanos y obrar á este fin, á nombre de la Asociación, con el auxilio de la *University Extension* ó de otras personas autorizadas.

VII. Recomiéndase la celebración de reuniones anuales de

la Unión, no sólo porque deben ser la clave de la bóveda y el coronamiento del edificio, sino también porque:

- 1.º Despertando el interés público por la obra de la Unión, harán sentir el influjo de la Asociación.
- 2.º Proporcionarán la ocasión de expedir los certificados y otorgar las recompensas.
- 3.º Harán que los miembros se conozcan y relacionen, sobre todo los que siguen los mismos cursos de lectura.
- 4.º Procurarán á los miembros de la Unión el beneficio de ampliar las conferencias más interesantes sobre los asuntos leídos durante el año.

V.—MÉTODO

Habrá un Comité ejecutivo central, cuyas funciones consistirán en:

- 1.º Preparar los cursos de lectura, previa consulta de las gentes de autoridad.
- 2.º Inscribir á los adeptos que deseen seguir el curso general ó un curso especial de lectura y paguen la cuota de ingreso.
- 3.º Cuidar de que los impresos necesarios lleguen á poder de los miembros.
- 4.º Redactar el cuestionario de exámenes y enviarlo á los miembros que deseen sufrir un examen escrito, y tomar las medidas conducentes para juzgar las respuestas.
- 5.º Otorgar los certificados á los que demuestren que han leído lo que les había sido asignado, y á los que hubieren sufrido el examen.
- 6.º Coadyuvar á la formación de Círculos locales de lectura y de Sociedades locales que hagan prosperar á la Unión, á la cual estarán afiliados los Círculos y las Sociedades.
- 7.º Procurar el auxilio requerido por los adeptos en los límites de los recursos de la Unión, y tan económicamente como lo permite la prensa.

8.º Procurar todas las indicaciones relativas á la creación y al funcionamiento de los Círculos locales.

9.º Publicar periódicos mensuales que sean los intermediarios entre todos los miembros de la Unión y den: á los lectores, el auxilio y las direcciones necesarias para las lecturas del mes; á los círculos, las indicaciones útiles.

10. Entenderse con los editores de las obras designadas en los programas de lectura, para que proporcionen á los adeptos los libros á los precios más económicos que sea posible, y con una encuadernación y una cubierta especiales, que serán *depositadas como propiedad de la Unión*.

11. Mantener las relaciones con las grandes Sociedades de educación del país, á fin de provocar y favorecer en todas partes la creación de cursos de lectura y de hacer progresar la obra de la educación popular.

12. Asegurarse el concurso de todas las corporaciones religiosas, Sociedades filantrópicas, uniones Industriales, etcétera, que puedan cambiar sus buenos oficios con la Unión nacional para la lectura.

13. Tomar todas las disposiciones necesarias para las reuniones anuales de verano.

VI.—PROGRAMA DE LECTURAS (1)

Primera categoría de lectores.

Asuntos sugeridos:

1. *Las facultades de observación* y su desenvolvimiento.
2. *Ciencia elemental*, especialmente aplicada á la higiene, al comercio.....
3. *Biografías*.—Vidas de héroes y de heroínas, destinadas á impregnar del ideal el espíritu de la juventud, y á mostrar

(1) Resumen de una carta dirigida por el Doctor J. B. Paton á Lady Aberden.

cómo, en todas las esferas, ofrece la vida ocasiones en que pueden manifestarse el verdadero heroísmo, el valor, el espíritu de abnegación, el amor á la verdad, el amor de Dios y de los hombres.

4. *Aventuras*.—«..... Que los nobles fines son dignos de grandes esfuerzos.....»

5. *Novelas*.

6. *Historia Natural*.

7. *Historia nacional*—épocas especiales, episodios—enseñada de modo que despierte el patriotismo.

Segunda categoría de lectores.

Asuntos sugeridos:

1. *Economía política y social*.

2. *Elementos de filosofía política*.

3. *Historia*. { General.
Constitucional—deberes políticos.

4. *Ciencia elemental*, aplicada á los asuntos y usos de la vida.

5. Extractos de *literatura*:

1.º *General*: como introducción á los mejores escritores y para facilitar el estudio de sus obras:

2.º *Inglesa*: para mostrar sus progresos y sus relaciones con la vida nacional.

6. *Biografía* { Fin educativo.

7. *Novela* . . {

Tercera categoría de lectores.

Asuntos sugeridos:

División A

Historia general.

Historia inglesa.

Literatura general.

— inglesa.

Filosofía.

E. M.—Agosto 1899.

División B

Historia general.

Historia inglesa.

Literatura general.

— inglesa.

Ciencia.

VII.—LISTA DE OBRAS PARA 1893-94.

	<u>Francos.</u>
HISTORIA.—Puritan Revolution. Gardener (Longman's)	3,10
Historical Biographies. Gardener (Longman's). . .	1,85
Government of. England, Creighton (Longman's). . .	1,85
Childhood of the English Nation (Longman's).. . .	3,10
— Armitage (Longman's)	3,10
Green's History of England (Macmillan)	1,25
LITERATURA.—Westward Ho. Kingsley (Macmillan and Co.).	0,60
Ivanhoe. } Scott. { (Manchester Lib.)	0,30
Old Mortality. } { (Dicks)	»
Quentin Durward. } { —	»
Poetical Works. } { —	0,60
Lamb's Taler from Shakespeare (Dicks)	0,30
Oliver Twist. Dickens (Dicks).	»
Nicholas Niekleby Dickens (Dicks).	»
NOVELA Y VIAJES.—The Cannibal Islands. Ballantyne (Nisbet)..	1,25
«At Last». Kingsley.	4,35
Voyage in the Sunbeam. Brassey (Longman's). . .	0,60
The Trades Tropics and Roaring Forties. Brassey (Longman's)	0,60
CIENCIA.—White's Natural History of Selbourne (Cassell's National Library).	0,30
«Madam How and Lady Why» Kingsley (Macmillan)	4,35

LISTA PARA 1894-95.

Seis siglos de trabajo y de Salario, por Thorold Rogers.
Ensayos de Mazzini.

Nuestras Colonias (extracto de la Historia de Green).
 «At Las» Kingsley.
 Town Geology, Kinsley.
 Thackeray.
 Carlyle.
 Scott.
 Shakespeare—un drama.
 C. Reade—una novela.
 Poemas de Wordsworth.
 Los últimos días de Pompeya, por Ed. Bulwer Leytton.
 Epístolas de Plinio.
 Pensamientos de Marco Aurelio.
 Albums de Historia y de Geología.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
 DE LA UNIÓN NACIONAL DE LECTORES

VIII.—CUOTAS.

Lectores.

Francos.

1. ^a	1. ^a	2. ^a y 3. ^a	2. ^a y 3. ^a	11,25
1. ^a	1. ^a	2. ^a y 3. ^a	2. ^a y 3. ^a	1,35
2. ^a y 3. ^a	2. ^a y 3. ^a	2. ^a y 3. ^a	2. ^a y 3. ^a	9,85
2. ^a y 3. ^a	2. ^a y 3. ^a	2. ^a y 3. ^a	2. ^a y 3. ^a	1,40

Tiempo.

Dos horas á lo sumo por semana bastan para leer en un año seis obras de las que figuran en las listas.

IX.—EXCURSIONES.

Se celebran éstas todos los años bajo el patronato de la Unión Nacional de la lectura en casa, que proporciona á los excursionistas guías y conferenciantes. He aquí el programa de una excursión hecha desde el 19 al 26 de Agosto de 1893 en la región de los lagos ingleses:

19 de Agosto.—Llegada á Keswick, á las 3 y 35; comida, á las 5 y media; recepción, á las 7 y media: conferencia sobre el distrito de los lagos ingleses; cena, á las 9.

20 de Agosto (domingo). — Desayuno, á las 8 y media; comida, á la 1; culto, á las 3: (colecta destinada á procurar educación á los niños pobres de las grandes ciudades). Té, á las 5; ceremonias de la tarde, 6 y media; cena á las 9.

21 de Agosto.—Desayuno, á las 8; paseo, á las 7 (13 millas): ascensión del Delehead (2.473 piés). Vuelta á pie ó en carruaje (Of, 60); cena, á las 9.

22 de Agosto.—Ascensión á Skiddaw (3.054 piés); conferencia sobre la edad de hielo (período glacial) en la Gran Bretaña.

23 de Agosto.—Partida para Wythburn (10 millas); visita á la máquina elevadora de agua para Manchester; ascensión á Hellvellyn (3.118 piés); de Hellvellyn á Amblesede.

24 de Agosto.—Visita á los lugares visitados ó habitados por Wordsworth, Coleridge, De Quincey, Dr. Arnold; cascadas del Rydal; conferencia sobre la poesía de Wordsworth.

25 de Agosto.—Visita á Landgala Pikes; ascensión al Harrison Stickle.

26 de Agosto.—Desayuno de despedida; separación.

X.—REUNIONES ANUALES

Puede verse á continuación el programa de las conferencias dadas el 23 de Junio y días siguientes, con ocasión de la reunión anual celebrada en Buxton en 1894:

- I. Discurso de apertura (23 de Junio).
- II. Sermones (domingo, 24 de Junio).
- III. Formación geológica de la cadena apenina (por un profesor de Cambridge).
- IV.—1. La República helénica.—La vida de un ciudadano griego.

2. El ideal inglés de la vida de un ciudadano.
3. Th. Carlyle, su mensaje á los ciudadanos ingleses.
 - V. Roberto Browning (dos conferencias).
 - VI. Del ojo á la mano.
 - VII. La luna.
 - VIII. Chautaugua (la Universidad popular americana).
 - IX. La melodía nacional inglesa, con canto.
 - X. Conferencias y discusiones sobre el papel de la mujer en la educación y el movimiento social.

La reunión anual celebrada en Salisbury, para el Sur de Inglaterra—desde el 30 de Junio al 9 de Julio de 1894—tenía su programa de conferencias sobre Arqueología, Arte é Historia de los primeros tiempos de Inglaterra.

XI.—RESULTADOS

He aquí, á título de documento complementario, algunas líneas tomadas también del folleto de Miss Mondy y relativas á artículos recientes:

«—Nos hemos reunido aquí para escuchar al Rev. Dr. Patton, de Nottingham, que debe hablarnos de un movimiento que se afirma en Inglaterra, movimiento destinado á alcanzar grandes proporciones.

»Fundado según el modelo de una institución inaugurada en América hace más de diez años, tiene por objeto desenvolver, por la cultura, la inteligencia popular. Comienza modestamente, como todas las cosas que se logran.

»Y ha crecido hasta el punto de contar miles de lectores en sus Círculos, y de tener uno de los influjos educativos más serios que conocemos.

»Son tan numerosos sus miembros, que han podido celebrar cincuenta reuniones de verano en Julio y Agosto, á las cuales han asistido varios millares de personas. El influjo de ese mo-

vimiento se ha extendido hacia varios puntos, y en Agosto último, en Oxford, se han reunido más de mil lectores (1).

»El secreto de ese éxito, está en que la institución responde á una necesidad. Los jóvenes—y los que no lo son—están completamente dispuestos á leer, de una manera metódica, buenos libros sobre materias útiles, y á oír conferencias interesantes acerca de los libros que han leído. Los Círculos formados por los lectores son ya numerosos, y no falta con que formar muchos más.....» (2).

«Ocho meses hace que leemos (3): quizá os interese una ojeada retrospectiva. La primera cosa que nos ha sorprendido es el gran número de obras que hemos podido leer en esos ocho meses — Scott, Dickens, Longfellow, Geikie, etc.— Se deben notar también los conocimientos que hemos adquirido y el placer que hemos experimentado: no nos imaginábamos que la lectura pudiera producir un placer tan continuo. Por último, sentimos más estimación los unos por los otros: hemos comenzado el período como estudiantes y lo acabamos como amigos..... Tenemos la intención de prolongar nuestras lecturas hasta el verano, y hacer entonces pequeñas excursiones científicas, en el curso de las cuales serán corroborados los principios que hemos aprendido en nuestros libros de ciencias.....»

(1) El orador M. James Fish, J. P., Alcalde de Blackpool, señala cifras considerables: 150.000 lectores; 100.000 personas, presentadas en una de las reuniones de verano. Frente á estas cifras, el traductor coloca la que daba en la conferencia de Londres — fin de Enero de 1896 — el Dr. Hill principal de Downing College, Cambridge: 8.210 miembros en 1895, esto es, 609 más que en 1894.

El tesorero—sir O. Roberts—expresando la esperanza de que las cuotas y donativos se elevaran á 12.000 francos, valúa en 7.000 los del año 1895. (*N. del T. francés.*)

(2) Extracto del discurso pronunciado en Blackpool por el Alcalde de la ciudad, con ocasión de la fundación de un Círculo local de lectura.

(3) Del Círculo local de Stocken Tees. Extracto del *Young People's Magazine*, y citado por Miss Mondy, en el folleto mencionado.

«.....El Círculo de Paisley se ha reunido en mi casa, y ha hecho una excursión geológica por los alrededores. Hará una excursión de botánica antes de terminar la estación..... Los miembros de nuestro club, aunque poco numerosos, son activos y están llenos de entusiasmo, y yo estoy convencido de que cada uno de ellos ha aprovechado personalmente sus lecturas, y tendrá más ascendiente sobre sus compañeros. Han adquirido hábitos de observación y la facultad de interesarse por muchas cosas.»

«Esas citas, que podrían multiplicarse (1), muestran claramente qué buena y sencilla educación resulta de los trabajos de la Unión, qué atmósfera de franca simpatía rodea las reuniones, y cómo el tono de igualdad social, que es su característica, contribuye á mantener en el seno de los *meetings* un cierto ideal. Los resultados de una obra tal, son la vida, el progreso, la formación del carácter. Muchos han llegado á preferir las reuniones y la lectura á los placeres de la calle; algunos se han dulcificado y se hacen hombres, en la acepción elevada de la palabra; en un gran número se ha resucitado el respeto hacia la belleza y las simpatías vivas; varias escuelas combinan la lectura con las conferencias de la *University Extension* y están prontas á dar una educación más alta.»

«Todo lo cual significa una vida mejor; es como la aurora de una vida más elevada. Los que se encuentran colocados bajo esos buenos influjos, tienen una concepción más pura de la felicidad y del deber: están más cerca del verdadero estado de hombres: hállanse, además, colocados en situación de pretender una vida moral y espiritual más sana y de convertirse en miembros racionales de la sociedad.»

Traducción y resumen de
GASTÓN MOUCHET,
Profesor en la Escuela Colbert.

(1) «Nuestros jóvenes no sólo han adquirido conocimientos, sino lo que vale aún más, han contraído el hábito de leer y el gusto de los libros.»
(*Carta de Hull and-East Riding College.*)

LAS BIBLIOTECAS GRATUITAS

I

La extensión del movimiento que se ha producido en Inglaterra, para el establecimiento de bibliotecas públicas, abiertas á todos los ciudadanos sin distinción, y sin pago de cuota, es una de las numerosas manifestaciones del progreso social en la primera parte de este siglo.

La gran ley electoral de 1832 daba á los poderes públicos una base más amplia, destruyendo las fortalezas de los privilegios electorales corrompidos, añadiendo al colegio electoral un cuerpo de hombres inteligentes, á quienes, hasta entonces, se negara el voto. Una de las primeras medidas tomadas por el cuerpo nuevo fue concebida con el propósito de desenvolver la educación pública. En 1845, M. Ewart hizo que el Parlamento adoptase un *bill* encaminado á promover el establecimiento de museos. Al propio tiempo que esto se fundaban algunas instituciones, como en Salford y en Warrington—Norte de Inglaterra—y se establecieron pequeñas bibliotecas públicas; la experiencia alcanzó tanto éxito, que M. Ewart y M. Brotherton obtuvieron del Gobierno de Lord Russell el nombramiento de una comisión de la Cámara de los Comunes para estudiar á fondo la cuestión de las bibliotecas gratuitas.

Continuando su obra, en 1850, M. Ewart logró que la Cámara de los Comunes adoptase la primer ley relativa á las bibliotecas gratuitas, la cual fue completada y reforzada entre los años 1855 y 1894, por cerca de doce leyes nuevas. La ley de 1850 era muy prudente: no permitía á ninguna ciudad ni distrito imponer sobre las propiedades más que en el límite de

un penique por libra esterlina del valor imponible de casas, y eso sólo con el objeto de arreglar ó preparar el local de biblioteca y asegurar una suma para el sostenimiento de los edificios.

Dado esto, las bibliotecas debían existir, pero sin que se pudiese gastar ni cinco céntimos del producto de los impuestos en libros. Para toda adquisición de libros, los distritos debían esperar la acción de la iniciativa privada y de la filantropía, que tan grandes cosas han hecho en Inglaterra: ellas son las que subvienen en gran parte á los gastos de la educación en todos sus grados. Muchos ejemplos podrían citarse de patrióticas liberalidades de este género: en Glasgow, donde, gracias á un legado de Stephen Michelb, en 1877, se ha fundado una biblioteca pública con 80.000 volúmenes:—en Dundee donde M. A. Carnegie ha donado local y libros—50.000 volúmenes—como también ha hecho respecto de Edimburgo; en Priston, donde, gracias á los legatarios de M. Harris, M. Passemose Edwards, se ha hecho acreedor á la más viva gratitud del pueblo, fundando grandes bibliotecas en diversos sitios, y en Penzana recientemente.

II

Sin embargo, aun cuando haya hecho mucho, la generosidad privada no ha podido llegar hasta donde exigen las necesidades todas que el desenvolvimiento de las educaciones públicas provoca. Así, promulgóse la ley de 1855, que permitía á toda ciudad, parroquia ó distrito, ó unión de parroquias, crear un impuesto que no exceda de un penique por libra esterlina, á fin de establecer y sostener bibliotecas públicas, crear museos, galerías de artes é industrias similares. No es este lugar oportuno para exponer las diversas modificaciones introducidas en el procedimiento que ha presidido á la aplicación de esta ley. Bastará recordar que el deseo de los contribuyentes

de tener una biblioteca, puede expresarse por una petición de diez de ellos, dirigida al Consejo de la ciudad, ó á cualquier otra autoridad local competente: en tal caso, se distribuyen papeletas entre los contribuyentes, resolviéndose la cuestión por una votación. Más de doscientas localidades han adoptado esta ley para ofrecer á sus habitantes los beneficios de la educación, que hasta entonces sólo podían disfrutar los ricos: solamente en Londres se han formado así más de veinte grandes bibliotecas. «La biblioteca pública se convierte—como dice M. T. Greenwood—en la Universidad del obrero»; no cabe dudar de que la institución cada día se hace más y más popular.

Júzguese, si no, por las cifras siguientes, tomadas de la Memoria del «Consejo de las bibliotecas gratuitas» de Bradford: «el número total de los libros prestados en 1872, se ha elevado á 55.009; en 1894-95 no ha bajado de 1.150.488.» En West-Norwood, un barrio de Londres, la biblioteca estuvo cerrada una semana, y el día de su reapertura había á la puerta, en espera, antes de la hora prefijada, unas trescientas ó cuatrocientas personas; en todo el día acudía una porción de gentes en demanda de libros, y al llegar la noche, los volúmenes prestados ascendían á 1.148, esto es, la quinta parte del número total que la biblioleca contiene. Puede afirmarse que no hay un impuesto que el contribuyente pague con menos quejas, que el destinado á la conservación de la biblioteca.

Si se pregunta quién se sirve de la biblioteca, responderemos sin vacilar que «todo el mundo» (1). Las bibliotecas no son sólo colecciones de libros de un alcance general; á menudo son ricas en colecciones especiales. Comprenden en muchas

(1) Una curiosa estadística formada en Liverpool y en Bristol en el año 1894-95, da una lista de los lectores y prestatarios de la Biblioteca, clasificados según su estado, y en ella se encuentran representadas en proporciones diversas todas las carreras liberales y todos los oficios, hombres y mujeres.

ocasiones la historia de la ciudad, la biografía de los hombres célebres, literaturas locales, dialectos locales. Existen colecciones de este género en Liverpool, Birmingham, Manchester, Sheffield, Nottingham, Plymouth, Newcastle y en otras ciudades.

En algunas de éstas, el promedio de lecturas supone cuatro obras por habitante. Las estadísticas formadas por las bibliotecas bastarían para demostrar que todas las clases de la sociedad leen, desde los obreros hasta los artistas. Muchos piden novelas de poco fondo, pero sanas; algunos leen libros que pueden auxiliarles en sus ocupaciones diarias; el obrero busca noticias técnicas, el estudiante desea encontrar allí la última crítica literaria, el abogado y el médico tienen á su disposición libros que no podrían comprar.

Notemos, además, el carácter de los libros consultados: la elección hecha por los lectores denota un progreso general muy pronunciado. He aquí, á título de mero ejemplo, la distribución de las obras prestadas durante el año 1894-95 en la biblioteca de Liverpool:

Teología, Moral, Metafísica.	7.041
Ciencias físicas y matemáticas.	7.427
Historia Natural.	4.981
Ciencia y Arte (arte industrial).	26.667
Historia y biografía.	16.678
Topografía, antigüedades.	3.303
Viajes.	11.362
«Miscellaneous Literature».	23.614
Jurisprudencia, Derecho, Política.	687
Comercio y Economía política.	4.044
Educación y Lenguas.	2.925
Poesía, literatura dramática.	4.153
Novelas.	429.198
Clásicos latinos y griegos.	710
Libros para los ciegos.	211
<i>Total.</i>	<hr/> 543.001

He aquí otra indicación recogida en Newcastle sobre la edad de los lectores:

	Número de personas.	Número de volúmenes consultados.
De 16 á 20 años.	2.590	6.229
» 21 á 30 »	3.837	9.035
» 31 á 40 »	1.299	4.034
» 41 á 50 »	954	3.695
» 51 á 60 »	361	981
» 61 á 80 »	82	233
Edades no anotadas.	5.546	37.192
<i>Total.</i>	16.669	61.999

La misma proporción se mantiene para los libros prestados á domicilio:

	Hombres.	Mujeres.
De 15 á 20 años.	762	480
» 21 á 30 »	458	392
» 31 á 40 »	129	26
» 41 á 50 »	53	66
» 51 á 60 »	20	24
» 61 á 80 »	12	14
Edades no anotadas.	94	238
<i>Total.</i>	1.528	1.310
	2.838	

Tenemos, pues, ahí preciosos y animadores indicios del desenvolvimiento intelectual en los grandes centros industriales.

El progreso se deja sentir también en la elección de los libros hecha por los lectores más jóvenes. En algunos sitios, más de la mitad de los libros prestados lo han sido á niños ó á adolescentes, y en cada biblioteca hay toda una serie de libros á su alcance. Los bibliotecarios, en ciertos sitios, se han preocupado con frecuencia—y debemos felicitarles por ello—de reglamentar las lecturas de los adolescentes de uno y otro sexo, y hasta de preparar para ellos salas especiales, darles conferencias interesantes, cortas, ayudándoles y aconsejándoles

Con sólo dirigir una tarjeta postal al bibliotecario, se puede, en casi todas las ciudades, retener por adelantado los libros que se deseén. La expedición de catálogos, muy baratos, que circulan fácilmente de mano en mano, ha aumentado en proporciones considerables las peticiones de libros serios. Una feliz innovación hecha en Liverpool, ha sido la de las conferencias populares dadas en el local de la gran biblioteca central. Esas conferencias, muy seguidas, atraen una muchedumbre de oyentes y les estimulan á leer los libros que se les ofrecen. Se ha comprobado que las conferencias tienen por efecto inmediato aumentar el número de libros prestados. Nottingham ha instalado su biblioteca central bajo el mismo techo que su gran Colegio universitario, uniendo así estrechamente la educación general dada en el Colegio y la educación técnica y literaria más elevada que, mediante los libros, pone á disposición de las gentes.

La mayoría de las bibliotecas están abiertas desde las nueve de la mañana hasta las nueve y media de la noche. Algunas, sin embargo, se abren más temprano, á fin de que las gentes que no pueden comprar varios periódicos y que desean sin embargo consultar los anuncios, puedan hacerlo. Se advierte que, en las pequeñas poblaciones, las sucursales de las bibliotecas se ven frecuentadas, sobre todo por la tarde, desde las seis á las nueve. No abriendo las bibliotecas más que durante tres horas diarias, se podrían hacer economías que permitirían multiplicar las sucursales en las mismas ciudades. Por otro lado, si se necesita que las bibliotecas de los grandes centros se construyan según planos más cuidadosamente elaborados, bien amuebladas y muy provistas de libros, para una sucursal basta una sala de unos 50 pies de largo por 25 ó 30 de ancho, dedicando la cuarta parte á los libros y quedando el resto con destino á la sala de lectura.

Se opuso una objeción curiosa, aunque muy natural, en un principio contra el establecimiento de las bibliotecas, por los editores, los libreros y cuantos tienen intereses en el comercio

de libros. Temían que el comercio fuese perjudicado. Y precisamente ha ocurrido lo contrario: la venta de libros ó de periódicos jamás ha sido tan grande.

Es preciso reconocer con franqueza que no todas las poblaciones han revelado todo el celo necesario por la creación de las bibliotecas que sus más calientes partidarios hubieran deseado; en muchas partes se han dirigido varias veces, y sin éxito, llamamientos á los contribuyentes. Sin embargo, aun cuando la adopción de esas disposiciones prospere lentamente, las bibliotecas van poco á poco extendiéndose por el país, y puede esperarse que, tarde ó temprano, todo centro de población un poco importante tendrá á su disposición libros, ese medio por excelencia de *self-education* (auto educación).

En las aldeas ocurre á menudo que se ha establecido una biblioteca, ya sea por el *squire*, ya por el Pastor, ó bien por cualquier otra persona, en relación con la sala de lectura de la escuela ó la sala de lectura comunal.

Aunque esas bibliotecas no puedan, naturalmente, ser importantes, colman, sin embargo, una laguna y ofrecen facilidades para el estudio á todos..... (1).

P. A. BARNETT.

(1) Traducción francesa de Mr. Gaston Mouchet, profesor en la Escuela Colbert.

POETAS AMERICANOS

EL PRISIONERO DEL DIABLO

MONÓLOGO

Á Emilio Zola.

—«¿Inocente ó culpable? ¡El atavismo,
Como á Titán pagano, me encadena
A este peñón, que se hunde en el abismo,
Rendido por lo enorme de mi pena!
¿Inocente ó culpable? ¡Cuántas veces
Héroe del crimen de traición me creo,
Pues me acusa mi sangre ante unos jueces
Que la analizan y me juzgan reo!
«¡Inocente!» murmura mi conciencia:
«¡Culpable!» le responde la justicia:
¡Es, sin duda, mayor que este deseo
De marterializarse mi inocencia,
El poder infernal de la malicia!
»Como el buzo en el seno de los mares
Busca de los naufragios el tesoro,
Busco en vano de mi alma las preseas
En el Ponto que fingen mis pesares.

¡Te quisiera borrar, cuadro sombrío,
 Que eternamente con la vista exploro,
 Sin que cansancio de mi vista seas!
 ¿Soy Caín? ¿Soy Abel? ¡Siempre la duda
 Enmedio al religioso y al impío
 Me deja! ¡Es grande su elocuencia muda!
 ¡Pero más grande no que mi quebranto!
 ¡Loco me vuelve, cuando á solas río,
 Negándome una gracia: la del llanto!

»Sobre mí pesan, como varios yugos,
 Los vigías que palpan con los ojos
 Mi corazón y mi cerebro. ¡Enigmas
 Que, Esfinge, les propongo á mis verdugos!
 ¿Qué mi cerebro y corazón? ¡Estigmas
 Que, ya calmen ó exciten mis enojos,
 Le revuelven; lanzando á mi organismo,
 Como sondas echadas á un abismo,
 En forma de saetas, sus despojos!

»¡Debe de ser la eternidad suicidio,
 Sin arma, ni veneno! Con la huella
 Que la bestia indomable con que lidio
 Imprime en las entrañas, el fastidio
 Será el tirano que legisle en ella.
 ¡No tendrán soles, como aquí, los días!
 ¡Las noches no tendrán ninguna estrella!
 ¡Serán iguales á las noches mías!

»¡Debe esta ser la eternidad! La siento
 Cuando una conmoción indefinida
 Viene á paralizar mi pensamiento;
 Cuando, como se escapa por la herida
 La sangre, por mis labios el aliento
 Se escapa, húmedo y tibio, y en seguida
 Se hiela en mis pupilas la mirada;
 Mis sentidos se quedan sin sentido;
 Un peso que no cargo me anonada;

No tengo más memoria que el olvido
Anterior á Jehová, porque es la nada.

» Debe de ser la eternidad, como esta
Almohada de granito, en que la mustia
Cabeza de un infame se recuesta,
Sumergida entre dos inmensidades
Por el brazo de acero de la angustia;
Así como esta roca solitaria,
Donde el cielo y el mar sus tempestades
Precipitan en ronda funeraria
Que se adelanta al fin de las edades:
Así como este símil del vacío,
Negación de la vida y de la muerte;
¡Acaso es la eternidad, Dios mio!

» ¡Dios, que fulguras á través del prisma
Del firmamento, con tu mano traza
La línea que separe, como el cisma,
La raza tuya de mi pobre raza!
Cuando imponernos una pena quiso
La bíblica venganzá ¿no en tu nombre
El ángel expulsó del Paraíso
Con Eva y con Adam, también al Hombre?
Cuando un pueblo, con odios de sectario,
Entregó á Jesucristo á las torturas,
¡A las crueles torturas del Calvario!
¿No es verdad que Jesús creyó preciso
Que cumpliese Jesús las profecías?
Cuando sufre la tierra los tormentos
De tus iras, que van en direcciones
Opuestas, como nuncios del destino,
O como en pecho humano las pasiones,
Y luchan entre sí los elementos,
Y los vientos se encuentran con los vientos,
Las aguas con las aguas, las serpientes
De fuego se hallan en igual camino,

A sí mismas se lamen, y á torrentes
Se arrojan del volcán por las pendientes
Líquidas llamas, y trepida el mundo,
Dilatando las fauces de sus grietas,
Presa de un estertor de moribundo,
Y tú, ¡Dios, siempre Dios! no lo sujetas;
Entonces tu justicia no separa

Mi raza de tu raza sin mancha:

¡Tu ubicuidad, Señor, coloca una ara,
Ante quien á implorarte se arrodilla!

»Somos tus criaturas tan abyectas,
Que te representamos como no eres:
Aquí no tienes hijos, sino sectas,
Y tú no creaste sectas, sino seres.

»¡Francia! ¡Cuánto eres para mí severa!
¡Cuánto eres para mí desapiadada!
¡Permíteme llamarte la primera
Mujer, á quien mi corazón le diera
Cuando me diste un talismán: la espada!
Inquietaba el clamor de tus clarines
A mi ambición, aún no refrenada,
De grabar algo heroico en mis troqueles!
¡Pude ser comensal de los festines
En que te saben ofrecer laureles,
Como el plato mejor, tus paladines!
Me inquietaban los triunfos imperiales
Que ilustran de tu escudo los cuarteles;
Pude ser uno de esos generales
Heroicos jefes de invencible tropa,
Que posaron tus águilas caudales
Sobre los tronos huérfanos de Europa!
Pude, como ellos, ser, para ser digno
De brindar por tus fueros en tu copa,
Pero el signo de Saulo, no fue el signo
Que guiar debía mi inseguro paso:

¡Quizás con mi presente me resigno
Porque en mi porvenir todo es ocaso!

»Defender como un viejo veterano
La tricolor bandera pretendía,
La bandera que cubre todavía
A la esposa y los hijos de un villano;
Pero el eclipse del derecho humano,
Sol que nunca en mi patria se ponía,
Hace un lustro ensombrece, con la mía,
La libertad de un pueblo soberano.

Si de una herida por la boca dijo:

«¡Traición!» la patria: sus malditas greyes
Le respondieron: «Te traiciona un hijo.»

Mi honor está, como el de Francia, ileso:

Y pues soy criminal, ante las leyes

Otro crimen denuncio: mi proceso!

»Hogar que fuiste edén de las delicias
Que gozaron mis hijos y mi esposa,
Me adeudas y te adeudo las caricias
Presentes de mi diestra cariñosa.

¡Visión! ¡Siempre visión! Solo apareces
De mi sepulcro á iluminar la losa
Que levantas, y luego desapareces!

Ella á sus hijos, á mis hijos, llama;

Puestos de hinojos sin palabras oran;

Mas la oración el sentimiento inflama,

Sube á los ojos la cerúlea llama,

La frente inclinan y en silencio lloran,

Mis hijos y ella con amor se miran;

Débiles luces sus cabellos doran;

Como diciendo amén, todos suspiran;

Después, de su ternura en el exceso,

Ella les da la comunión del beso,

Y sombras de mi sombra, se retiran

A soñar con el padre ausente y preso.

» ¡Cómo á ensancharse mi razón empieza
Ahora que evoco de mi hogar la historia!
¡Ahora que en grato divagar me pierdo,
Pues me otorga un reposo la tristeza,
Hasta el seno de Abraham de mi memoria
Desciende á redimirme tu recuerdo!
Sí; tu recuerdo á redimirme viene,
Hogar de este cadáver insepulto,
Único asilo donde nadie tiene
Para el capitán Dreyfus el insulto.
La vergonzosa herencia de mi nombre
Futuros desengaños te previene:
Mi tirano también será el tirano
Que de tu perdición propague el culto.
¡El hogar siempre fue patria del hombre
Y la patria el hogar del ciudadano!

» Eres, mar, mi enemigo y compañero,
Que también nubes son tus aureolas;
Como yo, tienes latitudes y olas,
Y como yo te encuentras prisionero.
¿Dejarías de ser mi carcelero,
Si sabiendo, que siéndolo, me inmolas?
En mis mañanas y mis noches solas
Que me devuelvas á mi hogar espero,
Cuando fiel te revuelcas á mis plantas
Que reciben tus ósculos de espuma
Y luego rumoroso te levantas;
No me quieras perder como á las naves
Que les cierras el paso con tu bruma:
¡Dame te cruce así, como las aves!

» Yo he blasfemado, sí; yo he blasfemado
Después que sobre el cuerpo del judío
Rompieron mis insignias de soldado.
Si el cielo, tribunal de la conciencia,
Presenció el espectáculo sombrío,

¿No debía apelar á su sentencia?
Cual se abalanza de la cumbre el río
Las piedras triturando, y la llanura
Con soberbio caudal rápido invade,
Y en el sinuoso rumbo que describe
No deja árbol erguido en la espesura,
Estancia que furente no derribe,
Ni encuentra valladar que le anonade,
Así que otros mi honor se repartieron,
Tal miré abalanzarse mis rencores
De hiperbólica alteza: ¡y destruyeron
El santuario moral que mis mayores
¡Ay! cuando niño bendecir me hicieron!
Tal los miré internarse por distintos
Apartados y lóbregos parajes
Donde guardaba mi ideal sus dones.
¡Os dejé sublevar, torpes instintos
Ignorando que fueseis tan salvajes!

»Para con ese espíritu malvado
Que siente las fruiciones del delito,
De las virtudes tentador, amante
De las culpa, dolor del acusado,
Que le regala un goce no descrito;
Sibarita inconsciente del pecado,
Que sordo á la demanda suplicante,
Porque se cree feliz siendo insensible,
Escucha sólo de su pecho el grito,
Eco de sus pasiones: es terrible
Para con ese espíritu el Eterno;
Y no para Luzbel, sino para ese
Espíritu, era justo que existiese
La infinita venganza del infierno.

»¿Inocente ó culpable? ¿Quién decide
Si soy culpable ó inocente? ¡Aquella
Muchedumbre nerviosa que convulsa

Patíbulos y víctimas le pide
Al suelo estéril contra el cual se estrella,
Pero rebota, la caída impulsa!
¡La pública opinión, vara que mide
La inocencia y la culpa, no se esfuerce,
Dócil de un infeliz á la querella,
En medir mi inocencia ni mi culpa:
No las quiero medir, porque se tuerce.
Deje que el odio con buril de fuego
Y la ignominia de mi hazaña esculpa
La prueba de su error; deje que todo
Lo que me arrojen se convierta en lodo:
No me cae encima, porque el odio es ciego!

«¡Déjenme aquí luchar con mi destino
Sobre la árida costra donde el rayo,
Y no viajero alguno, abrió camino!
¡Sobre esta árida costra nadie calma
Ni su afán, ni su sed de peregrino!
¡Aquí no tienen nuestras rosas mayo,
Nidos las aves, ni raíz la palma!
¡Aquí la claridad brilla siniestra
De su misión horrible convencida!
¡Todo lo embarga perenal desmayo,
Que con su muda inanición demuestra
Que el mar, ¡que sólo el mar! tiene aquí vida!

»¿Es imposible ó no que gracia encuentre
Mi desesperación? ¡Haya nobleza!
¡Yo también soy un fruto de tu vientre,
Madre, madre común Naturaleza!
¿Será perpetuo el abandono? ¡Acabe,
Acabe de una vez tanta vileza!
¡O muerte ó libertad! En la balanza
De la justicia, la justicia sabe
El peso que tendría mi esperanza!
¿Desfallecer? ¡Desfallecer no cabe

Cuando el mártir divisa en lontananza
No el perdón, no el castigo, ¡la victoria!
»¡Me saludan!... ¡Me aclaman!... ¡Se convierte
La pena en alegría!... ¡Cómo impero!
Yo debía pensar: «¡Así la suerte!»
Y sólo sé decir: «¡Esta es la gloria!»
—¿Esta es la gloria?.... ¿En libertad?
—«¡Yo muero!...»

DOMINGO MARTÍNEZ LUJÁN.

Lima (Perú), 1899.

LA PATRIA DE D. JUAN DE JÁUREGUI

Llama frecuentemente la atención de todos los que se dedican al estudio de nuestra historia literaria, el empeño tenaz de muchos escritores contemporáneos nacidos en las Provincias Vascongadas, de señalar como coterráneos suyos á cuantos hombres ilustres de nuestra nación han llevado apellidos que de aquellas descienden, ó que en las mismas subsisten todavía, barriendo para adentro, si así puede decirse, con tanto extremo, que no guardan miramientos de tuyo ni mío, por aumentar el caudal de gloria de la comarca donde nacieron.

Esa exageración regionalista ha sido el motivo de este artículo.

Leyendo de nuevo el libro titulado *Cervantes Vascófilo*, original de D. Julián Apraiz, fijaron mi curiosidad aquellos conceptos en que, poniendo hábilmente á cuenta ajena los que sin duda ninguna son deseos del autor, escribe que honraron la edición primera de su obra: «los ilustres escritores D. Angel Allende Salazar (vizcaíno), D. Nicolás Soraluce (guipuzcoano) y D. Ricardo Becerro de Bengoa (alavés), para *tratar de devolver á sus patrias respectivas, Bermeo, Vergara y Alava, á los grandes amigos de Cervantes, D. Alonso de Ercilla, tenido por madrileño, á D. Juan de Jáuregui, supuesto hijo de Sevilla, y al Obispo de Mondoñedo.....*»

Con esto basta por ahora; siendo únicamente mi propósito tratar de la patria del insigne traductor del *Aminta*, dejándola, á mi parecer, demostrada y fuera de discusión de una vez para siempre; por más que en otra ocasión tal vez me ocupe del renombrado autor de *La Araucana*, y del no menos ilustre de las *Cartas familiares*.

Dejaré consignados, ante todo, los argumentos en que se funda la afirmación antedicha del Sr. Apraiz: «Por su parte—escribe—el ya también difunto Sr. Soraluze, resumía las razones que él tenía para suponer á Jáuregui guipuzcoano, en que, no habiendo podido nunca encontrar los sevillanos su acta bautismal, ni ningún otro documento fehaciente, se atenia á lo dicho por su coetáneo y conocido el Dr. Isasti (*Compendio historial de la M. N. y M. L. provincia de Guipúzcoa*), que en varios pasajes, pero más expresamente en la pág. 639, lo hace natural de Vergara.»

Ciertamente no ignoraba el Sr. D. Nicolás Soraluze, como también lo sabe de sobra el Sr. D. Julián Apraiz, el escaso crédito que á la Junta general de Guipúzcoa mereció en su tiempo (1622) la obra de D. Lope Isasti. Pero no quiero divagar; basta la indicación, y vamos al fondo.

¿Con que no han podido encontrar nunca los sevillanos documento fehaciente que diga cuál fue el lugar del nacimiento del pintor-poeta? Pues á la verdad no necesitaban darse mucho trabajo, ni quemarse las pestañas para buscarlo, porque el mismo escritor se los ofrece repetidamente. En el año 1607, estando D. Juan de Jáuregui en Roma, y al frente de su traducción del *Aminta*, que he citado ya, estampada por Esteban Paulino, hizo imprimir, según costumbre de la época, las composiciones laudatorias que le dedicaron algunos de sus amigos. D. Jerónimo de Avendaño, en un soneto italiano; Paolo Guidotto, en un madrigal, y el Dr. Andrés del Pozo, en otro soneto castellano, le apellidan poeta del Betis; y por si aun no era bastante, Alonso de Azevedo, en otro soneto, dice con mayor claridad:

Mas vino de la Bética ribera
 Un joven de gallardo ingenio y brío,
 Y Aminta por el docto sevillano
 Dejó su patria.....

Pues vamos todavía más adelante. De regreso Jáuregui en España, continuó dedicándose á sus aficiones favoritas, logrando renombre de pintor insigne por los progresos que había hecho con el estudio de los maestros italianos, y tanta fama de buen poeta, que al publicar Miguel de Cervantes, en el año 1614, el interesante poema que tituló *Viaje del Parnaso* le incluyó entre los primeros, á seguida de Fernando de Herrera *el Divino*, con este cumplidísimo elogio:

Y tú, DON JUAN DE JÁUREGUI, que á tanto
 El sabio curso de tu pluma aspira
 Que sobre las esferas te levanto;
 Aunque Lucano por tu voz respira,
 Déjale un rato y con piadosos ojos
 A la necesidad de Apolo mira.

Estimulado, sin duda, por este y otros aplausos, recogió D. Juan lo más selecto de sus obras poéticas y las dió á la prensa en Sevilla, formando un hermoso volumen, que imprimió Francisco Lyra Varreto en 1618, y es hoy bastante raro. Entre las composiciones laudatorias que se encuentran al principio las hay de verdadero mérito, como debidas á las plumas de Francisco Pacheco y de D. Juan de Arguijo; pero no me detendré en ellas, para fijar más de propósito la atención en la de Antonio Ortíz Melgarejo, que empieza así:

Quien emular procura,
 Píndaro sevillano,
 Tu aliento soberano.....

¿No puede citarse esta poesía como *documento fehaciente*, literariamente hablando? Pues tanto ella como las anteriores son testimonios puestos por amigos de Jáuregui, en libros cuya impresión dirigía éste, y que admitió como expresión de la verdad.

No ha de quedar aquí la demostración. Pero antes de pasar al último término de ella, aprovecharé la oportunidad de dar noticia de una obra artística de Jáuregui, ya que son tan escasas las que se conocen de su mano, porque concurre también á la fijación del lugar de su nacimiento en clase de *documento fehaciente*. Es un bellissimo cuadro que representa á Santa Teresa de Jesús y se conserva en poder de una familia muy conocida en la villa de Paterna del Campo, á pocas leguas de Sevilla. Representa á la Santa de tamaño natural, sentada ante una mesa cubierta de bayeta verde y en actitud de escribir conceptos que un bello ángel le inspira; sobre la mesa libros, papeles, un crucifijo y una calavera. Debajo del sillón en que se sienta la Santa, se lee: «*Don Joan de Jáuregui, HISPALENSIS, faciebat et dicavit*».

Y llegamos por un orden natural á pruebas todavía más directas, documentales ú oficiales, para que no se echen de menos. En Real cédula, fecha 2 de Septiembre del año 1626, el rey D. Felipe IV hizo merced á D. Juan de Jáuregui del hábito de la orden de Calatrava. Para encabezar el expediente de pruebas, presentó Jáuregui su genealogía y de ella resulta que D. Lucas de la Sal, vecino de la ciudad de Sevilla, y Doña Luisa de Aguayo su legítima mujer, tuvieron por hijos á don Juan de la Sal, que nació el 3 de Noviembre de 1550 y fue bautizado en la parroquia de San Pedro, llegando luego á Obispo de Bona en Africa y auxiliar del Arzobispo de Sevilla D. Fernando Niño de Guevara, y á *Doña Isabel Hurtado de la Sal*.

Por otra parte, D. Martín Martínez de Jáuregui, *natural de la villa de Vergara*, casó con Doña Catalina de Salinas, natural de Nájera, y tuvieron por hijos, entre otros, á Don Miguel Martínez de Jáuregui, *que nació en Nájera*, lugar donde se habían establecido sus padres. Contrajo á su vez matrimonio este D. Miguel, en Sevilla, con la Doña Isabel Hurtado de la Sal, antes mencionada, y entre los muchos hijos habidos de su matrimonio fue el segundo D. JUAN DE JÁUREGUI Y HUR-

TADO, que NACIÓ EN SEVILLA el día 24 de Noviembre de 1583, siendo bautizado en la iglesia parroquial de Santa María Magdalena.

Las pruebas fueron muchas, practicándose en Vergara, en Nájera, en Sevilla, en Madrid y en otros lugares, declarando en ellas unos cien testigos, los que, en su mayor parte, expresaron conocer al poeta y á sus padres, y que aquél era natural de Sevilla; y, por último, el Consejo de las Ordenes dictó auto en 1.º de Julio del año 1639, en estos términos: «Después chese título de caballero de la orden de Calatrava á D. Juan de Jáuregui, *natural de Sevilla.*»

No sé si algún regionalista impenitente abrigará todavía dudas. Para buscar el origen vascongando del poeta-pintor es necesario subir hasta su abuelo. El padre fue de Nájera; la madre sevillana, y en Sevilla vió la luz primera y vivió largos años D. Juan, primo segundo del otro celebrado poeta D. Juan de Salinas, al que también se quiso hacer natural de Nájera, porque de allí era su padre, aunque él mismo dejó escrito en documentos públicos y privados que había nacido en Sevilla.

Como último término de la demostración, y tal vez hubiera debido comenzar por esta prueba, ahorrando discusión inútil, insertaré copia exacta de la partida de bautismo; de aquella acta que, según el doctor D. Nicolás de Soraluce, nunca habían podido encontrar los sevillanos. Se registra en el tomo noveno de bautismos de la iglesia de la Magdalena de Sevilla, al folio 213, y dice así:

Juan «En Jueves veynte y quatro del mes de noviembre de mill y quinientos y ochenta y tres años, baptizé yo diego de mercado cura desta iglesia de la magdalena á *Juan*, hijo de miguel de jauligui y de doña isabel de la sal su lijítima mujer. Fueron sus padrinos el ilustre señor don Andrés de Monsalve y la ilustre señora doña María ¿mora? de Salas, su mujer, vecinos desta collación fho ut supra

»*diego de mercado.*»

Por las probanzas que se conservan en el archivo del Consejo de las Ordenes y de los libros de la parroquia de la Magdalena, se viene en conocimiento de muchas particulares circunstancias de la familia y de la vida de Jáuregui, muy curiosas, y que de buen grado insertaría para dar amenidad á este trabajo. Mas como quiera que su objeto único ha sido poner en claro la patria del poeta, me limitaré á indicar alguna del mayor interés y novedad.

Dilatada familia tuvieron D. Miguel Martínez de Jáuregui y doña Isabel Hurtado de la Sal. De ocho hijos, cuando menos, se conservan partidas bautismales; los cuales nacieron entre el 21 de Diciembre de 1581, día en que fue bautizado el primogénito D. Lucas, y el 18 de Agosto de 1593, en que recibió las aguas regeneradoras la menor de ellos, doña Mariana.

La existencia de aquel hermano mayor, D. Lucas, tuvo peripecias notables. A principios del año 1600 profesó en el convento de dominicos de San Pablo, tomando en el claustro el nombre de Fray Jacinto; pero, cansado muy luego de la vida conventual, y fuera por su pasión naciente hacia la que después fue su consorte ó por otras ignoradas causas, entabló demanda de nulidad de sus votos, bajo la canónica razón de haberlos pronunciado sin tener la edad competente; y habiendo obtenido la declaración que apetecía, volvió al siglo y contrajo matrimonio con doña Luisa de Guzmán, hermana de don Martín de Guzmán, que años antes se había casado con doña Catalina de Jáuregui.

Los hermanos Guzmán eran de linaje muy ilustre en Sevilla; hijos de un D. Enrique de Guzmán, célebre entonces por su celo en procurar la declaración dogmática, que por él fue apellidado *el caballero de la Inmaculada*, y la familia llevó muy á mal aquel enlace, por los antecedentes del D. Lucas, á lo que puede inferirse.

Hay un hecho muy característico y propio de la época, que nos deja conocer cómo se recrudecieron y hasta qué ex-

tremo llegaron aquellas enemistades, que tuvieron larga influencia en los sucesos de la vida del poeta. Pasando en el año de 1614 por una de las calles más concurridas de la ciudad, hubo de trabarse de palabras D. Francisco de Jáuregui, otro de los hermanos de D. Juan y de doña Catalina, con D. Alonso de Guzmán, deudo de la doña Luisa, que venía acompañado de D. José de Vergara, su amigo. Acaloróse la disputa en términos violentos, menudearon los insultos, crecieron las ofensas, el de Guzmán apostrofó de *judío* á D. Francisco, salieron á relucir los aceros y quedó herido Guzmán, dándose Vergara á la fuga. Fácil es comprender las consecuencias de semejante suceso. El fugitivo era hermano de D. Juan de Vergara, canónigo de gran influencia en el Cabildo catedral y muy privado del Cardenal Zapata, todos los cuales, con otros muchos más, fueron á aumentar el número de los enemigos de Jáuregui.

En tales enemistades tuvieron fundamento los muchos obstáculos que se presentaron en las pruebas para la concesión del hábito de Calatrava á D. Juan de Jáuregui. El mismo las denuncia en documento escrito y firmado de su mano, diciendo: «y presume el pretendiente que le han querido ahijar »este rumor D. Juan de Vergara, canónigo de Sevilla, *su capital enemigo*, y D. Juan Ramírez de Guzmán, y D. Pedro »Ciancas, también enemigos, y otros mal intencionados ó mal »advertidos ó confusos en la distinción de unos y otros del »apellido de la Sal».

Las dificultades que crearon en las pruebas fueron de tanta importancia, que detuvieron por espacio de trece años la terminación del expediente; pues habiéndose otorgado la gracia en 2 de Septiembre de 1626, el Consejo de las Ordenes no mandó que se expidiera el título hasta Julio de 1639; y aun para ello fue preciso que Jáuregui acudiera directamente al Rey, y que el mismo Felipe IV, por complacerle, *encargara mucho* al Tribunal el pronto despacho.

Conocidas y muy estimadas, aunque no en el alto grado

que merecen, han sido siempre las obras de D. Juan de Jáuregui; casi enteramente desconocidos los sucesos de su existencia; ignoradas por completo las diferentes fases y peripecias de su participación en aquella guerra literaria en que, bajo el título de conceptistas, equivoquistas, culteranos, se produjeron tantas obras dignas de estudio, tantas valiosas invectivas, tan agudas sátiras y saladísimos epigramas; como que fueron mantenedores de ella casi todos los ingenios de la época, haciendo cabezas de los bandos un Góngora, un Quevedo, Villamediana, Lope de Vega y Jáuregui, y á cuyo ardimiento se debieron las publicaciones de *Las Soledades* y *El Polifemo*, y también las de las inapreciables, las mejores galas de nuestra literatura, en las poesías del bachiller Francisco de la Torre y de Fray Luis de León.

Con los nuevos documentos ahora conocidos, puede escribirse la biografía del ilustre sevillano traductor de Tasso, y reconstituirse y completarse un importante período de nuestra historia literaria.

JOSE MARÍA ASENSIO.

DISCURSOS A LA NACIÓN ALEMANA



EXPOSICION DE LOS CARACTERES ALEMANES EN LA HISTORIA

En el discurso anterior hemos explicado las diferencias que separan al pueblo que continúa desarrollándose y pensando en su lengua originaria, del que adopta una lengua extranjera. Decíamos allí que en cuanto á las naciones extrañas, cada cual juzgará por su parte si han presentado ó no los signos que indicábamos; mas por lo que toca al pueblo alemán, nos comprometemos á mostrar que se ha exteriorizado como cumplía, según nuestros principios, á un pueblo que se sirve de una lengua originaria. Examinaremos hoy, para cumplir nuestra promesa y probar la afirmación que adelantábamos, el último gran hecho cumplido por los alemanes en la historia universal: la reforma religiosa.

El Cristianismo, que tuvo su cuna en Asia y que mereció, por las alteraciones sufridas, ser asiático, producía á los romanos el efecto de una religión extraña, por predicarles una sumisión ciega y una fe sin límites; nunca penetraron verdaderamente sus principios, ni se dejaron penetrar por ellos; pero la nueva religión dividió su nacionalidad en dos partes distin-

tas, y entonces aquel elemento extraño pudo introducirse gracias á la melancólica superstición de la raza. Recién llegados á Italia, los germanos dieron á esta religión discípulos que no podían oponerle ninguna especie de cultura anterior de la razón, pero que tampoco le llevaban como auxiliar ninguna superstición original; y para ellos, se presentó la religión como un adorno propio de los romanos, con quienes deseaban ardientemente unirse. Pero los educadores cristianos no dejaron penetrar á los neófitos germanos más que en aquella parte de la antigua civilización y del lenguaje romano que podía favorecer sus fines, lo cual se comprende fácilmente; y en esto se basó la caída y muerte del idioma romano. Más tarde, cuando los verdaderos monumentos de la civilización antigua llegaron á manos de estos pueblos en todo su esplendor clásico, despertóse en ellos el deseo de pensar y comprender por sus propias fuerzas; pero como este impulso era joven y lleno de fresca savia, y, por otra parte, sus orígenes no habían dejado á este pueblo ningún supersticioso temor á los dioses capaz de contrarrestarlo, comprendieron, mucho mejor que los romanos á la aparición del Cristianismo, la contradicción que existía entre una fe ciega y las cosas singulares convertidas en objeto de ella durante muchos siglos. Esta contradicción, que establecía en las mismas cosas á que se había concedido hasta entonces tan buena fe, excitó la risa; los que adivinaron el enigma, pudieron reirse y burlarse de él, y aun los mismos sacerdotes que lo advertieron riéronse igualmente, seguros de que sólo un corto número podría abrirse paso hasta la civilización antigua para borrar el encanto. Me refiero ahora especialmente á los italianos, que eran entonces los guardianes de la civilización neorromana, y tras los cuales seguían, aunque á gran distancia, las otras ramas neorromanas.

Riéronse, pues, del subterfugio, porque carecían de carácter bastante serio para agriarse por su causa; mas como el vulgo no había perdido la ilusión, continuaron siendo, con mayor seguridad todavía, la parte cultivada y selecta de la

nación, soportando fácilmente que el verdadero pueblo, hacia el cual no sentían simpatía alguna, siguiese presa del error, para que de este modo les sirviera mejor aún en todos sus proyectos. El pueblo podía, pues, continuar con su error, y la parte cultivada de la nación aprovecharse de ello y reirse á su costa; y esto hubiera sin duda continuado hasta el fin de los siglos, de no haber existido más que los neorromanos en los siglos modernos (1).

Véase en esto una prueba evidente de lo que anteriormente dijimos sobre la continuación de la cultura antigua en la moderna y la parte que les corresponde en ello á los neorromanos. La luz nueva vino de la antigüedad y cayó al principio en plena civilización neorromana, pero sólo alcanzó á la razón, sin ejercer la menor influencia sobre las condiciones de la vida real.

Desde el momento que esta luz cayó sobre un pueblo de carácter verdaderamente serio y religioso, hasta en su vida terrenal, sobre un pueblo que tenía jefes capaces de tentar cualquier empresa en pro de intereses tan importantes, el efecto fue muy distinto. Por mucho que hubiese descendido el Cristianismo, conservaba aún su principio fundamental, que es verdad y vida, única vida real é independiente; á saber, la cuestión: ¿qué debemos hacer para ser felices? Si esta cuestión hubiese caído en tierra estéril é incapaz de recibirla,—aunque la felicidad sea cosa posible, en toda sinceridad,—ó incapaz, después de haberla recibido, de penetrarse de ella con voluntad decidida y firme para emplear los medios de resolverla, entonces la religión no hubiera podido, desde sus comienzos, penetrar hasta las raíces mismas de la vida y de la voluntad, quedando en mera sombra pálida y vacilante, encerrada en la memoria y en la imaginación; y en adelante, na-

(1) Excusamos decir que habría muchos reparos que oponer á esta singular manera de explicar las cosas que tiene el autor.—(N. del T.)

turalmente, toda explicación sobre esas nociones religiosas carecería de influencia sobre la vida real. Por el contrario, cayeron esas palabras en tierra naturalmente vivaz, en sitio donde el hombre creía seriamente en una vida bienaventurada, poseía la firme voluntad de llegar á ella, y empleaba seriamente, y con toda buena fe, los medios propuestos para llegar á ese fin. Por esto, cuando un espíritu serio y lleno de confianza vió la luz en todo su esplendor, se elevó necesariamente en su interior un violento y terrible impulso de desesperación á la vista de la errada senda que había tomado para la salvación de su alma. Consecuencia de esto fue, en lugar de risa, un ardiente deseo de procurar inmediatamente esta salvación de manera enteramente distinta. El hombre que primero se apercibió de esto, no podía ya contentarse con salvar su alma sin pensar también en todas las demás, puesto que, según los principios fundamentales de su religión, esta indiferencia hubiera sido impedimento para la salvación propia; y por esto tuvo que luchar, con tanta angustia como por su personal salvación, por abrir los ojos de todos los hombres en punto al error que los perdía.

Así penetró en la mente del hombre alemán, Lutero, esta idea que muchos extranjeros habían tenido antes que él, y aun con claridad más grande. En punto á la cultura clásica y refinada, á las ciencias y á muchas otras cualidades, eran superiores á él no sólo los extranjeros, sino también muchos de su propia nación. Pero el impulso que le guiaba era poderosísimo, el cuidado de la salvación eterna, y esto penetró de tal modo en su vida, que se convirtió en su misma existencia, conquistando así la fuerza y los dones que la posteridad admira en él. Pudieron muy bien otros alimentar propósitos terrenales en esta cuestión de la Reforma, pero jamás hubieran triunfado de no haber tenido á su frente un jefe que tanto se preocupaba de las cosas eternas; no es, pues, de extrañar que quien veía constantemente en juego la salvación de todas las almas inmortales, se atreviese á desafiar sinceramente y sin

temor á todos los diablos del infierno. Esta es una prueba del carácter serio de los alemanes (1).

Queda sentado que Lutero se dirigió á todos y á la colectividad entera en nombre de aquellos puros intereses de la humanidad que cada cual debe cuidar por sí mismo. ¿Cómo hubo de acoger su pueblo esta proposición? ¿Permaneció acaso en su cobarde inercia, adherido al suelo por intereses terrenales, continuando sin perturbaciones su mismo modo de vivir anterior, ó bien aquella exaltación religiosa, tan poco frecuente entonces, le excitó tan sólo la risa? En manera alguna, sino que, por el contrario, corrió por aquel pueblo como un fuego vivísimo que en todas partes encendía iguales angustias por la salud de las almas, y así se abrieron los ojos rápidamente á la luz plena, y los espíritus se apoderaron al vuelo de las verdades que les eran presentadas. ¿Fue quizá esta exaltación pasajero relámpago provocado por un desarrollo excesivo de la imaginación, é incapaz de contrarrestar en la vida real los rudos ataques y peligros de todo género? No por cierto; sino que aquellos hombres lo soportaron todo, sufrieron todos los tormentos, lucharon en combates sangrientos y aventurados, tan sólo por no caer de nuevo bajo el dominio de aquel..... papado, y por conservar para sí y para sus descendientes la luz del Evangelio, única que trae la felicidad; y así en estos siglos modernos viéronse renovados todos los milagros que el Cristianismo había producido al difundirse por el mundo. Todos los sucesos de esta época están impregnados de ese deseo universal de la vida bienaventurada. En ello vemos una prueba de la personalidad del pueblo alemán. En éste, todo entusiasmo produce siempre entusiasmo y lo eleva fácilmente á las verdades claras, persistiendo este sentimiento en su vida entera para formarla á su imagen.

Antes de esto, sin duda, otros reformadores habían excitado el entusiasmo popular, formando en el seno de la nación

(1) Repetimos la observación hecha en la nota anterior. (*N. del T.*)

comunidades y sectas; pero estas sectas jamás se establecieron sólidamente sobre el terreno de las constituciones pasadas, porque los jefes del pueblo y los príncipes que defendían la constitución, no se unieron á ellos. En sus mismos comienzos, la reforma de Lutero no parecía llamada á mejor éxito. El sabio príncipe Elector, en cuyo tiempo dió principio, parecía poseer, más bien que la sabiduría de un alemán, la de un extranjero, y así no vió en el litigio empeñado otra cosa que una discusión poco importante entre dos Ordenes monásticas, y aplicó toda su atención á fundamentar el buen nombre de su naciente Universidad. Pero sus sucesores fueron más sabios; tomaron como su felicidad propia la preocupación que animaba entonces á sus pueblos; y gracias á esta comunidad de aspiraciones, pueblo y príncipes mezclaron su suerte en la victoria y la derrota, en vida y muerte.

Ved aquí una señal del carácter de los alemanes, según se ha hecho notar más arriba, que hace de esta nación un todo completo, y ved también en ello una prueba de que su constitución se apoya en las mismas leyes naturales. Los grandes intereses nacionales y universales fueron hasta entonces propuestos al pueblo por oradores voluntarios que le hicieron penetrarse de ellos. Pudieron sus príncipes, en los comienzos, separarse de la nación, abandonarla y hacerle traición, arrastrados por la afición al extranjero y por el deseo de parecer tan distinguidos como éste; pero más tarde se convirtieron fácilmente á ideas que conformaban con las de su pueblo, y acabaron por apiadarse de él. Más adelante presentaremos otras pruebas de que el primer caso se ha presentado siempre; tan sólo podemos desear, con todas nuestras fuerzas, que el segundo continúe siempre siendo verdad.

Por de contado, hay que confesar que estas angustiosas gestiones en pro de la salvación de las almas, se vieron oscurecidas por una sombra, en razón á que, para lograrla, no sólo era preciso cambiar los intermediarios exteriores entre Dios y el hombre, mas también prescindir de toda guía y ha-

llar en sí propio el lazo de unión con Dios; y quizá era preciso que la cultura religiosa del hombre atravesase por tales estados intermedios. El mismo Lutero, por su celo leal y recto, obtuvo mucho más de lo que buscaba, y su obra excedió todas sus esperanzas. Después de las primeras luchas sostenidas con una conciencia todavía inquieta por su brusco rompimiento con todo lo que hasta entonces había creído, manifestó bien alto su alegría y su triunfo por haber al fin reconquistado la libertad de los hijos de Dios, que de allí en adelante no buscarían ya la vida bienaventurada fuera de sí mismos, ya que ellos son su emanación directa. Convirtiéndose, además, en el prototipo de los tiempos futuros, que él realizó completamente para todos nosotros.—He aquí otro de los caracteres del espíritu alemán. Cuando tantea una investigación, halla siempre más de lo que busca, porque penetra hasta las fuentes mismas de la vida real, que mana por propio movimiento y lo arrastra en su corriente.

.....

Esta manera de considerar seriamente toda la religión antigua, le obligó á mostrarse más seria y á examinarse de nuevo á sí misma, para establecer en firme sus viejas creencias y asegurarlas contra futuros peligros; y esto constituye, de igual modo que lo que sigue, nueva prueba de la influencia que Alemania ha ejercido siempre sobre la Europa entera. De este modo, las antiguas doctrinas pudieron conservar sin peligro su influencia sobre el vulgo, y sus defensores, sobre todo, ganaron con ello un espíritu de reflexión y de seriedad mucho más acentuado que antes. Si la nueva doctrina alemana se extendió también á los países neolatinos extranjeros, despertando igual entusiasmo, es cosa que no diremos aquí nosotros, permaneciendo mudos, como á la vista de un hecho que está en camino de cumplirse; pero debe notarse que esta nueva doctrina no ha sido reconocida como religión del Estado en ningún país de origen neolatino; de donde parecería deducirse

que es menester la concurrencia de la seriedad alemana en los gobernantes y de la buena voluntad en los pueblos, para establecer el acuerdo de esta doctrina con los poderes directores.

Desde otro punto de vista, siempre por su reforma religiosa, Alemania ha ejercido en el extranjero una total y durable influencia, no sobre la masa popular, pero sí sobre las clases cultas; y mediante esta influencia, ha convertido á pueblos extraños en precursores suyos y excitadores de nuevas creaciones. El pensamiento libre y que obra por sí mismo, es decir, la filosofía, carecía en los siglos pasados, bajo el imperio de las antiguas doctrinas, de la costumbre de sacar de sí mismo la verdad, limitándose á mostrar cómo y de qué manera residía la verdad en la doctrina de la Iglesia. La filosofía tuvo bien pronto igual ocupación en los protestantes alemanes, convirtiéndose en esclava del Evangelio, como antes lo fue, con la Iglesia, de la escolástica. Pero en el extranjero, donde no poseían el Evangelio ó no sentían por él igual devoción ó respeto que los alemanes, el pensamiento libre, entusiasmado por la gloria de su precedente triunfo, se desarrolló con mayor facilidad y de modo más completo, sin sentirse detenido por la creencia en lo sobrenatural; quedó, sin embargo, encadenado por el lazo sensible de la creencia en la *razón natural* desarrollada por sí misma, sin cultura ni moral; y lejos de hallar en la *razón pura* la fuente de una verdad que reposa en sí misma, concedió á las máximas de esa razón inculta el lugar que entre los escolásticos ocupaba la Iglesia y entre los primeros teólogos protestantes el Evangelio; y sin dudar de la veracidad de las máximas de esta razón, el problema para ellos era tan sólo de saber cómo había que defender esta verdad contra las objeciones que se le opusieran.

Como quiera que este pensar libre no penetraba en la esfera de la razón pura, en que la resistencia hubiera sido más grave, no halló otro adversario que la religión apoyada en la historia, y de ella triunfó fácilmente partiendo de los princi-

pios de la razón natural antes citada, con la cual la religión estaba en contradicción evidentemente; y resultó así, en suma, que en el extranjero la palabra filósofo y la de hombre sin religión y despreciador de los dioses viniera á tener el mismo sentido é igual reputación.

Esta justificada tendencia de los extranjeros á desprenderse de toda creencia en una autoridad extraña, excitó á nuevas empresas á los alemanes, que la habían suscitado con su reforma religiosa. Sin duda, ha habido entre nosotros hombres inferiores, sin independencia alguna, que han copiado servilmente esta doctrina del extranjero, prefiriéndola, por lo visto, á la de sus compatriotas, porque les parecía más distinguida, y tratando, en la medida de lo posible, de convencerse de su excelencia; pero donde realmente dominaba el espíritu alemán de independencia, no podía satisfacer el mundo de las cosas sensibles. Planteóse con esto el siguiente problema: educir de la misma razón pura lo supersensible, que no cabe creer con la sola autoridad extraña, y crear así una filosofía propiamente dicha, ya que se buscaba con justo título, en el pensar libre, la raíz de toda verdad independiente. Comenzó entonces Leibnitz su lucha con esta filosofía extranjera, y el verdadero fundador de la moderna filosofía alemana alcanzó su fin, no sin haberse sentido, como él mismo confiesa, profundamente impresionado por las producciones extranjeras, cuyo espíritu había penetrado mucho más hondo de lo que se creyó en un principio. Más tarde, el problema ha sido completamente resuelto entre nosotros, y la filosofía ha cerrado su ciclo; ahora hay que contentarse con esperar á que llegue el día en que pueda ser comprendida. Entonces el despertar de la antigüedad, investigada por el extranjero neorromano, arrastrará á la madre patria alemana á la creación de un nuevo mundo que aún no existe entre nosotros.

Ante las miradas de nuestros mismos contemporáneos, el extranjero ha emprendido también la solución de otro problema planteado en el mundo nuevo por la razón pura y la filo-

sofía, ó sea el establecimiento de un Estado perfecto, á lo cual se ha entregado el extranjero con fogoso entusiasmo, viéndose, no obstante, obligado á abandonar bien pronto la empresa, constreñido por su estado actual, en que condena como un crimen el solo pensamiento de semejante problema, y obligado, de hoy en adelante, á concentrar todos sus esfuerzos en la tarea de restringir todo lo posible este ensayo de su historia. La causa de semejante resultado, es bien evidente: un Estado conforme á la razón pura, no puede organizarse con los elementos actualmente existentes, mediante arreglos artísticos, sino que es preciso que el pueblo se halle formado según el tipo que se pretende realizar. Unicamente la nación que haya resuelto verdaderamente el problema educativo del hombre perfecto, será capaz de realizar ese otro problema del Estado perfecto.

Después de nuestra reforma religiosa, el problema de la educación ha sido examinado frecuentemente por los extranjeros con gran talento, pero siempre conforme al sentido de su filosofía, y estas investigaciones han hallado entre nosotros, por vez primera, imitadores y entusiastas exagerados. A su debido tiempo mostraremos hasta dónde ha llevado la cosa el carácter alemán.

Todo lo dicho os explica con claridad la historia universal de la formación del mundo nuevo y de sus relaciones, siempre iguales, con lo antiguo. La verdadera religión, bajo la forma del Cristianismo, fue el germen del mundo moderno, y el gran problema de éste consistió en introducir esta religión en la civilización antigua, á fin de espiritualizarla y santificarla. El primer paso en este camino tenía que ser de suprimir en esta religión la forma de autoridad exterior que invalida toda libertad, é introducir en ella el pensar libre de los antiguos. El extranjero intentó este paso definitivo y el alemán lo realizó. El segundo paso, que debía continuar y completar el primero, consistía en buscar en nosotros mismos esa religión, y con ella toda la sabiduría. También lo preparó el ex-

tranjero y lo realizó el alemán. El paso que ahora cumple dar, y que eternamente se ofrece como cuestión palpitante, consiste en elevar á todos los ciudadanos á la dignidad de hombres perfectos. Sin esto, la filosofía que al fin hemos conquistado, no llegará nunca á abrazarlo todo y á servir para todo en la vida real, y el sistema de educación separado de la filosofía, jamás alcanzará por sus propias fuerzas una claridad perfecta. Ambas cosas se completan mutuamente; separadas, son incompletas é inútiles. Pero ya el cuidado de esta nueva educación recae sobre los alemanes, que hasta ahora han dado cima á todos los progresos dirigidos á la cultura perfecta, y se han conservado en el mundo moderno con todos sus caracteres; así que esta cuestión quede resuelta, será fácil decidir en punto á los demás intereses de la humanidad.

De este modo, hasta nuestros días, la nación alemana ha trabajado constantemente por la cultura de la especie humana. Por dos veces hemos hecho notar, á propósito de la marcha natural seguida por esta nación, que toda cultura, sobre todo en Alemania, ha procedido del pueblo; y es tiempo ya de demostrar esto más exactamente. Hemos visto que la cuestión de la Reforma había sido desde luego llevada al pueblo, sin lograr éxito hasta que se identificó con sus intereses. Ahora vamos á mostrar que esto no constituye una excepción, sino una regla.

Los alemanes que permanecían en la madre patria, conservaban todas las virtudes domésticas de su estirpe: fidelidad, lealtad, honor, simplicidad; pero no les fue posible desarrollar su cultura mediante una vida superior y espiritual, sino en la medida en que el Cristianismo de la época y sus sacerdotes podían influir en hombres dispersos por todas partes. Esto era poca cosa, y así permanecieron muy á la zaga de sus compatriotas emigrados, siendo como siempre valientes y leales, pero medio bárbaros. Entre ellos, gentes salidas del pueblo fundaron ciudades en las que los elementos de la vida civilizada se desarrollaron rápidamente hasta el *summum*. Estable-

ciéronse constituciones burguesas, algo mezquinas, pero excelentes, que extendieron el espíritu de orden y el culto de él en todo el resto del país. Su comercio, muy desarrollado, ayudó á descubrir el mundo. El poder de su liga fue temido por los reyes. Los monumentos de su arquitectura todavía persisten en pie, no obstante las injurias de los siglos, y la posteridad, al contemplarlos, los admira á la vez que reconoce su propia impotencia.

No quiero yo comparar esas villas imperiales alemanas (1) de la Edad Media con otros Estados contemporáneos, ni investigar lo que hicieron luego la nobleza y los príncipes; pero sí consideraremos las otras naciones germánicas, exceptuando algunos rincones de Italia que los alemanes igualaron en punto á las Bellas Artes, excediéndoles en las ciencias útiles, en que llegaron á ser maestros: y diremos que esos ciudadanos constituyeron la parte culta de la raza germánica, y el resto la parte bárbara. La historia de Alemania, del poder alemán, de las empresas, descubrimientos, monumentos, trabajos intelectuales, etc., de los alemanes, es puramente la historia de aquellas ciudades, y todo lo demás, como el rescate de villas, la liberación de territorios y otras análogas, apenas merece ser contado. Esta época es la única de la historia alemana en que la nación brilló con vivo resplandor y mantuvo el rango que le correspondía como raza primitiva; así, cuando la ambición y las pasiones dominadoras de los príncipes hubieron destruído la vida de esas ciudades gloriosas, todo cayó en ruinas y caminó lentamente hacia el estado actual; pero cuando Alemania caminaba así á su destrucción, veíase declinar igualmente al resto de Europa, no solamente en la superficie, mas también en los elementos esenciales de su vida.

Veréis ahora hasta la evidencia la influencia decisiva que esas ciudades poderosas ejercieron en el desarrollo de la Constitución imperial alemana, en la reforma religiosa y en todo

(1) Se refiere á las de la Liga Hanseática. (N. del T.)

lo que entonces caracterizaba al pueblo alemán; y de éste pasó al extranjero la influencia, siendo, todo lo que hay ahora de estimable en Alemania, nacido en el seno de esas antiguas ciudades, cosa fácil de demostrar.

Mas, ¿qué espíritu guió á esas ciudades en el goce de sus riquezas? Un espíritu de sacrificio, de honorabilidad, de modestia, de comunismo. Rara vez salía un individuo de su propio rango, porque todos participaban de los mismos sentimientos y de igual sentido de sacrificio en aras del bien común. En medio de iguales condiciones exteriores que en Alemania, se desarrollaron en Italia las ciudades libres. Compárense ambas historias; colóquense en parangón las perturbaciones incesantes, las disensiones intestinas, las guerras, los constantes cambios de Constituciones y de dueños de que eran teatro las villas italianas, con la apacible tranquilidad, la dulce unión de las villas alemanas. ¿Cabe, acaso, demostrar mejor las diferencias capitales que separan el carácter de ambas naciones?

La nación alemana es la única entre los pueblos neoeuropeos, que ha demostrado, hace siglos, mediante sus ciudades burguesas, que es susceptible de soportar una Constitución republicana.

En el número de los medios especialmente capaces de levantar el carácter alemán, hállase una historia entusiasta de los alemanes de esa época, que fuese el libro nacional y popular, absolutamente como la Biblia ó los cánticos, hasta que nosotros mismos hubiésemos producido algo que mereciese ser cantado. Semejante historia no debería solamente contar las cosas y sucesos, conforme al orden cronológico, sino trasladarnos al seno mismo de la vida de ese pueblo, en forma tal, que nos pareciera marchar como formando parte de él, tomar con él resoluciones, comerciar juntamente con él; y todo ello, no mediante una poesía infantil y vulgar, como lo han hecho tantas novelas históricas, sino por la realidad misma de las cosas; y de esa vida misma deberían ser sacados los hechos y circunstancias que la muestran por sí misma. Obra semejan-

te no puede ser sino el fruto de conocimientos extensos y de investigaciones que, tal vez, nunca fueron emprendidas; pero el autor debería evitar la exposición de tales conocimientos é investigaciones, ofreciéndonos tan sólo el fruto de ellos, llegado á plena madurez, para lo cual sería necesario emplear nuestra lengua actual, de manera inteligible para todo alemán sin excepción. Aparte estos conocimientos históricos, sería menester, para esta obra, un alto grado de espíritu filosófico, disimulado igualmente, y en fin, ante todo, un carácter verídico y afectuoso.

Fue aquella época la juventud de la nación, que soñaba, en el círculo estrecho de sus ideas, los combates y victorias del porvenir. Fue esto el anuncio profético de lo que había de ser en el día de su completo desarrollo. Una sociedad engañadora y la vanidad, han empujado á esta nación, entonces en pleno desarrollo, hacia un medio que no es el suyo propio; y cuando quería brillar, la cubrieron de vergüenza y hasta la obligaron á luchar. ¿Pero acaso está ahora envejecida y desarmada? ¿Acaso no ha continuado siempre alimentándose en las fuentes de la vida original, en mayor grado que ninguna otra nación? Esas promesas de su juventud, confirmadas por la misma constitución de los otros pueblos y por el plan de civilización de la humanidad entera, ¿quedarán sin realizarse nunca? De ningún modo. Apártese á esa nación de la falsa dirección en que ha entrado; muéstresele, á la luz de sus sueños de juventud, su vocación y su verdadero destino, hasta que esa contemplación le devuelva la fuerza para emprender de nuevo valerosamente el verdadero camino. ¡Ojalá estas exhortaciones puedan ayudar al fin de tal manera, que pronto un alemán, preparado para semejante obra, realice, al cabo, ese deseo!

JUAN T. FICHTE.

BAJO LOS AUSTRIAS

DE LA CRIMINALIDAD EN CASTILLA

CABEZA DE ESPAÑA

Y DEL ESTADO DE LAS COSTUMBRES SOCIALES EN MADRID, SU CORTE
DURANTE EL REINADO DE FELIPE II

(Continuación.)

COMPONENTE SOCIAL DE LA CRIMINALIDAD CIVIL EN ESPAÑA EN
EL SIGLO XVI.—PERSONAS ECLESIASTICAS.—PERSONAS SACRÍ-
LEGAS.

Para completar el estudio analítico de la criminalidad, durante el reinado del Rey Felipe II, el examen del *Inventario de las causas* de la Sala de Alcaldes del Supremo Consejo de Castilla se presta á una minuciosa exploración de cada una de las instituciones y clases que formaban el componente social en aquel tiempo, en cuyo modo característico de ser, y en cuyo modo de aparecer ante el teatro público de la opinión en aquella época, y ante el juicio de la posteridad en la historia, se encuentra fuente abundante de observación, para que el antropólogo y el criminalista puedan hacer sus más acertadas deducciones.

Comencemos por la Iglesia, como base angular del edificio social cristiano y como fuente de donde mana todo espejo de

imitación, toda lección de doctrina y todo ejemplo de conducta. Teniendo, como ya se ha dicho, un cuerpo privativo de derecho y tribunales especiales para el juicio de los individuos que formaban la organización eclesiástica, estado independiente que siempre ha vivido con perfecta inmunidad dentro del Estado, muy pocas son las causas que de su fuero escapaban á la jurisdicción del ordinario. Y sin embargo, en los procesos de la Sala aparece encausado en 1582 Juan Pérez, clérigo presbítero, por amancebamiento; y desde 1586 se hallan también procesadas Inés del Corral, Catalina Ruíz y Sabina Rodríguez, por amancebamientos con clérigos que no se nombran; Juana de la O, con un fraile, y con otro Juana de Contreras, por adulterio. En 1583 es sometido á la justicia civil D. Luis de Samano, Patrón del Hospital de Antón Martín, por heridas, y en 1599 Juan de Sandoval, fraile profeso de la orden de Nuestra Señora del Carmen, por ladrón. De este mismo tiempo es el desafío del licenciado Cristóbal Martínez de Rualde, *cura de Méjico*, con D. Fernando Ramírez, Payo Pereira de Castro y Jusepe Hurtado de Andrade; y poco después es procesado también por la justicia civil el Doctor Diego Gutiérrez de Cetina, vicario de Madrid, por haber maltratado de palabra al escribano de Cámara de la Sala, Juan Enríquez. Los conventos de monjas dieron algunas veces que entender también á la justicia ordinaria. Por fuga de doña María Spínola, del Monasterio de Santa Clara, fue encausada esta señora juntamente con doña Magdalena Spínola, doña María Ana de Pomares, María de Saavedra, Bárbula Cortés, don Pedro de Miel y otros caballeros. Del convento de la Magdalena fue extraída doña Julia de Zúñiga, á la que se encausó criminalmente en unión de su madre doña María de Ocampo, de su tía carnal doña Juana y de otras personas auxiliares ó encubridoras hasta el número de siete. Por último, á instancia de la Real Audiencia de Zaragoza procesaron los Alcaldes de la Sala, después de ponerlos en prisión, á D. Juan de Azlor y á Mateo Aznar, su criado, por haber sacado del convento de

Nuestra Señora de Altabás á doña Catalina de Bolea, monja profesa.

El fanatismo religioso, que se atribuye al siglo de Felipe II, no impidió que el Consejo procesara á Domingo Cortés por haber entrado á caballo en la iglesia de Loeches y descompuéstose con el cura, y otro proceso se instruyó contra Don Francisco de Castellarnau, que profanó la iglesia de la villa de la Puebla disparando en ella un arma de fuego. La misión paternal del sacerdote inerme enmedio de una sociedad fervorosa y creyente, sobre la cual ejercía tan poderosa influencia, no evitó tampoco procesos como el de Juan de Grijota, por haber desmentido al cura de San Pedro; y en los anales del crimen de los años 1590 y 1591 se registran el asesinato del licenciado Diego López, cura de Carabanchel de Arriba, cometido por Juan de Rojas y el notario Juan González Machado; el de Bernardo de Torres, capellán del Conde de Salvatierra, por Cristobal de Uceda y once consortes, y el de Diego de Illescas, clérigo presbítero, por Juan de Arena y otros dos asesinos. Delito sacrílego fue en 1591 el de Juan de Clavijo, por andar vestido de clérigo, y en 1585 el hurto que en la iglesia de San Sebastián de los Reyes efectuó Sebastián de Abrega con otros rateros, y en 1586 el de Alonso de Villafañe, Juan de Medina, alias *Picanza*, y nueve consortes más, en el Monasterio de las Descalzas Reales, y el de Domingo de Librançon en el del Escorial, donde robó un frontal y un palio de plata.

El delincuente carece de ideas religiosas, y estos homicidios y robos sacrílegos no pasan de ser simples delitos, de los que algunos de estos criminales estaban avezados á cometer; pero aunque el Tribunal del Santo Oficio no era, en realidad, un Tribunal canónico, también en su seno hubo delincuentes que cayeron bajo la acción de la justicia civil: D. Nicolás Gámez, Bernabé Camacho, secretario de la Inquisición de Córdoba, y otros oficiales de ella, que fueron procesados por testigos falsos, y Lorenzo López de Izurátegui, familiar del mismo Tribunal, por inducción á falso testimonio.

E. M.—Agosto 1899.

INMUNIDAD DE LA CASA Y JURISDICCIÓN REAL.—JUEZ PRIVATIVO.—CRIADOS Y GUARDIAS DE LA REAL PERSONA.—CRIADOS DE EMBAJADORES Y PRÍNCIPES.

Con los criados de su casa quiso el Rey Felipe II hacer alguna excepción respecto al procesamiento criminal, y habiendo Hernando de Varanda y Almazán, criado de la Emperatriz, tenido una cuestión de la que resultaron heridas, al pedir la Sala al Rey su venia para procesarle, mandó á su Mayordomo mayor D. Juan de Borja, después Marqués de Ficalho, y posterior y últimamente Duque de Gandía, expidiese cédula para que en lo sucesivo sólo el Alcalde Valladares Sarmiento entendiera en las causas de los criados de Su Majestad. Ya aquel mismo año se había procedido criminalmente contra Santiago Pedro Quintanilla, obligado del aceite, por no haber querido dar una porción á la majestad de la misma Emperatriz, bien que de desacatos como este había ya instruidos otros procesos, como el que en 1583 se formó contra los soldados Jerónimo de Soto, Juan de Vega, Pedro *el Rojo*, Diego Gascón, Juan de Villasana y Juan de Palacios, trompeta, por no haber querido ir á una fiesta en Palacio; pero aun fue de mayor gravedad el de 1585 contra D. Diego de Vargas, que tampoco quiso salir á servir á S. M., con gran admiración de la corte. En el servicio de los reales bosques y sitios de recreos del Rey, solían ser frecuentes los altercados de los encargados de su guarda, con los que trataban de invadirlos, cazar y pescar en ellos, y cometer otras libertades; pero si el guarda producía herida ó muerte, tenía que responder ante la justicia común; por esto fueron procesados, en 1587: el Capitán Diego de Torcies, guarda de los montes y alijares de Segovia; en 1586, Agustín Profia, calabrés, Alcaide de la Casa de Campo; en 1587, Juan de Salazar y Miranda, Alcaide y guarda-bosque respectivamente del Pardo, y en 1594, Baltasar Panadero, guarda-bosque de Aranjuez. En tanto, no

debieron ser tratados con lenidad el licenciado Pedro Gómez, Médico de la fábrica del Monasterio del Escorial, que en 1586 fue acusado de palabras injuriosas, ni el licenciado Alvarez de Perea, Médico de S. M., procesado por estelionato, ni el lacayo Andrés de Tamayo, y los criados Miguel de Ayllón y Matías de Novoa, que fueron ante la justicia por injurias, resistencia y quimera, y el último por hurto (1), ni aun el organista de la Real Capilla, D. Francisco Clavijo, que en el patio de Palacio osó desafiar á D. Dionis de Portugal.

En esto del respeto á su persona ó á su morada, el Rey Felipe era muy severo, como ya lo mostró con el primogénito del Duque de Alba. El proceso que en 1587 se formó contra D. Pedro de Baibodas, que compuso unos romances y papeles satíricos faltando á la reverencia real y al respeto de su Gobierno, y el que en 1588 se instruyó contra Francisco de Borja y Alonso Rodríguez, por haber entrado en el patio de Palacio con varas de justicia á prender un reo, con ser asuntos

(1) Sobre este MATÍAS DE NOVOA, hay una preciosa monografía del SR. CÁNOVAS DEL CASTILLO, con el nombre de un *Historiador español desconocido*, inserta en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, que encabeza la *Historia de Felipe III*, que desde el siglo XVII se había atribuido á BERNABÉ DE VIVANCO, juntamente con otra de *Felipe IV*, no concluida, que rueda inédita en diversas copias por Archivos y Bibliotecas. BERNABÉ DE VIVANCO Y VELASCO, Caballero del hábito de Santiago, Comendador de Dos Barrios, del Consejo de S. M., de su Cámara y su Secretario y de la General Inquisición, fue muy hombre de letras y hasta Mecenas de ellas. LOPE DE VEGA le dedicó en 1618 la *Docena parte de sus comedias, sacadas de sus originales*, y el P. Fray JOSÉ DE LA MADRE DE DIOS su libro de *Los dos estados de Ninive cautiva y libertada*, impresa en 1619, y en las *Cartas de noticias*, de ANDRÉS DE MENDOZA, pertenecientes al reinado de Felipe IV, se hacen curiosas referencias de él, que justifican ó explican su enemiga con los que maltrató en su *Historia*. Tuvo un hijo, continuador de sus obras históricas, D. FRANCISCO DE VIVANCO, del hábito de Santiago y Caballerizo del Rey Felipe IV, que asistía á la Academia del Conde de Saldaña, y que en 1636 escribió un soneto á las *Fiestas agonales del Príncipe D. Baltasar Carlos y al toro que mató el Rey*.

de órdenes tan distintas, uno y otro se incoaron por comisión del Rey, que no tenía la menor benignidad con el que faltaba á la autoridad de su persona.

Otros procesados hubo en palacio en los últimos años del reinado de Felipe II: el guardadamas de la Emperatriz, Sebastián Hernandez, lo fue en 1599 por restitución de varias cantidades al marqués de la Laguna; por estelionato lo fueron sus contadores D. Pedro Díaz de la Torre y su mujer doña Beatriz Bello de Acuña, D. Gaspar Bello de Acuña, hermano de ésta, y Antonio de Noin; por malos tratamientos, D. Pedro de Granada, gentilhombre de su Cámara y después marqués de Campotejar, y el caballerizo D. Juan de Gaviria, del orden de Santiago, por haberse descomedido con el alcalde Gregorio López de Madera, oráculo de la Cámara de Castilla.

En las milicias extranjeras que formaban la guarda de la casa y persona del Rey, tampoco faltaron las causas de delincuencia, por las que algunos soldados fueron relajados del fuero militar para entregarlos al de la jurisdicción común. Por injurias fue procesado en 1584 Enrique Estría, soldado de la guardia alemana; en 1586 el archero Enrique Alfay, por habersele encontrado unos cuños de moneda falsa, y en 1588 los alabarderos Juan Castillo y Juan Sánchez, por cuchilladas y resistencia; el soldado de la guardia tudésca Antonio Fiedrerichs, por hurto, y los borgoñones de la misma guardia Simón Roy, Ponce Bardet, Jacques Girard, Nicolás Parrin y otros tres, por homicidio de un compañero de su mismo cuerpo. Poco más adelante, y por la muerte de Adrián Millort, también fueron encausados los archeros Angel Bante, Hans Bante, David Vasser, Robert Arc, Daniel y Jacques d'Envers y Egido Esbaret. Estos casos aislados, sin embargo, nada tienen de común con los excesos de las milicias de Casa Real, que fueron para Madrid un conflicto permanente de orden público un siglo más tarde, durante la menor edad del Rey Don Carlos II.

El asiento estable de la corte del rey Felipe trajo alrededor

de su trono otro elemento estable de perenne influjo en la sociedad urbana que aquí se creaba: el de los embajadores extranjeros, á los cuales, según dice Diego Pérez de Mesa, había procurado este monarca que se alojase en Madrid, no sólo con las inmunidades y privilegios de su carácter, sino con todo regalo y elegancia. Estos privilegios y exenciones no dejaron alguna que otra vez de dar que hacer á nuestros tribunales. En 1583 fue procesado el regidor de Madrid, Miguel Zereceda Salmerón, por haberse descomedido con el embajador de Saboya, que negociaba el casamiento de la Infanta doña Catalina con el Duque Carlos Manuel. Por injurias al embajador de Luca, lo fue en 1538 el licenciado Calderón; y habiendo sido víctima de un hurto de sus propios criados el embajador de Francia, la Sala de Alcaldes juzgó y sentenció á Jacques Pilette, Henry Champigny y otros ocho franceses. Otras veces la acción judicial de nuestros magistrados tuvo que intervenir en otro género de delitos, cuya impunidad no consagraba por aquel tiempo el derecho internacional, arrancando á los criminales bajo el pabellón de un país de la subordinación á las leyes del lugar donde habían delinquido, y bajo este concepto la Sala de Alcaldes procesó á Mercurio y Juan de Gante, reporter y lacayo del embajador de Florencia, por homicidio; á Francisco y Jerónimo Soler, pajes del mismo embajador, por sospechas de hurto, y á D. Felipe y D. Carlos, criados del embajador de Francia; al mismo embajador en persona (1), al Secretario de la Embajada, al Mayordomo y á otros

(1) No cita este caso nuestro gran tratadista de Derecho público, D. CRISTOVAL DE BENAVENTE Y BENAVIDES, pero conviene leer en este caso el cap. XVI.—(*Si los embajadores pueden ser castigados por el príncipe donde residen*, pág. 344)—de su obra: *Advertencias | Para | Reyes, Principes y Embaxadores | dedicadas | Al Sereniss.mo Principe | de las Españas | Don Baltasar Carlos de Austria N. S. | por DON CRISTOVAL | DE BENAVENTE Y BENAVIDES | Caballero del orden de Santiago y Administra | dor perpetuo de la Encomienda de Valleza en | el de Calatrava, S.^r de la villa de Fontanar, del | Consejo de Guerra del Rey N. S. y su Embaxa | dor que fué primero en Venecia y despues | en Francia | Con privilegio | En Madrid. Por Francisco Martínez: Año 1643.*

cuatro franceses, criados suyos, por complicidad en la muerte del alguacil Cristóbal López de la Cruz y resistencia á la autoridad. También por resistencia á Martín, barrendero del embajador de Persia, por haber quitado un preso á unos alguaciles, al Mayordomo del embajador de Alemania; á D. Juan Fede y otros criados del residente de Génova, por haber acuchillado y hecho resistencia á unos ministros que pasaban por la puerta de la Embajada con varas, y, finalmente, á Pedro Nicolás, lacayo del residente de Dinamarca, por haber sido causa de que otros criados de éste tirasen arcabuzazos á un Alcalde de Casa y Corte y á su ronda.

Con la misma igualdad y severidad fueron tratados los sirvientes de algunos príncipes que vinieron á residir ó á acogerse á la corte de Felipe II. En 1587 se procesó á Nicolás de Antonio Anibale, camarero mayor de D. Pedro de Médicis, por raptó y estupro, y aun con más rigor fueron tratados los caballeros españoles D. Francisco de Solís, del hábito de Alcántara, y D. Tomás de Games, que se habían puesto en la servidumbre del príncipe de Marruecos, por haber hecho resistencia á la autoridad para evitar la prisión de otro criado del príncipe llamado Tomás de Paces. Estos criados del príncipe de Marruecos se tomaban demasiadas libertades, á que hubo que poner coto por medio de nuestros tribunales, y llegó á procesarse hasta á su despensero Diego Hernández, por vender mantenimientos en su cocina, ejemplo que tomó Agustín Navarro, despensero de la duquesa de Gandía, al que fue necesario encausar también.

EXTRANJEROS, NOBLES Y SOLDADOS.—SUS COSTUMBRES RELAJADAS.—LA MUJER, EL JUEGO, EL VINO Y LA ESPADA.—DESAFIOS.

Muchos de los extranjeros que venían á la sombra de sus Embajadas ó por el contacto que España entonces tenía con todo el centro de Europa, y sobre todo con Italia, no dejaron

de importarnos costumbres viciosas, que en España estaban hasta entonces desconocidas ó en las que se encontraba poco inoculada; de aquí la multitud de procesos contra extranjeros de cierta calidad, la mayor parte negociantes y banqueros de diversas partes de la Península itálica. Darío Grimaldi y Nicolás Spínola, genoveses, fueron procesados por los descuentos excesivos que hacían en el cambio de las letras; Jácome de Bracamorte, de la misma nacionalidad, por exportar á su patria, contra las prohibiciones legales, moneda de Castilla, diamantes y perlas, sin licencia ni registro. Otros dos genoveses, Carlos Spínola y Dariotto de Uria, también fueron sometidos á la justicia por el exorbitante interés á que hacían sus préstamos. El proceso contra Esteban Pionelo, florentino, se basó en la quiebra de su crédito. Los franceses tocaban otra tecla: algunos fueron reducidos á prisión por no haber salido de la corte habiéndoseles mandado; otros, y entre ellos Philippe d'Arnau y Jacques Grodout, «por haber tratado de tomar algunos puertos en las Indias, en perjuicio del reino». Franceses é italianos acudieron á este propósito al artificio de las falsificaciones, y los expresados Arnau y Grodout, y Nicolás Paraviccini, con su hijo Giovambattista, contrahicieron unos decretos del Consejo de Indias, por lo que fueron perseguidos.

Otros muchos italianos de la parte de Nápoles, Sicilia y Milán venían como caballeros ó soldados, y nos importaban otras aficiones, sobre las que los tribunales inmediatamente ejercían su acción y su vigilancia; así, á Octavio Centurión se le encausó por juegos ilícitos (1), y á Octavio Saluzzio, Fran-

(1) La extensión que los soldados y extranjeros que venían de Italia dieron al juego, propagándose inmediatamente á las clases inferiores, obligó á promulgar la pragmática y provisión Real contra los jugadores, de 1568, entre cuyas penas, con que se les conminaba, había ésta: «Las casas donde se jugaren ó vendieren (los dados), se confisquen para la Cámara de S. M.».

cisco Spínola, Juan Bautista Júdici y Nicolás Júdici, por pependencias, cuchilladas y heridas.

Bajo estos disfraces solían también esconderse los espías de Príncipes enemigos ó rivales del Rey de España, y por espías dieron en nuestras cárceles en 1585 un llamado Michael, cuyo apellido y nacionalidad nunca se supo; en 1591, Juan Serrano, espía del Prior de Ocrato, y posteriormente el Arzobispo de Mesopotamia y su criado Antonio Pascual, espías del turco. A los franceses se les cogió el espía D. Carlos Pelegrín, y á los portugueses insumisos á nuestra dominación, á Jerónimo Croba, Pedro de Palermo y Dámaso Palucco Alejandrino, todos italianos.

Aun sin la colonia permanente de caballeros italianos que mantenía en la corte de Felipe II la dependencia de tantos Estados de aquella península á la corona de España, bastábanse para importar á nuestras costumbres todos los vicios y todas las corrupciones que ahogaban á Europa en sus costumbres nuestros soldados que servían en todas las fronteras del continente, y en cuya clase militar se sumaban todas las clases sociales, desde el desamparado aventurero sin hogar y sin fortuna hasta los señores de la primera nobleza y de las más pingües herencias. La juventud de la corte se educaba en la imitación de sus elegantes disipaciones. Llegaban éstas algunas veces á la graduación del delito, pues de ellas nacían los amóríos, los amancebamientos, los estuproos, el juego, las pependencias, los desafíos, las heridas, las muertes violentas, las resistencias á la autoridad, y, al propio tiempo, las deudas, las estafas, las usuras y los estelionatos.

Vencedor de sus conquistas, llegaba á Madrid el Adelantado de Filipinas y amancebado con Doña Catalina de la Sierra, los Alcaldes de Casa y Corte envolvían su nombre y su fama entre papeles. D. Pedro de Motezuma, hermano del Marqués de Mirabel, por dos veces era procesado criminalmente; primero, por fingirse con el capitán Crisóstomo de Castro Ministro de Justicia para el rapto de una mujer, y después por

amancebamiento con Doña María de Castañeda. A D. Ramiro de Guzmán, en 1588, se le cogió amancebado con una gitana, Ana María, y por su amancebamiento con otra gitana se desterraba de Madrid al Almirante de Castilla. En estas ilícitas relaciones, por lo que cayeron en mano de la justicia, vivieron D. Pedro de Hinojosa con Doña Hipólita de Portugal, y Don Alonso de Carvajal con Doña Isabel de la Rosa. D. Cosme de Centurión, hermano del Marqués de Aula, y D. García de Arquijo, caballero sevillano, tal vez hermano ó pariente del famoso poeta D. Juan, eran procesados por estupro; y D. Miguel Valtierra y D. Juan Noguera, en complicidad de Doña Verónica de Montoya y de su hija Doña María, por raptó y estupro de otra dama. Estos delitos eran comunes á soldados y caballeros: así vemos procesados al capitán Valera en 1585 y al capitán Juan de Soto en 1596 por amancebamiento; en 1596, al capitán Alonso del Águila por adulterio con Magdalena de Herrera, y por el mismo delito con Doña Beatriz Bravo al capitán Juan Gómez de Aguirre. El estupro es otra de las obsesiones criminales contra las mujeres bonitas que llevaban al hombre en su febril deseo hasta el delito, y en 1591 el capitán Martín Sánchez fue encausado por el estupro de Catalina de los Ríos; en 1596, el capitán Arias Maldonado por el de Catalina de Alarcón; en 1597, el alférez Melchor de Olivar por el de Leonor de Lande, y en 1598, el capitán Íñigo López de Alderete por el de Doña Elvira de Mendoza. De este delito y del proceso consiguiente no se escapó el General Juan de Salas, por estupro de Doña Clara de Liaño.

Del azar del amor al azar del juego, lleva en hombros á los ofuscados el deseo desordenado de la fortuna; y si el juego es la industria mañosa de los pícaros, es la pasión vertiginosa de la ociosidad elegante. En 1582 ya perseguía la Sala de Alcaldes el tablaje de D. Diego de Acevedo, del capitán Escobar y de su criado Alonso de Mena, á la vez que llevaba á sus cárceles á D. Pedro Espinel por jugador de ventaja. En 1589 empapelaba del mismo modo al capitán Pedro de Quintana, «que

fue quien introdujo en España los naipes de Francia», y no perdonaba en 1590 á D. Diego de Linzo, caballero del hábito de Santiago; á Gabriel de la Torre y á D. Juan de Ávilas, que sólo jugaban á los dados. Por tahures enviaba el mismo Consejo al Mariscal de Benamejí al castillo de Coca, y al Marqués de Vellisca al presidio de Orán; y D. Diego de Cárdenas y de Valda, también del hábito de Santiago, era procesado por jugarse un cintillo de diamantes que le habían prestado.

Del amor, del vino y del juego sobrevienen las penden-
cias, y en los procesos, aun contra caballeros que el *Inventario de la Sala de Alcaldes* consigna, se ve muchas veces intervenir en ellos hasta á la mujer. Del año 1584 se registran dos, que, indudablemente, el uno es por amoríos y el otro por el azar. Los cómplices del primero son D. Francisco de Guzmán, el Conde de Paredes, D. Diego Mexía, D. Diego de Henestrosa, doña María de Zayas y doña Leonor de Ribera; los del otro son D. Fernando Gaitan de Ayala, el Marqués de Camarasa, D. Diego de Luzón y Bobadilla, y otros semejantes. A veces, de estas pendenencias no resulta más que el escándalo; á veces lesiones leves, á veces heridas graves y hasta la muerte. Es verdad que por aquel tiempo, según de los procesos se desprende, los bofetones debían hallarse en estos casos á la orden del día: de modo, que por haber dado en público un bofetón á D. Martín de Cebreros, en 1584, fue reducido á la Torre de Juan Abad D. Luis de Córdova y Aragón, de la casa de Sessa, con sus criados Pau Piller y Balbuena. Y en la nómina de los camorristas caballeros que entraron dentro de la jurisdicción de la justicia ordinaria por sus excesos, hállanse nombres como el del Marqués de Peñafiel, primogénito de la casa ducal de Osuna; D. Fadrique de Osorio, que fue después Duque de Fernandina y General de la mar; D. Francés de Beaumont y su hijo D. Luis, de la casa de los Condestables de Navarra, emparentada con la de Alba; D. Diego de Cárcamo, D. Francisco de Salazar y D. Antonio de Herrera, todos caballeros de la orden de San Juan; D. Juan de Gavidia, y al-

guna que otra dama complicada, como doña Serafina Avendaño, Beatriz Méndez y Angela Bravo. La justicia civil no tenía todos los medios necesarios para impedir los desafíos verdaderamente dramáticos y ruidosos que animan las crónicas de estos lances; pero si en los que, exentos de carteles y formas de pública notoriedad, eran efecto de acaloramientos momentáneos, como en 1584 el de D. Alonso de Alcocer con D. Alonso de Zúñiga, el de D. Alejandro Belmonte con D. Jerónimo Botta, el de D. Juan de Saavedra con D. García de Arquijo, los dos andaluces y sevillanos; y el de D. Diego de Córdoba, del orden de Santiago, con D. Antonio de Portocarretero, hijo del Conde del Montijo. Este D. Antonio Portocarretero y su hermano D. Alvaro fueron segunda vez procesados por el homicidio de D. Nicolás Doría, hijo del Duque de Turis, así como D. Rafael de Córdoba y Cardona, hermano del Duque de Cardona, por haber sacado un hombre al campo para matarle. Del año 1594 hay en el *Inventario* noticia de un proceso interesantísimo, en que los reos fueron D. Rodrigo de Sande, Marqués de Provera, y la Marquesa, su mujer, doña Inés Enríquez de Fonseca; Martín Godínez y Antonio de Vera, escribanos; D. Francisco de Casaus, veinticuatro de Sevilla; doña María de Guzmán, D. Lope Ponce, Salazar, paje de Casaus; Lázaro Lotigo, Juan de Chaves, Damián de Faría, Pedro González y Alonso de Dueñas, «sobre la muerte de don Jorge de Portugal», el cual, como saben los que conocen la historia literaria de aquel tiempo, era hermano del Conde de Gelves, D. Alvaro de Portugal, el amigo y Mecenas del poeta sevillano Fernando de Herrera, llamado *El divino*, y el poeta también y contertulio asiduo de las Academias del Marqués de Tarifa y de Francisco Pacheco, á las que asistían en Sevilla la flor de los hombres cultos de aquel tiempo.

En estos homicidios por retos de amoríos murieron también muchos soldados que lucían la banda de capitanes, y de 1590 hay otro proceso contra el capitán Sancho Clemente y doce consortes, entre ellos las damas doña Catalina Cabeza de

Vaca, doña María Osete y doña Francisca Yauste, por otra muerte semejante. Del mismo año y por la misma causa es el proceso formado contra el capitán Melchor de los Reyes; aunque, á decir verdad, en estos grados de la milicia se registran algunos criminales, que, por los lacónicos datos de las inscripciones del *Inventario de la Sala de Alcaldes*, más parecen asesinos avezados al crimen que caballeros calaveras y camorristas. En 1590 se procesa al capitán Juan de Ribera y á doña María de Ocampo, por haber dado veneno al marido de ésta, Martín de Arratia. Otro proceso de 1597 persigue á los dos capitanes Bartolomé Serrano y Pedro de Olavarrieta, por muerte violenta de Mariana de la Fuente, madre del segundo. Otro capitán, llamado Prado, y el alférez Ordóñez, aparecen encausados por testigos falsos; y en escándalos amorosos, en que á la vez alternaba el amor, la cuchilla y el juego, el capitán Alonso Meléndez, el licenciado Mosen Ruiz, don Francisco Solís Manríque, del hábito de Alcántara, y aquella doña Antonia Trillo, por cuyo amancebamiento con Lope de Vega Carpio más adelante veremos también procesado al *Fénix de los poetas*. Por tahur y quebrantador de destierro, en 1583 se encausó segunda vez al capitán Ovidio Tisano, y por cuestión de pendencias, heridas, amancebamientos y otros excesos, desde 1584 constan en el *Inventario* criminal los alféreces Agüero, Talavera y Juan de Narvaez y Guzmán, el sargento Domingo Ortiz, y hasta los soldados Juan Sánchez, Alonso Arias y Bartolomé Meléndez. De 1586 hay un proceso contra el soldado Juan de Espinosa, por capeador.

DESACATOS Á LA JUSTICIA.—LOS AMOS Y LOS CRIADOS.—EL SERVICIO DOMÉSTICO.—LA SERVIDUMBRE Y LA ESCLAVITUD.—LOS MORISCOS Y LOS LIBERTOS.—LOS EXTRANJEROS.

En las pendencias de los hidalgos y caballeros, el delito arguye más bien el desarreglo en que conforme adelantaba el siglo iban cayendo las costumbres, que la propensión natural

á la depravación de los sentimientos. En toda herida hay lance: así resultó del encuentro del Conde de Villafranqueza con D. Francisco de Sardanetta, en Alcalá de Henares; así en el de D. Félix Nieto de Silva, después Marqués de Tenebrón, con varios caballeros de Ciudad Rodrigo, y así de los procesos en que por heridas intervienen los nombres de D. Jorge de Tovar (1), el rival del famoso Conde de Villamediana, el hijo del Marqués de Charela y D. Juan Bautista de Losa, Regidor de Madrid. Al intervenir en estos lances la justicia ordinaria, no era extraño que las personas nobles de fuero privilegiado opusieran resistencia para dejarse prender, y de aquí nacieron los procesos que por estos desacatos á la autoridad se formaron desde 1586, á D. Pedro Arias y Puertocarrero (2) y su caballero Amador Bravo; al Conde de Monterrey y D. Antonio de Padilla; á D. Alvaro Alonso de Portugal y Colón, Marqués de Jamaica y su despensero Francisco de Andrada, y al Conde de Mirabel, D. Francisco de Motezuma. Es verdad que en ocasiones, estas resistencias llegaron á actos de agresión activa, como en el proceso contra D. Juan Pizarro, D. Félix Arias Girón, hijo del Conde de Puñonrostro y soldado en Flandes y de *La Invencible* (3), el Marqués de Almenara y D. Juanillo,

(1) Fue después Secretario de Estado de Felipe III.

(2) Hermano del Conde de Puñonrostro, D. Juan Arias Portocarrero, autor de un libro de *La Gineta*, y asistente de Sevilla.

(3) D. Félix Arias Girón, natural de Madrid, era hijo segundo de don Juan Arias Portocarrero, Conde de Puñonrostro, asistente de Sevilla, y de su mujer doña Juana de Castro y Rivadeneyra. Fue D. Félix Sargento mayor de Madrid, y Capitán de infantería en Borgoña, Flandes y *La Invencible*. Era poeta y amigo de los poetas: dió á Vicente Espinel un soneto, en 1591, en alabanza de sus *Rimas*, otro en elogio de Felipe II por la fundación de albergues para los pobres en Madrid, á Cristóbal Pérez de Herrera, y unas redondillas á Luis Pacheco de Narváez, por su libro de esgrima de la espada. En la dedicatoria del *Laurel de Apolo*, al Almirante de Castilla, dice Lope de Vega: «La Academia de Madrid, y su protector D. Felipe Arias Girón, laurearon con grande aplauso deseñores é ingenios, á Vicente Espinel, único poeta latino y castellano de aquellos tiempos.»

el Loco, que infirieron lesiones á un alguacil y le quebraron la vara.

En el mismo terreno de los intereses, los delitos de la gente noble no llegan á los extremos de la codicia plebeya, y el caso de D. García de Osorio, Marqués del Villar, á quien se procesó por haber engañado en Gibraltar á Ayub y Juzef Messias, hebreos, quitándoles mucha cantidad de dineros, es señalado como único entre los procesos del reinado de Felipe II. Ciertamente más adelante pudo Lorenzo Gracián decir que nunca sería fácil ver «á un grande de España desempeñado,» lo mismo «que á un Príncipe de aquella era dichoso, una reina fea, un monarca oyendo verdades, un letrado pobre, un poeta rico, una persona real que muriese sin que se dijera que de veneno, un español humilde, un francés grave y quieto, un alemán aguado, un Ministro no censurado, un Rey cristiano en paz, un docto premiado, una viuda de Zaragoza flaca, un necio descontento, un casamiento sin mentiras, un indiano liberal, una mujer sin enredo, uno de Calatayud en el limbo, un portugués necio, un real de á ocho en Castilla, Francia pacífica, el septentrión sin herejes, el más constante, la tierra igual y el mundo, mundo»; pero hasta el término del siglo XVI fue tan raro como la estafa del Conde del Villar, el embargo y prisión del Conde de Vimioso, por deudas, en 1586, y el procesamiento de D. Juan de Argote, por haber roto una letra girada contra él. En cambio, la usura y el estelionato hicieron incurrir en el delito muchos nombres respetables, y entre otros, desde 1586, los de D. Antonio de Mendoza, Señor de las villas de Cubas y Griñón, doña Ana de Brito, doña Isabel de Peñalosa, el Conde de la Puebla, D. Urbán de Peralta y la Marquesa doña Elvira de Figueroa, su mujer; D. Alonso y D. Juan de Cárdenas, el Conde de la Coruña, D. Sebastián Suárez de Mendoza, el Conde de Concentaina, D. Jerónimo Ruiz de Corella, y el Conde de Chinchón, D. Luis Fernández de Bobadilla, Virrey del Perú.

Participaban los criados de los defectos de sus amos, y así

se ven un lacayo del Duque de Maqueda, y un esclavo de don Pedro de Leiva, encausados por capeadores; los criados del Conde de Altamira, por resistencia á la justicia; el cochero del Marqués de Velada, por injurias; el camarero del Marqués de Mondéjar, por hurto, y al Adelantado de Nueva Galicia, después de haberle robado sus criados Antonio y Francisco Rodríguez de la Peña, y la mujer de éste, Isabel Rodríguez, buena cantidad de dinero y joyas, se sumaron á la compañía que capitaneaba Andrés García, apodado *el Ganso*, que salteaba por los caminos y términos de Madrid, Valladolid, Toledo, Alcalá y otras partes, y fue salteado y robado en los caminos al retirarse á su país. Esta misma suerte cupo al Marqués de Añoover en los olivares del Manzanares, por la cuadrilla de Juan *el Indiano*, que había sido también sirviente suyo.

La criminalidad de los criados tiene otra explicación más convincente que el del ejemplo vicioso de algunos de los señores en los elementos sociales de donde se hacía su extracción. Gran número de casas tenían montado su servicio de cristianos viejos, probados en su lealtad á sus amos y en su honradez. Pero una gran parte de la nueva sociedad de Madrid compraba esclavos moros ó berberiscos de los cogidos en nuestras expediciones navales; admitían moriscos ó cristianos nuevos de los que se habían hecho dispersar por todas las provincias castellanas, los cuales, obligados forzosamente á recibir el agua del bautismo, á proscribir sus trajes de raza y á no hablar su algarabía, conservaban en el pecho el rencor siempre vivo de tan oprobiosas humillaciones, y, finalmente, los nuevos usos adquiridos en la mesa, en el traje, en el tocador y hasta en las cortesías en Flandes y las fronteras en Francia, en Italia y en Alemania, había hecho á muchos grandes, nobles y soldados de familias hidalgas traerse numerosos criados de estos países.

Súmese en una misma servidumbre este considerable número de moriscos, moros, blancos y negros, mulatos de todas las híbrides imaginables, y la muchedumbre de borgoñones y tudescos, franceses é italianos, montañeses y vizcaínos, por-

tugueses y valencianos, y fácilmente saltará á la vista los antagonismos recónditos y profundos que estas gentes bajas debían abrigar contra los mismos encumbrados que los amparaban y la disposición que entre ellos habría con frecuencia para entenderse para el crimen. De la situación forzosa en que se hallaban algunas de estas gentes, nos dan clara advertencia los mismos procesos que analizamos. Un proceso de 1588 encausa criminalmente á Nofre Herlin, Nofre Causa, Juan Cherlin, Juan de Ascaya, Inés, Juan Martínez, Francisco, Almaez, Rodrigo, Rodrigo Lenzalema y Luis Abey, todos moriscos, por hablar algarabía. Otro proceso de 1597 trata del mismo modo á Albequerin Ventura, alcaide moro; Hamete, su hijo; Zacharias, Amaron, Saet, Aguia, todos berberiscos, y un negro capón (*eunuco*), residentes en Carabanchel, por haber dado muerte á varios moros que se querían bautizar. Desde 1584 se formaron varias causas por heridas á Thomas Meneses, José y Hernando Pacheco, negros; á Hamete, esclavo moro del escribano de provincia Juan Enríquez, y Juan, morisco; por homicidio, al berberisco D. Rodrigo; por hurto, á Gómez, mulato, y Luis de Villalba, morisco; y por ladrón en cuadrilla, á Domingo, negro. A los moriscos Vicente Boscós y Felipe Falquine se les procesaba por suponer que tenían tesoros escondidos; á Alisas Alí Mendoza y Guzmán, moro liberto, por estar en la corte estándoles prohibido, y al morisco Miguel de Cañizares por el uso de armas, que también les estaba vedado. No había capeamiento ni lance nocturno sin la complicidad de algún esclavo escapado de casa de sus amos, y la Sala de Alcaldes tuvo que dictar un auto, haciéndolo público por medio de pregón, mandando que nadie pudiera tener en la corte ni fuera de ella esclavos que no fueran bautizados cristianos, y que, teniéndolos así, no los dejaran salir solos de noche, sino con sus amos ó personas autorizadas. Al Alguacil que prendiera de noche un esclavo sólo se le daban quince reales, y al esclavo cincuenta azotes en la cárcel; y por la segunda vez, al Alguacil mil y quinientos maravedís, y al esclavo públicamente cien

azotes, desterrándole después cinco leguas de la corte, sin dejarlos salir de la cárcel hasta que su amo pagara la multa, más lo que se le diese de comer. Después de esto se mandó salir de Madrid, en término de quince días, todos los esclavos turcos y moros que no estuvieran bautizados, conminando á sus amos con la pena de perderlos y aplicarlos á la Cámara de S. M.

Con los otros sirvientes extranjeros no fue tan fácil la providencia. Los franceses prestaban un crecido número á las estadísticas de la criminalidad. De 1584 resulta procesado por hurto Jean, francés; de 1585 Pedro Vidón, por pecado nefando, y Ana María, *la Gavacha*, por prostituta; alcahueta y escandalosa; de 1586 Bernal y Marzal Chamette, por estupro, y Domingo Labrançon y Napoleón Lomelin por ladrones; de 1588 Pierre Pichón, por heridas; y en el asalto que en dicho año se dió por una cuadrilla de malhechores al Monasterio de Santo Toribio de Liébana, figuraban Fierre Mathalin, Jean Maury, Beltrán Huguet y François Juhagues, todos franceses y escapados de Madrid. De 1584 á 1588 aparecen procesados en las cuadrillas de ladrones, salteadores y rufianes de Madrid, Antonio, *borgoñón*; Juan, Tomás Juan, Jerónimo Jarena y Philippe Pietres, *flamencos*; Scipion Louzo, *italiano*; Gaspar, Luis, Jorge y Pedro Francisco, *portugueses*, además de la terrible cuadrilla de asesinos que formaban los Machados de esta misma nación, Miguel Manzano, Aparicio de Alvarado y otros seis consortes de ambos sexos, *gitanos*; Antonio de Guevara, *indio* de Nueva España; Esteban, *mallorquín*; Juan, *valenciano*; Juan, *montañés*, y otro tercer Juan y Pedro de Varacaldo *vizcaínos*.

LA MUJER CRIMINAL.—LAS ENAMORADAS Y SU DISCIPLINA.—COMEDIANTAS.—HECHICERAS

Aunque no con cifra proporcionalmente pavorosa, la mujer no deja de tener una participación importante en todo este cuadro de la criminalidad, en el cual ciertos delitos no se po-

drían cometer sin su complicidad directa, ó sin su complicidad moral, como en los crímenes del amor. Aquella sociedad le conservaba, sin embargo, tales privilegios, que en 1593 se procesaba á Francisco Herrera «por haber puesto la mano en la espada contra una dama». Hasta las degradadas siervas de las mancebías hallaban en las leyes y en los magistrados cierta protección, y aunque por otro auto de la Sala de Gobierno de los Alcaldes de Casa y Corte se las recluyó al barranco de Lavapiés, y se les impusieron otros mandatos de moralidad y disciplina no menos vejatorios, en 1597 se encausó criminalmente á Andrés Moreno, *padre de la casa pública*, «por llevar excesivo precio á las mujeres». Otros autos del Consejo y otras disposiciones del *Pregón del buen gobierno*, no les eran tan favorables, y en 1583 se procedió contra doña Jerónima de Aguilar «porque siendo mujer enamorada tenía criada menor de cuarenta años», y en 1587 contra Beatriz de Velasco, *la Taba*, «porque vestía seda siendo cortesana» (1). Estas humillaciones no fueron óbice para que en 1588 hubiera que encausar criminalmente á Isabel de Contreras, *la Petrona*, «porque después de casada se había vuelto á la mancebía». A la excepción de la mujer que ha perdido el pudor, pertenece la explotación de ciertas industrias ilícitas, y en 1597 se reclamaba por la justicia á Isabel Pérez «por vender figuras deshonestas». No

(1) Estas prohibiciones en el traje de las mancebas ó meretrices, provenía desde la petición 109 de las Cortes de Valladolid de 1537, en las cuales los procuradores suplicaron á Carlos V, «que las mugeres enamoradas no traygan en sus casas ni fuera de ellas oro de martillo, ni perlas, ni seda, ni faldas, ni verdugados, ni guantes, ni lleven escudero, ni pajes, ni ropa que llegue hasta el suelo.» Lo que tiene es que, en esta última disposición, las damas de mayor calidad hallaron tan bonito lucir el pie, que por algún tiempo se hizo moda imitar el traje corto de las cortesanas, que quedó permanente y característico entre muchas provincias de España, principalmente entre las *charras* de Salamanca y todas las andaluzas, así de la sierra como del llano.

obstante, hay en el *Inventario* noticia de un proceso que no puede menos de excitar la mayor curiosidad. Tan exclusivas eran las ideas religiosas de aquel tiempo, que á dos de estas meretrices, Ana Alvarez é Inés Hernández, se les formó proceso «por haber tenido trato ilícito con los embajadores prusianos, por ser paganos». En defensa de las mujeres honradas hubo muchos procesos contra los que las perseguían en la calle; pero se hace notar una causa formada en 1590 contra Beatriz de Mansilla «por perseguir á un hombre para continuar su amancebamiento».

Fuera de la órbita de la prostitución, la mujer criminal en el siglo de Felipe II, apenas cabe en más marcos que los de la avaricia, el amor y la superstición. En el de la avaricia hay un proceso de 1579, contra Alonso de Zayas y *Mari-Morena*, su mujer, taberneros de corte, «por tener en su casa cueros de vino y no quererlos vender». Al nombre de esta tabernera refiere Zuaznábar y Francia el origen vulgar de la palabra, admitida ya en nuestro lenguaje, que el *Diccionario de la Lengua* define como sinónimo de «riña ó pendencia»; por donde se colige que la taberna de MARI-MORENA debía ser el centro de toda la gente maleante de aquel tiempo y el palenque de todas las reyertas del escándalo. Otro caso magistral de avaricia, sin los del estelionato y la usura, de que ya antes se ha hablado, es el proceso contra doña María de Anaya, también por usura, «y por pedir limosna siendo rica». De las delinquentes del amor forman máxima parte, luego que la tolerancia de las costumbres admitió á la mujer en el teatro, *las comediantas*: hay procesos contra Inés de Hita y su marido Francisco Pinelos, por celos y heridas; contra doña Ana Pomar y Francisco de Córdova, por tratos ilícitos; contra Hipólita de Portocarrero, amancebada con D. Félix Vidal, y contra Teresa de Robles, amancebada á la vez con D. Juan Antonio de Molina y D. Francisco de Puga. Por último, en 1599 se encausó criminalmente al comediante Melchor de Prado, por celos que de su mujer tenía con Francisco Muñoz, y habiendo

habido riña entre ellos, por haber herido á su ofensor. Melchor de Prado quiso ahorcarse.

El delito de hechicería era el delito de la superstición, que siempre vive en el alma de los caracteres que luchan con la incertidumbre de la suerte. En 1579 se formó por la justicia ordinaria el primer proceso de hechicería, contra Isabel de la Cruz; caso que parece extraño, pues de este delito conocía la Inquisición. Posteriormente se instruyeron otras causas por la Sala de Alcaldes sobre hechicerías, comprendiendo en ellas personas de las primeras clases sociales, y, lo que es más extraño, de las pertenecientes á los dominios de la inteligencia. Los que hayan hojeado los preliminares de las *Rimas*, de Vicente Espinal, impresos en Madrid en 1591, habrán hallado entre los versos encomiásticos de la obra un bizarrísimo soneto dedicado al poeta de Ronda por doña Catalina de Zamudio, hija de Andrés Zamudio de Alfaro, afamado médico de Cámara del Rey Felipe II y enlazada con vínculos estrechos de familia con D. Alonso de Ercilla (1). Pues en el *Inventario* de las cau-

(1) El soneto de DOÑA CATALINA DE ZAMUDIO á VICENTE ESPINEL, por sus *Rimas*, que sigue inmediatamente á los de Lupercio Leonardo de Argensola, Lope de Vega Carpio, D. Félix Arias Girón, hijo del conde de Puñonrostro y soldado de la *Invencible*, dice así:

El que con tierna voz del reino oscuro
Templó el furor y suspendió el tormento,
Y el que con dulce y regalado acento
Trajo las piedras al tebano muro,
Si oyera de tu estilo llano y puro
El son airoso y numeroso aliento,
Hiciera á tu canto el movimiento
Que al suyo hizo el corazón más duro.
Que si entre brutos y en el siglo bruto
Eternizaron tanto su memoria
Con simple voz por el inculto oído;
Tanto más te levanta el gran tributo
Que en este siglo das, cuanto es más gloria
Vencer al vencedor que no al vencido.

sas de Sala de Alcaldes de Casa y Corte aparece un proceso criminal contra doña Catalina Zamudio, doña Catalina Orozco, doña Magdalena de Soto y María de Guevara, *por hechiceras y embusteras*. Lope de Vega Carpio y D. Francisco de Quevedo consagran hermosos sonetos en alabanza de D. Francisco de la Cueva y Silva, á quien Quevedo llama «grande jurisconsulto y abogado». A estos sonetos y otras composiciones de Lope al mismo, se agrega otro de su sobrina, la ilustre poetisa de Medina del Campo, doña Leonor de la Cueva y Silva (1), y

(1) He aquí los tres sonetos, sin otras muchas citas que podrían hacerse de casi todos los escritores de su tiempo:

A D. FRANCISCO DE LA CUEVA Y SILVA

Soneto.

Paulo, jurisconsulto soberano,
Que del César, de eterna Monarquía,
Y el Supremo Pontífice tenía
Todo el derecho en la divina mano;
El que al hebreo, al griego y al romano
La justicia católica escribía,
En una decisión dijo que había
De morir una vez el hombre humano.
¡Oh! Ilustre don Francisco, siempre clara
Luz de las letras; si la muerte oyere,
Y tu divino ingenio la informara,
A la ley del morir réplica hubiere;
Que tu serena voz la dilatara,
Si menos que de Dios sentencia fuere.

(De *Lope de Vega Carpio*.)

EN LA MUERTE DE D. FRANCISCO DE LA CUEVA Y SILVA,
GRANDE JURISCONSULTO Y ABOGADO

Soneto.

Este, en traje de túmulo, Museo,
Sepulcro en Academia transformado,
En donde está en cenizas desatado
Jason, Licurgo, Bártulo y Orfeo;
Este polvo que fue de tanto reo

el hecho de ser D. Francisco uno de los concurrentes más asiduos á las Academias literarias del Almirante de Castilla, del Conde de Saldaña y de D. Francisco de Silva, hermano del Duque de Pastrana. Pues en el *Inventario* de la Sala de gobierno del Consejo de Castilla hay registrado un proceso contra D. Francisco de la Cueva y Silva, el gran jurisconsulto de

Asilo, dulcemente sazonado,
Cadáver de las leyes consultado,
En quien, si lloro el fin, la gloria leo;
Este, de DON FRANCISCO DE LA CUEVA
Fue prisión, que su vuelo nos advierte
Donde piedad y mérito le lleva.

Todas las leyes con discurso fuerte
Venció, y así parece cosa nueva
Que le venciese, siendo ley, la muerte.

(De D. Francisco de Quevedo.)

TUMULO DE D. FRANCISCO DE LA CUEVA Y SILVA, MI TÍO

Soneto.

Este que ves que cubre blanca losa,
Aunque la dura tierra le consuma,
Fue en el saber otro segundo Numa
Y un Paulo Craso en ciencia milagrosa.

De su ingenio la fama numerosa
Triunfos publica, y de su rara pluma
Mil grandezas aclama en breve suma
Con que hace su memoria más gloriosa.

Callen los siete sabios de la Grecia,
Y humille Atenas su laurel sagrado,
Pues éste de Minerva el triunfo lleva;

A quien con más razón el mundo precia;
Que de uno y otro polo es ya llamado
El grande SILVA y el insigne CUEVA.

(De Doña Leonor de la Cueva y Silva.)

Primero como poeta dramático, y después como el *Príncipe de los jurisconsultos de su tiempo*, según le llama D. Nicolás Antonio, fue don Francisco de la Cueva y Silva un oráculo de su tiempo. Agustín de Rojas Villandrando lo elogia en su *Viaje entretenido*, Cervantes en su *Canto de*

Quevedo, acusado de delito de *hechicerías* con cinco mujeres plebeyas. No era la vez primera que á D. Francisco, el defensor jurídico del misterio de la Concepción de la Virgen María, se le enjuiciaba por los Alcaldes de Casa y Corte, pues contra él hay otra causa criminal en 1598 por palabras injuriosas.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

(Continuará).

Caliope y en el *Viaje al Parnaso*, Cristóbal de Mesa en el poema de *La Restauración de España*, Claramonte y Corroy en su *Letanía moral* y Lope de Vega, que le dedicó una *Epistola* entre las de la edición de la *Filomena* y la comedia *La mal casada*, en la *Décima quinta parte* de las suyas, encumbró su recuerdo en *El laurel de Apolo*. Se conservan varias obras suyas, unas publicadas y otras aún inéditas; entre las impresas, su *Información de Derecho divino y humano por la Purísima Concepción de Nuestra Señora*. Este hombre, sin embargo, fue procesado entre *gitanas* por *hechicerías*, que era por aquel tiempo sinónimo de *hereje*.

CRÓNICA LITERARIA

Los teatros de Madrid.—Teresa Mariani y el drama moderno en Italia.—Paralelismo entre la transformación de la novela y la del teatro.—Causas conservadoras de los moldes dramáticos.—La naturalidad.—¿Es el teatro moderno teatro de ideas?—En qué concepto entran las ideas en la dramática.—El dinero como *tema* teatral.

El atractivo principal que han ofrecido los teatros de Madrid durante la segunda parte de la temporada, ha sido sin duda la serie de representaciones dadas en el de la Comedia por la compañía italiana de la Sra. Mariani.

Resultó esta, en conjunto, una de las mejores compañías extranjeras que han venido á Madrid en los últimos años. No tiene Teresa Mariani todavía el grado de *estrella* de primera magnitud, como Sarah Bernhardt ó la Duse; pero su compañía, dado el mérito relativo de los artistas que la forman y el talento indudable de la primera actriz que capitanea esta *farándula* (como se decía en tiempos ¡ay! en que nuestros comediantes eran artículo de exportación), la hacen superior á otras *troupes* en que sólo hay un general con unos cuantos soldados rasos: una *estrella* seguida de algunos cómicos malos. El arte dramático es arte de conjunto, y lo es ahora más que nunca por la tendencia *social* del teatro moderno, en que hay menos protagonistas, y los que hay lo son menos. En la ópera, la individualización del canto en las partes principales da mayor

importancia á las *divas* y los *divos*. Pero las *divas* y los *divos* dramáticos necesitan más del coro, ó sea del resto de los personajes.

Mas no es mi propósito hablar de los comediantes de la compañía Mariani, sino de las obras por ellos representadas, y no de todas, pero sí de algunas en que puede descubrirse algo que pertenece á los *nuevos moldes* y á los *nuevos rumbos* de la dramática, de que suele con frecuencia hablarse, aunque sin determinar bien el contenido de estos conceptos.

Dos clases de obras ha puesto en escena la Compañía citada: una, la de aquellas que forman parte del repertorio internacional; obras de Dumas, Sardou, etc., que representan todas las Compañías de *coturno* en todos los países. Las obras de Ibsen van entrando ya en esta categoría. La otra clase ó grupo la forman obras menos conocidas, ó por mejor decir, desconocidas casi en España, de autores italianos modernos.

A estas últimas, y no á las primeras, me refería al aludir en el párrafo anterior á las novedades dramáticas que nos ha dado á conocer la compañía Mariani ó, si se quiere, la compañía Palladini, pues el director de ella es el actor Palladini, si bien Teresa Mariani es la figura principal. *Fernanda* ó *Frou-Frou* no son una novedad para casi nadie, y el interés que podía ofrecer el verlas representadas por la actriz italiana se reducía casi á un juicio comparativo: ver si la Mariani *estaba* mejor ó peor que las otras actrices nacionales y extranjeras, á las cuales hemos visto representar esos papeles.

Claro es que hablo desde el punto de vista del crítico ó del aficionado á las letras, pues para el público en general, el interés intrínseco de la obra se sobrepone á esas otras especies de interés relativo.

Las obras del teatro moderno italiano representadas por la Mariani poseen, en su mayoría, un grado suficiente de interés *absoluto* para el público en general; pero, además, ofrecen interés relativo desde el punto de vista literario (que no es el único en el teatro). Y lo presentan primeramente, porque nos

dan á conocer una muestra de una literatura dramática contemporánea que nos es mucho menos familiar que la francesa, como sucede con la italiana, y luego (y esto es lo principal) porque en algunas de esas obras observamos una transformación, un cambio en la concepción, en las condiciones generales y en los asuntos del género dramático, que concuerda esencialmente con el cambio realizado en la novela. Hay, sí, entre ambos un diferencia de grado. En la novela, la transformación se ha operado ya y es un hecho consumado; en la literatura dramática se inicia, pero no ha conseguido el triunfo, y tendrá que luchar con mayores dificultades por la diferencia que hay entre la representación teatral y el libro. Este resiste mejor las prevenciones misoneistas del público; es objeto de una suma de juicios individuales, no de un juicio colectivo como el de la concurrencia que asiste á una función escénica. El libro dura, y mientras subsiste, conserva probabilidades de vencer; la obra teatral no suele sobrevivir al fallo adverso dictado en su estreno. Tiene que conquistar al público en el primer momento, pues no hay empresa ni compañía que subordine sus intereses á la propaganda de una nueva escuela ó de una obra que se aparte del gusto dominante. Podrá decirse que tampoco un editor publica libros por puro amor al arte, pero el caso no es el mismo: la impresión de un libro está más al alcance de un autor que la organización de un teatro. Aun supuestos el editor y el empresario, del ensayo que implica la impresión del libro, queda siempre el libro; del ensayo que hay en la representación de una obra dramática, no queda, si no se obtiene la victoria inmediata, más que la impresión pasajera de la figuración en la escena, y acaso el obstáculo de las censuras ó de la silba. Cierto que las obras dramáticas pueden imprimirse; pero las verdaderas batallas han de ganarlas en las tablas de la escena.

Por eso la transformación del teatro tiene que ser más lenta, y lucha con obstáculos mayores, pero está ya iniciada, y no parece dudoso que ha de realizarse. Entre la novela y el

drama hay en casi todo lo esencial, comunidad de naturaleza. La diferencia principal que las separa, es una diferencia externa, como la representación, que si es característica del género dramático, y hasta requisito esencial respecto de él, es circunstancia accidental respecto de los asuntos, ó sea en relación con la materia primera de la novela y del teatro, explicándose así la facilidad con que de una novela se saca una obra escénica ó viceversa. Ambas tienen por asunto la acción, el drama humano, representado en forma sensible en el teatro, representado interiormente en forma imaginativa para los lectores de la novela, á quienes el autor, desempeñando el papel del Prólogo de las comedias antiguas, va explicando lo que sucede. En cierto modo, el teatro es la acción vista desde fuera, y la novela la acción contemplada desde lo interior de sus personajes.

*
* *

Dentro del límite que imponen las condiciones materiales de la representación y la psicología especial del público que *presencia* reunido la comedia, límite muy variable (¿dónde están hoy, por ejemplo, las tres unidades?), parece posible que se realice en el teatro una gran parte de la doble variación, de forma y de fondo, efectuada en la novela.

Esta mudanza ha consistido, en cuanto á la forma, en dos cosas: naturalidad, sustitución del procedimiento narrativo en que el autor contaba la vida y aventuras de los personajes, por el procedimiento *dramático*, que coloca en primer término á los personajes, les encomienda á ellos la explicación de su conducta, y eclipsa cuanto es posible al autor. Esta transformación última no hay que efectuarla en el teatro, pues el procedimiento dramático es el natural suyo, y le es inherente. Sin embargo, en el teatro antiguo se descubre un elemento narrativo, una explicación ajena á los personajes: esto era el

Prólogo que explicaba lo que iba á representarse en las comedias.

Respecto al fondo, á los asuntos, á la substancia de la novela, el cambio puede resumirse en dos palabras: la novela se ha democratizado. Quiere decir esto que ha abierto sus puertas á todos los asuntos, que ha reconocido los elementos de poesía que existen en la vida ordinaria, en los dolores y placeres de la mayoría (sin excluir por esto á las excepciones, á los refinados), que ha suprimido, en fin, todo rastro de limitación aristocrática, ya en relación á los personajes, ya en relación á los hechos, esto es, que no se considera ya preciso que los sucesos que expone el novelista sean extraordinarios y peregrinos, ni las pasiones que pinta pasiones anormales ni los personajes que pone en escena caracteres excepcionales, en el bien ó el mal, ni menos aún personas de alta alcurnia. Los enemigos de esta evolución democrática de la novela, pueden decir que han descubierto la poesía de la vulgaridad, pero lo cierto es que jamás rayó la novela á mayor altura, y que de los asuntos más sencillos ha sabido sacar creaciones de superior hermosura, como inspiradas en una contemplación y una penetración más honda de la naturaleza humana.

Pues este doble cambio, de forma y fondo, está iniciado en el teatro, y es fácil advertir sus progresos en varias de las obras representadas por la Mariani y su compañía. En esas obras italianas á que aludo (que no son por lo general obras maestras, pero sí obras escritas con talento y sentimiento, lo cual ya es bastante), la naturalidad es uno de los rasgos más acentuados. La naturalidad no es la verosimilitud, cualidad ésta relativa al fondo de los hechos, aquélla á su forma y modo de desenvolverse. Definida negativamente es la ausencia de afectación, ó sea, en términos positivos, la asimilación de las formas de la obra literaria á las formas de la vida real. Así, por ejemplo, la naturalidad supone y exige que los seres engendrados por la fantasía del literato no hablen un lenguaje especial inspirado en los modelos retóricos y en los lugares

comunes de la tradición literaria de cada género, sino el lenguaje que en el mundo real suele usar cada persona, según su condición y cultura.

En este punto, la sustitución, cada día más general, del verso por la prosa, representa un gran paso hacia esa transformación. El verso, en efecto, dominó durante mucho tiempo como soberano absoluto en las tablas, pero hoy se ve casi destronado por la prosa, y apenas le concebimos ya más que en dramas heroicos ó románticos como el *Cyrano*. Pero aún en la misma prosa, el lenguaje de la escena conserva en gran parte su carácter de lengua convencional, de uso exclusivamente literario, abundante en demasía en adornos, en el elemento figurado y en las expresiones que suelen llamarse poéticas, aunque responden á una concepción de la poesía que va desapareciendo, y que atendía más á la forma de expresión que á lo expresado.

Los personajes de *Las Rozzeno*, *Triste amor*, *Las transformaciones de Dorina* y otras obras representadas por la Maria- ni, no hablan ya el idioma especial de las *dramatis personæ*, sino sencilla y llanamente el de las *personas*, el de los hombres y las mujeres de la vida real, que á veces dicen cosas poéticas ó trágicas, pero pocas veces las dicen con afectación retórica.

La naturalidad no se limita sólo al lenguaje. Puede y debe llegar también á la manera de producirse los hechos. En este terreno representa la exclusión, ó la disminución al menos, de ciertos efectos dramáticos consagrados por el uso, pero que son en sí artificiales y no conformes con la realidad. La carta misteriosa que descubre el secreto, las provocaciones altisonantes entre rivales, las reconvenciones declamatorias á la mujer infiel, van desapareciendo ya, aunque lentamente, del repertorio dramático. A este aspecto de *omisión*, que ofrece la naturalidad, puede agregarse otro más innovador, más atrevido y por consiguiente más difícil y peligroso, que consiste en llevar á la escena situaciones y momentos de la acción que la dramática tradicional evitaba presentar ante los ojos del espectador. El

uso ha ido en este punto mucho más lejos que el precepto horaciano:

.....

*Ne pueros coram populo Medea trucidet
Ant humana palam coquat exa nefarius Atreus;*

Sin llegar á estos horrores ni traspasar tampoco los límites del decoro, puede ampliarse y se va ampliando el campo de lo *representable*. Muestra de naturalidad en este sentido son el suicidio de Lydia (en *Las Rozzeno*) arrojándose por el balcón, y el suicidio de *Realtá*, por medio de los vapores del carbón. A algunos les han parecido demasiado prosaicos estos medios de abandonar la vida. El público está acostumbrado á que los desesperados en la escena se despidan del mundo con el clásico veneno ó el clásico puñal. ¿Pero sucede esto en la vida real? ¿Andan todavía preparando tósigos los hechiceros y los físicos de los Príncipes? El veneno no sale ya del regio botiquín de Mitrídates, sino de la prosaica caja de cerillas; al puñal ó la espada ha sustituido la pistola. Con estos convencionalismos dramáticos, que son un residuo del sentido aristocrático de la tragedia, sucede lo que con la indumentaria de algunos añejos oficios que aun subsisten por razones de etiqueta y ornato: maceros, timbaleros, lacayos de casaca y peluca, cuyo lujoso atavío parece en los actuales tiempos disfraz de carnaval más que evocación de las épocas en que se usaron tan vistosas libreas. Por eso encuentro yo más conmovedores y dramáticos esos suicidios de *Las Rozzeno* y *Realtá*, que se nos presentan sin el disfraz prescrito por la tradición del teatro, y por su sencillez y realidad evocan en la imaginación del espectador tantos dramas oscuros, tantas desesperaciones que llevan á la muerte, sin más epitafio que la gacetilla que los periódicos dedican al suicida al relatar los sucesos del día.

*
* *

El otro aspecto de la transformación del teatro no se limita ya á las formas, ni á la proporción entre lo que ha de *representarse* y lo que ha de *relatarse* en escena. Afecta á los asuntos, á la *materia dramática*, á las ideas y las pasiones que pone en juego el dramaturgo, influído en las obras que obedecen á esta nueva tendencia, más por el ambiente social en que vive que por el ambiente ficticio creado por la tradición literaria.

Claro es que este cambio es limitado también. En el fondo de la dramática, como en el de todos los géneros poéticos, hay un *substratum* fijo, que no cambia: la naturaleza humana, que es el gran repertorio del poeta. Por eso podemos apreciar y gustar hoy todavía la tragedia griega y la comedia latina escritas hace centenares de años para hombres cuyas creencias, ideas y costumbres eran tan distintas de las nuestras, y aún comprendemos y apreciamos la dramática india, producto de una civilización orientada en sentido contrario al de nuestras civilizaciones occidentales. La comunidad de la naturaleza humana es lo que nos hace inteligibles, apreciables y aun admirables esas obras.

Pero las formas y los fenómenos de ese *substratum* común varían grandemente con los tiempos. Mudan las ideas á medida que se ensancha el campo de la experiencia y el horizonte de la reflexión; mudan los sentimientos y pasiones al aparecer nuevos motivos de conducta, nuevas necesidades traídas por la cultura y al perderse arrastrados por el curso de la civilización otros motivos y otras necesidades que influyeron en algún tiempo. Y esta transformación que es reflexiva y consciente en las capas superiores de la humanidad, trasciende lentamente á las otras, y modela nuevamente las almas. Las nuevas ideas, las nuevas pasiones, las formas nuevas de la voluntad y del pensamiento pasan á la literatura, reflejo de la vida humana; mas esto que á primera vista parece tan fácil, no se efectúa en la realidad llanamente y sin esfuerzo.

Hay también una como impenetrabilidad de las ideas. La literatura, cual toda actividad profesional, y principalmente las que suponen estudio detenido, posee un fuerte espíritu conservador. En ella los muertos gobiernan todavía á los vivos. Tiene su doctrina heredada, sus tópicos, su repertorio consagrado por el uso, y todo esto opone resistencia á las innovaciones que vienen de fuera. Resistencia doble: por parte del público habituado á la observancia de ciertos cánones tradicionales que llega á considerar como esenciales á un género determinado (así se dice de una obra ó de una escena que es hermosa, pero no es *teatral*, por ejemplo), y resistencia también por parte de los teóricos y los técnicos, de los críticos, que defienden la teoría consagrada, la preceptiva al uso.

La transformación de un género literario, bajo este aspecto, consiste en sustituir la materia petrificada por la materia viva, la pauta profesional que ha ido fijando el canon de los asuntos, los caracteres y las situaciones, por la pauta nueva que da la realidad, y que sin duda llegará también á convertirse con el tiempo en regla ó en práctica convencional.

Pero esta transformación no es forzoso que se verifique en un sentido de mero intelectualismo. No es nota característica del teatro moderno ser teatro de ideas, en general. En este punto no parece verosímil que llegue á donde llegaron los dramas sacros, los autos sacramentales, cuyo verdadero asunto eran ideas metafísicas ó religiosas, y que hasta tenían por personajes abstracciones personificadas. Puede sostenerse que las ideas no son *directamente* materia dramática. Para que se conviertan en verdadero asunto del teatro, es preciso que vayan á él en forma de motivos de la voluntad y del sentimiento, de móviles de conducta, á diferencia de lo que sucedía en aquel especial género dramático que acabo de citar, derivado de los misterios medioevales, y que ofreció el fenómeno excepcional en la dramática de eliminar ó reducir al minimum el elemento pasional, y elevar al maximum el elemento

intelectivo y metafísico, invirtiendo el orden natural de los factores de la obra escénica.

Sólo en un sentido muy relativo puede decirse que el teatro moderno es ó ha de ser teatro de ideas. Como la evolución del teatro tiende á que refleje mejor la realidad, ha de penetrar en él el ambiente contemporáneo en el cual las ideas influyen más en la conducta, no en absoluto, sino como tales ideas concebidas conscientemente y aceptadas mediante deliberación y examen, en vez de influir en la forma difusa, obscura y hasta cierto punto inconsciente de creencias, engendradoras de vivos sentimientos de adhesión ó repulsión. Por otra parte, al problema sexual, á que ha llegado á reducirse en algún momento todo el repertorio dramático, vienen á juntarse en la escena otros problemas que pueden ser y son en muchos dramas la clave principal de la acción. Al mismo tiempo, el desenvolvimiento y la complejidad creciente de las ideas que se observa en la psíquis moderna, enriqueciendo y complicando la serie y la naturaleza de los *motivos* de la conducta humana, ensancha el campo de la dramática, cuyo objeto son las acciones de los hombres, el remedo y simulacro artístico de la vida.

Mas no se olvide que las ideas para ser materia dramática han de transformarse en motivos. ¡Motivos modernos! Esto es lo característico de ese aspecto de la transformación del teatro, que afecta á los asuntos, á la substancia de los dramas, á la vida psíquica que infunde el dramaturgo en sus criaturas. Por eso es eminentemente moderno, como tema teatral, el del dinero, no ya en la forma de una mera diferencia de clases creada por la riqueza, ni como sátira de la avaricia, sino como móvil potente y casi forzoso de la conducta en general, como necesidad y condición primera de la vida y de la independencia y dignidad de los individuos, como origen de tantos males que con justicia se le imputan y de tantos bienes cuya gloria injustamente se le arrebatara.

En *Las Rozzeno*, por ejemplo, en *Las transformaciones de*

E. M.—Agosto 1899.

Dorina, etc., este problema del dinero es uno de los factores más nuevos é interesantes del drama, y uno de los expresados con mayor sinceridad y valentía. ¡Ah, si Lydia hubiera sido rica! ¡Si la pobre Dorina pudiese pagar el pupilaje á los grotescos cantantes que la explotan! Aquel triste maestro de música que devora las humillaciones y las burlas porque tiene que dar de comer á su mujer y sus cuatro hijos; el grito de la pobre muchacha: «¡Me han vendido!»; el egoísmo del amante que retrocede ante la perspectiva de la paternidad; el sacrificio de Dorina que se vende para devolver al que creyó su prometido el billete de Banco con que la ultraja, son expresiones conmovedoras y dramáticas de la moderna esclavitud que establecen las necesidades de la vida, de la esclavitud del dinero que, no contento con sujetar los cuerpos hasta echa sobre las almas la fuerte red de sus doradas cadenas.

Podrá haber quien lo crea prosaico y plebeyo, pero el dinero, así entendido, es en realidad terriblemente trágico, conmovedor, glorioso en los triunfos que consigue contra la naturaleza, triste en los que arranca á la necesidad de los pobres y desheredados. Es en cierto modo el *Fatum* de los tiempos modernos, dispensador no sólo de los bienes materiales, sino hasta de la dicha, de la libertad, del decoro. No aparece en estos dramas el dinero como el ídolo de una vulgar avaricia (esto no sería ciertamente moderno), sino como necesidad inexorable, como explicación de caídas morales y móvil de rebajamientos, como forma y símbolo de la lucha por la existencia y la felicidad, como el vellocino que hay que conquistar á toda costa, so pena de la vida.

¡Ah! mirado así no es vil ni prosaico el dinero. Antes es noble por la independencia que otorga, y poético por las lágrimas que cuesta y las pasiones que enciende, por las alegrías y los dolores de que las efigies regias de su cuño son espectadores mudos é indiferentes! Y se comprende bien que en una sociedad como la moderna, en que han desaparecido casi todas las diferencias de clases, menos la que establece la ri-

queza, sea esta la gran pasión de los tiempos, el rey de los motivos humanos. La cuestión económica es la base de casi todos los problemas contemporáneos, ¿cómo no ha de llegar también su eco á la literatura, reflejo en cada época de la sociedad?

*
* *

En un análisis algo detenido de las obras dramáticas á que me refiero, podrían señalarse, sin duda, muchos puntos en que está esbozada esta transformación del teatro, pero no es posible en estas revistas mensuales entrar en tales pormenores. Baste indicar la tendencia.

Parece ser que algunos literatos españoles se proponen traducir á nuestro idioma ó adaptar á nuestra escena varias de las obras que ha representado la Mariani. Esto es ya un principio de influencia, que será mayor si se producen obras originales que respondan á esa concepción, más amplia y más moderna, de la dramática. Autores no nos faltan; Pérez Galdós, Sellés, Benavente y varios otros pueden hacer mucho. ¿Pero en español aplaudirá el público lo que en italiano ha aplaudido?

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—LITERATURA: Las dedicatorias de autor.—Autores y editores.—El escritor ruso Garchine.—ENSEÑANZA Y EDUCACIÓN: La primera escuela de periodismo.—CUESTIONES RELIGIOSAS: El catolicismo en Inglaterra. = SOCIOLOGÍA: La moderna Utopía; ensayo de ciudad comunista.—Psicología de las manifestaciones populares.—IMPRESIONES Y NOTAS: Cómo debe comerse la carne.—Los traperos de París.—Leopardi á la luz de la ciencia.—La telegrafía sin hilos.—El cónclave de Viterbo.

LITERATURA

LAS DEDICATORIAS DE AUTOR.—«La dedicatoria—dice Luis Forest en un curioso artículo de la *Revue des Revues*—es un excelente medio de especular con la vanidad de los hombres.» «Es preciso—decía Fontenelle—que aquel á quien se dirige la epístola dedicatoria pague ó proteja. Una dedicatoria bien hecha puede atraer la atención y de paso la fortuna. Hay que lisonjear, pero delicadamente, según los caracteres, sin pecar por exceso ni por defecto. Aparte de esto, el número de obras dedicadas tiene también su utilidad. Enviadme—dice en una *Consulta para un aprendiz de novelista* el autor de *El mundo en que se imprime*—vuestra primera novela, debidamente dedicada, en cuanto la hayais escrito y publicado; pero hay un homenaje más útil, que no debéis olvidar: id á la estación de San Lázaro y subid derecho al pabellón de los periódicos, preguntando á la encargada de la venta por su nombre; compradle enseguida un ejemplar de vuestra novela, y devolved-

selo, dedicado, con vuestra mejor letra: *A la señora Machut, respetuosamente*, y firmad. Ya veréis cómo la buena mujer calienta la obra; haced lo mismo con los libreros y los gerentes, sembrando envíos de autor por todas partes, y esperad el resultado; la receta es de Esteban Lechevin, y con ella le va á las mil maravillas.»

¡Qué curioso sería hojear las dedicatorias de ciertas bibliotecas, sobre todo las de los críticos como Francisco Sarcey, por ejemplo! Entre tanto, y para ir abriendo el apetito en esta materia inexplorada, un libro, *Envíos de Autores*, publicado por Pablo Eudel, coleccionista célebre y especie de Mecenas parisién, viene á romper la marcha, señalando este nuevo campo de investigación á los literatos, críticos y psicólogos.

La mayor parte de las dedicatorias que el libro contiene, son de una sequedad y de una pobreza de imaginación asombrosas; el museo de las fórmulas da lástima. ¡Ni un hallazgo, ni una expresión original! ¿Tan difícil es tropezar con un rasgo de ingenio? Pablo Lheureux así lo cree, cuando escribe en su libro *La clef*: «Homenaje de un autor que para hacer una buena dedicatoria no ha encontrado todavía la clave.»

Los tipos ó fórmulas de dedicatoria son, sin embargo, variadísimos:

1.º Tipo *recuerdo*: «Recuerdo del autor,» «Con los mejores recuerdos del autor,» «Recuerdo de amistad,» «Recuerdo cordialísimo,» «Recuerdo de gratitud,» «Recuerdo afectuoso».

2.º Tipo *homenaje*: «Homenaje del autor,» «Homenaje de amistad,» «Respetuoso homenaje,» «Homenaje de admiración,» «Homenaje de gratitud,» «Homenaje y simpatía,» «Homenaje fraternal».

3.º Tipo *colaborador*: la dedicatoria de Pablo Jégo en *Poemas sinfónicos*: «Homenaje de simpatía á su colaborador».

4.º Tipo *amigo sincero*: la de Franz Jourdain en *Beaumignon*: «Al artista delicado, al excelente corazón, al amigo adicto, al verdadero padre de este libro, con mi gran reconocimiento y vivo afecto: Mi querido amigo: si no tuviese á mi

madre, ni á mi mujer ni á mis hijos, á vos, y sólo á vos, mi querido Eudel, hubiera dedicado este pobre libro, tan humilde y tan modesto, que está todo asombrado de verse en el mundo, y del que sois padrino, padrino único».

5.º Tipo *amigo de pega*: del que no se insertan ejemplos porque sus autores, cuya hipocresía es flagrante, viven todavía.

6.º Tipo *Academia de provincia*: «A mi sabio colega; homenaje de alta consideración».

7.º Tipo *autobombístico*: la de Filiberto Audebrand: «De todos mis libros, el que más he vivido es mi *Colección de recuerdos de la Revolución de 1848*; casi todos los hombres que menciono han sido amigos ó patronos ó colegas míos; hablo de ellos *de visu* y con la mayor sinceridad; algunos historiadores del día me han hecho el honor de considerar esta obra como un documento que hay que poner en el legajo de 1848».

8.º Tipo *desencantado ó incomprendido*: la de Eduardo Cadol en *Los inútiles*: «En este tiempo de estética nueva, quizá debiera ruborizarme de haber hecho una pieza como esta, porque—lo confieso ingenuamente—no es cosa para leerla de un tirón. Pero no se hace, en suma, sino lo que se sabe hacer; y puesto que no tengo el talento de escribir para los señores, me atengo á mi guitarra; si no da más que agua de beber, es, por lo menos, agua clara.» La verdad es que, como dice Forrest, á falta de otra originalidad, Cadol tenía una guitarra muy curiosa, por su propiedad de dar agua.

9.º Tipo *golpeador, lamedor ó cortesano*: la de Teófilo Bilbao: «Sois uno de los más fuertes en materia de arte, el maestro para hablar ó escribir de él; ignorado y principiante, sin apoyo ni publicidad, no tendría ninguna probabilidad de que mi libro, mi oso, trepase hasta vos; yo le ayudo llevándooslo yo mismo, y os ruego dispenséis mi indiscreción; no veais, en mi homenaje modesto y convencido, sino un testimonio de deferencia y admiración por vuestro talento, á la vez brillante y profundo».

10. Tipo *sablista*: la de Bourgault-Ducoudray: «Mi *Conjuración de las flores* va á salir dentro de unos días; para facilitar la operación del cobro de las suscripciones y distribución de ejemplares, os suplico os dignéis llenar la papeleta adjunta y devolvérmela.» La de Manjou: «Confiado en vuestra benevolencia, me tomo la libertad de dirigiros estas líneas y el trabajo literario adjunto, rogándoos que os dignéis aceptarlo, por el precio de un franco».

11. Tipo *reclamo*: la de Antonio Sardou en *Los treinta y dos duelos de Juan Gigou*: «Mi libro, desde el 15 de Diciembre, día de su aparición, ha hecho una tirada de 16.000 ejemplares y está hoy al fin de su décima edición; no hay nada, absolutamente nada de inventado en los treinta y dos duelos de Juan Gigou, que estaba á mis órdenes en Africa, y cuyas aventuras son una leyenda para el 1.º de cazadores de Africa».

12. Tipo *nos hacemos viejos*: la de Teodoro Cahu en *Theocritt en Saumur*: «Acordaos de la época venturosa en que vuestros veinte años tocaban todas las mañanas el repique de la alegría y cada noche el trompeteo de los amores».

13. Tipo *verboso*, especialidad de los novelistas de periodiquillos del género *se continuará*.

14. Tipo *aeróstato*: la del Dr. Guepin en *El socialismo explicado á los hijos del pueblo*: «Este libro, muy incompleto y atrasado todavía, es como un símbolo del trabajo social que os arrastra á esferas desconocidas».

15. Tipo *satisfecho y contento*: la de Gourdon de Senouillac en *La Iglesia y la caza*: «Este libro ha sido escrito, á modo de distracción, mientras trabajaba en *La novela de una burguesa* y en el sexto tomo de mi gran obra *París á través de los siglos*; ha sido un placer para mí, que jamás he matado un conejo (lo que no me ha impedido ser proclamado premio de tiro en 1850 por la Guardia nacional de Batignolles..... ¡salud!), de tratar una cuestión sobre la que los teólogos y los discípulos de San Huberto nunca han podido entenderse».

16. Tipo *ingenioso*: la de Félix Galipaux en *El hombre*

amarillo: «El hombre amarillo, la escena cómica creada por Félix Galipaux, pone azul al auditorio» (!j).

17. Tipo *en verso*: la del vizconde de Bornier al frente de sus *Poesías completas*:

*En vain je changerais de pose;
Ce serait toujours même chose,
Car mon visage est de travers
Comme ma prose,
Comme mes vers (1).*

18. Tipo *histórico*: la de Carlos Nauroy en *Los secretos de los Borbones*: «Este libro me ha producido muchas injurias, ha hecho escribir centenares de artículos y una docena de libros y folletos, y creo que no se haya terminado, pues es la causa directa y única de las reivindicaciones actuales de la familia Naundorff.»

19. Tipo *el que más quiero*: la de Hugo Leroux: «*El Amor enfermo* es de todos mis libros el que más quiero, quizá porque ha gustado á muy pocos; los padres tienen siempre cierta debilidad por el hijo desgraciado.»

20. Tipo *esta es mi historia*: la de Alberto Cim: «A mí, sobre todo, es á quien he pintado en estos *Amores de un provinciano*, y á mi querida abuela que me ha criado, y á todos mis antiguos amigos de mi ciudad natal (Bar-le-Duc), y á los de París también, porque Julián Levaudois no es otro que Julio Levallois, el antiguo secretario de Sainte-Beuve y crítico de *La Opinión Nacional*.»

21. Tipo *es una verdadera historia*: la de Gustavo Toudouze: «*Madame Lamballe* es más bien una verdadera historia que una novela. Todos los personajes existen, yo los conozco, los veo á menudo y los quiero; sólo he cambiado los nombres, las profesiones y las circunstancias en que se han producido los sucesos.»

(1) En vano cambiaría de postura;—siempre sería lo mismo,—pues tengo el rostro atravesado—como mi prosa,—como mis versos.

Podría alargarse esta lista de citas descubriendo muchos más géneros, especies y variedades de dedicatorias; pero basta lo dicho para despertar la curiosidad de los aficionados, suscitando trabajos semejantes á los de Eudel y Forest.

*
*
*

AUTORES Y EDITORES.—Alberto Cim trata en la *Revue des Revues* de una cuestión que no deja de tener interés en el mundo de las letras, y que ha dado ya motivo, si mal no recordamos, á serios estudios y proposiciones en los Congresos literarios internacionales: la de las relaciones entre editores y autores, y garantías de la propiedad literaria de los autores contra los posibles atentados de los editores.

El número de los autores, y entre ellos de los más ilustres, que enriqueciendo á sus editores no han obtenido para sí ni para sus descendientes provecho alguno positivo, es verdaderamente interminable, habiendo ensayado hacer una lista de los mismos á principios del siglo el bibliógrafo epicureo Colnet du Bavel en su *Biografía de los autores muertos de hambre*, colocada, á guisa de epílogo, al final de su *Arte de comer fuera de casa, para el uso de los literatos*. Baste recordar los nombres de Homero, mendigando de ciudad en ciudad, Camoens viviendo de limosna, el Tasso acogido en un hospital, Cervantes espirando desconocido y Corneille no teniendo con qué comprarse unos zapatos, para demostrar que el mal es añejo y universal.

Hay, sin embargo, infortunios de escritores menos conocidos que merecen ser citados como ejemplos del ensañamiento de la mala fortuna con los poetas, como el caso del abate d'Allainval, siempre sin un cuarto y muerto en 1753 en el Hôtel-Dieu de París, y autor, en medio de su penuria, de una comedia no mal hilvanada, titulada *El embarazo de las riquezas*; ó como el del erudito anticuario inglés Juan Stow, que después de cuarenta y cinco años de investigaciones y estu-

dios en archivos y bibliotecas cayó en la indigencia, y por toda recompensa consiguió que el Gobierno inglés, para demostrarle su gratitud y admiración, le concediese autorización para mendigar por espacio de un año, cuando tenía cerca de ochenta años de edad. «Considerando—decía la Real orden de 8 de Mayo de 1604 — que el dicho Stow ha empleado cuarenta y cinco años en reunir los materiales para sus crónicas de Inglaterra y doce en escribir la historia de las ciudades de Londres y de Westminster, y ha consagrado su vida entera al servicio de su país, le concedemos nuestro gracioso y real permiso para pedir limosna á nuestros vasallos y aplicar á su uso personal lo que pueda obtener de su benevolencia; todo durante el curso de un año.»

Es curiosa también la aventura del pobre Raimundo Poison, autor-actor no exento de talento, pero que nunca tuvo la fortuna de vender sus obras. Los libreros no las ponían mala cara; pero, como dice en uno de sus prólogos, «me dicen siempre que no me las pueden pagar, y veo que tienen razón, porque no las compra nadie.» Poison pasaba el tiempo rondando las librerías en cuyos escaparates figuraba su libro y estimulando á los libreros para que vendiesen sus obras, sin lograr que nadie las pidiese. Ya un día — ¡todo llega! — tropezó á su librero disputando con un sujeto de buen aspecto sobre el precio de su última producción; el librero pedía cinco sueldos y el comprador no quería dar más que tres.

—No puedo dejárselo á usted menos de cinco sueldos—decía el librero.—Sólo la encuadernación, este sencillo encartonado, cuesta dos. Pero mire usted ¡ahí tiene usted al autor precisamente! Pregúntele usted si no es cierto lo que digo.

Poison se esponjó. Aquel hombre se le acercó, le llamó ilustre y admirable, le dijo que había observado mil veces en sus obras un talento superior; le colmó, en fin, de tal modo, de alabanzas, que Poison no tuvo más remedio que regalarle la obra, con dedicatoria y todo, el único ejemplar que había estado á punto de vender.

Aunque la escena es de hace más de dos siglos, parece contemporánea y como hecha expresamente para corroborar el dicho de Francisco Sarcey: «Lo que distingue á la clase rica de ahora es que no quiere ya ni comprar un libro ni pagar un puesto en el teatro.»

Por lo mismo que hoy más que nunca es tan enorme la producción literaria, todos los que viven ó pueden vivir de su pluma sienten la necesidad de agruparse, de agremiarse, de estudiar los medios de llegar á un contrato editorial más equitativo y remunerador.

La primera cuestión para el escritor que acaba de terminar un manuscrito es la de la elección del editor. ¿Dónde ir? ¿A quién dirigirse? Un buen editor conseguirá vender hasta una obra sin mérito, mientras que un mal editor sin corresponsales ó con firma desacreditada, no logrará sacar partido ni de una obra maestra. En librería, por otra parte, como en el comercio en general, los negocios son más fáciles, lucrativos y seguros con las casas grandes que con las pequeñas, lo que explica el éxito creciente de los grandes almacenes. En otro tiempo, la habilidad del comerciante estaba en buscar salida á los artículos anticuados, haciendo cargar al parroquiano con una multa cualquiera; hoy, cuando el Bon Marché ó el Louvre tienen saldos de que quieren deshacerse, lo anuncian lisa y llanamente y nadie puede llamarse á engaño. Un hombre, dos, tres, pueden robar; una administración entera es imposible que robe, porque en seguida se descubriría el abuso y vendrían el descrédito y la ruina.

Importa, pues, al autor entenderse con casas editoriales sólidas, grandes y acreditadas, para obtener la mayor suma de beneficios y de garantías, pues no basta que los editores sepan apreciar el mérito de una obra y la paguen bien, si no saben al mismo tiempo hacer propaganda de ella y venderla pronto. Edmundo Alberto—según cuenta Monselet—era un editor que pagaba bastante bien á sus autores é imprimía sus libros con tipos nuevos en papel magnífico; pero no hacía

propaganda, no tenía relaciones con ningún librero, y se contentaba con guardar la edición en un armario, al abrigo del polvo, lo que dió lugar á que un bromista insertara un día en *El Poder*, diario de la época, la noticia siguiente: «La hermosa obra dramática de Filoxeno Boyer, *El Compromiso*, tan admirablemente interpretada por la señorita Judit, aparecerá de un momento á otro en el armario de D. Edmundo Alberto, editor.»

Otra cuestión que el escritor debe resolver es la de si ha de tener un solo editor para todas sus obras, ó es preferible entenderse con diferentes editores. La cuestión es muy discutible; pues si bien es cierto que una buena casa donde se encuentren reunidas todas las obras de un autor, facilita mucho la buena administración, también lo es que no todas las casas son buenas y que ni aun las que pasan por tales están libres de una quiebra, que, al arrastrarla, arrastra también la fortuna y hasta el nombre del autor, como le ha sucedido á Gustavo Toudouze, que después de veinticinco años de incesante labor y de haber publicado 20 volúmenes, ve hundirse en el mercado su marca y bajar su pabellón. Buena prueba de lo dudoso del asunto es que, al lado de Zola, Goncourt, Coppée y Bourget, Ohnet y Loti, que no tienen, respectivamente, más que un solo editor, están Alfonso Daudet y Claretie, Theuriet y Catulo Mendes, que se entienden con varias casas editoriales, complaciéndose alguno, como Daudet, no sólo en que sus libros aparezcan editados por diferentes casas, sino hasta en que se publiquen en formas y tamaños diversos. «Como un buen capitán—dice en justificación de su conducta—debe tener á bordo, en caso de siniestro y para facilitar el salvamento, variedad de embarcaciones, yuyús, chalupas y botes, así el autor que publica sus obras en el mayor número de formas posible, me parece que debe librarse con más seguridad del naufragio absoluto; así se explica la diversidad de mis ediciones.»

Hay quienes prefieren editarse á sí mismos, como el historiador Michelet, y como en ciertos casos lo han hecho Lamar-

tine y Víctor Hugo. Pero aunque este sistema es, en general, el mejor, no todos pueden practicarlo; pues, aparte del capital que se requiere para ello, necesita el autor tener condiciones especiales, estar al corriente de los precios del papel, tipos, maquinaria, tiradas, etc., y, sobre todo, tener el genio de los negocios y costumbres ordenadas de buen administrador, cualidades que rara vez se encuentran en los escritores, sobre todo en los poetas y novelistas. Aun así, hay que convertirse también en depositario de sus propias obras, porque, en otro caso, la comisión que lleva el editor en cuya casa se deposita la edición, y que ascendía en tiempos de Michelet del 30 al 40 por 100 del precio de los libros vendidos, pasando hoy del 50 por 100, en general, absorbe la mejor parte de las utilidades.

La confianza del autor respecto del editor y la lucha de intereses entre ambos es ya muy antigua. El autor necesita del editor y el editor del autor, y esta necesidad les obliga á entenderse, pero sin que esta inteligencia tenga por base la mutua estimación, pues el autor mira siempre al editor como un explotador sin entrañas, y el editor no puede considerar al autor sino como simple materia explotable, á modo de una mina más ó menos rica.

¿Tienen razón los autores para sospechar de la buena fe de las casas editoriales y temer ser víctimas del fraude en las tiradas de sus obras? En general, no, pues este fraude es bastante difícil, teniendo que estar en el secreto multitud de personas, impresores, encuadernadores, escribientes, sin las cuales no es posible hacer pasar una tirada de 2.000 ejemplares por otra de 1.500. Julio Lermína, secretario de la Asociación Literaria Internacional, entiende que «la vanidad del autor entra en grandísima parte en la creación de esa leyenda de improbidad de los editores, pues no hay autorcillo ninguno que no se exaspere si su obra no tiene éxito, obstinándose en creer que su editor ha vendido miles de ejemplares de que no la he dado cuenta».

Sea de ello lo que quiera, es indudable que el único medio

de cortar toda suspicacia es el de encontrar un procedimiento de intervención que garantizase las tiradas, y de ahí que los autores se hayan preocupado siempre de esta intervención, ideando diversidad de procedimientos más ó menos prácticos y eficaces.

El sistema hace tiempo más en boga, sobre todo en las librerías clásicas (y lo mismo en Francia que en España), consiste en que el editor conserve en rama la obra, entregando al autor el primer pliego, ó sea el de la portada y anteportada; y á medida que la obra se va vendiendo, el editor, por medio de vales, va pidiendo al autor las portadas que necesita, enviándoselas éste selladas ó rubricadas. El procedimiento es bueno, pero resulta algo molesto; no sirve para las publicaciones por entregas, es muy engorroso para las obras en varios tomos y obliga al autor á no ausentarse para no perder ocasiones de venta (1).

En 1896, la Asociación Literaria Internacional ha publicado un proyecto de contrato editorial, redactado por Pouillet, cuyo artículo 11, relativo á la intervención de las tiradas, dice así: «Si el tanto estipulado en beneficio del autor es pagadero por el número de ejemplares tirados, el editor deberá justificar la cifra efectiva de la tirada por medio de *una factura firmada por él y por el editor*; también deberá entregar otra factura

(1) La verdadera eficacia de este sistema consiste en la firma ó sello del autor, pues claro es que, sin ella, el editor podría perfectamente tirar todas las portadas que quisiera, sin riesgo ninguno, en su casa ó en otra casa cualquiera. Siendo esto así, ¿qué más da que sea el autor ó el editor quien conserve las portadas contraseñadas? El inconveniente de las ausencias del autor, de la apatía del editor para hacer el pedido de portadas oportunamente, y las molestias del ir y venir de los vales, se evitan teniendo la obra entera, con portadas y todo, en casa del editor. Así lo hago yo, sellando y rubricando las portadas y devolviéndolas en esta forma al editor, sin que jamás haya tenido motivo alguno de queja, á pesar de llevar algunos de mis libros cuatro copiosas ediciones. Este sistema, para obras en uno ó dos volúmenes, me parece el más práctico y eficaz.

del encuadernador.» Perfectamente; pero ¿y si el editor es impresor al mismo tiempo, como ocurre con frecuencia? ¿Dónde está la intervención? Y aun siendo distinto el impresor del editor, ¿quién garantiza la exactitud de las declaraciones del impresor, interesado en servir al editor, que le paga? La cuestión queda totalmente en pie, y esa garantía es ilusoria para el autor.

Lo mismo ocurre con el sistema ideado por Marco Mario, que ha propuesto se modifiquen las declaraciones de tirada prescritas por la ley de 1881, poniendo á la venta en las tiendas de papel timbrado hojas de declaración de tirada con timbre de 60 céntimos; el autor toma dos de estas hojas, inscribe en ellas la cifra de la tirada y las firma en unión del editor, una de las hojas ha de ser entregada por el editor al impresor, constituyendo el único *tirse* valedero, y la otra se remite al Ministro del Interior para que vigile las declaraciones y depósitos del impresor, el cual ha de certificar que ha hecho la tirada prevenida, siendo responsable de toda falta. Todo esto está muy bien; pero siempre se tropieza con la dificultad de que editor é impresor sean una sola persona ó se pongan de acuerdo, y con el no menos grave inconveniente de hacer intervenir al Estado en operaciones de esta índole.

Eugenio Chosson ha propuesto la aplicación de la legislación de las marcas de fábrica á la propiedad literaria y la adopción como marca de un timbre móvil especial que se colocaría en la primera página de cada volumen por el editor, inutilizándose con una contraseña por el autor; estos timbres los entregaría el sindicato de la propiedad literaria á los editores al precio de un céntimo á lo sumo, y los editores lo descontarían á los autores. La comprobación de las tiradas se haría abriendo el sindicato una cuenta á cada editor, y poniendo en el haber el precio de los timbres comprados y en el debe los timbres devueltos y los reembolsos hechos á los autores. El sistema, como se ve, es complicado, requiere la adopción de leyes especiales, implica un pequeño impuesto y ofrece otros inconvenientes no menos serios.

Enrique Nicot propone que se imprima en la primera página y á la cabeza de cada libro un número de orden, reproduciéndolo al pie de la misma página y estampando encima un timbre húmedo, cortándolo después en línea irregular con unas tijeras; de este modo, el autor conservaría en su poder un ángulo de la primera página de cada ejemplar con su número de orden correspondiente, y cada libro tendría en este talón su partida de bautismo. El procedimiento es eficacísimo sin duda, pero muy poco práctico y antiestético.

*
* *

EL ESCRITOR RUSO GARCHINE.—Usevolod Micaïlowitch Garchine nació en 1855, de una familia de militares, en una propiedad de su abuela, situada en la provincia de Ekaterinoslav, habiendo llegado á ser uno de los favoritos del público ruso al nivel de Puschkine y de Turgueneff, de Herzen y de Tchernichewski, y siendo, de toda la pléyade de escritores que se consagraron al estudio del pueblo el que, como dice Vera Starkoff en la *Revue des Revues*, lo amó más y mejor, de hecho y sin frases ni retóricas, consagrándole su inteligencia y sus gustos artísticos, su salud y el equilibrio de su ser moral, y por último su misma vida.

Su infancia fue triste y dolorosa, peregrinando de guarnición en guarnición, y asistiendo á las disputas de sus padres; apenas supo leer, su joven alma se refugió en la lectura de todos los grandes escritores, y no tardó en llamar la atención de sus maestros por la profundidad de sus juicios, lo rico de su erudición y lo fino de su penetración observadora.

A los diez y siete años, siendo estudiante, y á poco de haber escrito su composición sobre la muerte que tanto sorprendió á sus profesores, Garchine fue víctima del primer acceso de su locura, fruto de su exceso de trabajo intelectual. Por fortuna curó pronto y pudo terminar sus estudios en el Instituto y entrar en la Escuela de Minas, aunque él hubiera preferido ha-

cerse médico. Como sus inclinaciones le arrastraban, sin embargo, al cultivo de las bellas letras y de la pintura, hacía poco caso de sus estudios oficiales y consagraba su tiempo á la lectura de obras literarias, sin atreverse todavía á lanzarse en el mundo de las letras, afirmando su personalidad.

Cuando se declaró la guerra turco-servia, Garchine quiso alistarse en las filas servias como otros muchísimos, pero no pudo hacerlo por estar á punto de entrar en quintas; en cambio, apenas comenzó la guerra entre Turquía y Rusia, Garchine abandonó sus estudios y se presentó como voluntario. La guerra para él era una desgracia, una calamidad pública, una especie de calvario del que todos debían participar. No iba en busca de gloria ni empujado por el patriotismo, sino para «vivir la vida del soldado y ayudarle en la lucha», «para no quedarse allí con los brazos cruzados, mientras el soldado muere por nosotros». Garchine se consagró con plena abnegación altruista á sus compañeros de armas, y herido en la batalla de Aiaslar, bosquejó en el hospital de Biella sus *Cuatro días*, el episodio que más le había impresionado en la campaña y que constituye una de las más palpitantes narraciones que jamás se hayan escrito.

«Un hombre está tendido ante mí, muerto por mí. ¿Por qué lo he matado?

»¡Yace ahí, muerto, ensangrentado! ¿Por qué le ha arrojado aquí la suerte? ¿Quién es? Acaso tiene, como yo, una anciana madre. Ella estará sentada á la puerta de su choza mirando á lo lejos á ver si viene....

»¿Y yo? Yo también.... Hasta me cambiaría por él. ¡Qué feliz es! No oye nada, no siente el dolor de las heridas, ni la angustia mortal, ni la sed.... La bayoneta entró derecha en el corazón.... Ahí está en el uniforme el agujero negro, con sangre alrededor.... Y soy yo quien ha hecho eso.... Yo no lo he querido. Yo no quería mal á nadie cuando iba á batirme. No se me ocurría que yo había de matar á nadie. Me figuraba únicamente que iba á presentar mi pecho á las balas. Y he ido y lo he presentado.

»Y luego.... ¿qué? ¡Qué imbécil, qué imbécil soy! Y ese desgraciado fellah (pues lleva uniforme egipcio) es todavía menos culpable que yo. Antes de que los hubieran embanastado, como arenques en tonel, en un

navío para llevarlos á Constantinopla, jamás había él oído hablar de Rusia ni de Bulgaria. Le han mandado ir, y fué. Si no hubiera venido, le habrían apaleado, ó acaso algún pachá le hubiera metido una bala en el cuerpo.... ¿De qué es culpable?

»¿Y de qué soy culpable yo mismo, que le he matado? ¿Por qué me atormenta la sed? ¡La sed! ¡Quién sabe lo que significa esta palabra!.... Nunca he sentido lo que ahora.... ¡Ah, si viniese alguien!

»¡Dios mío! Sin duda tiene agua en su enorme bota.... Pero tengo que llegar hasta él.... ¡Cuánto trabajo me va á costar!.... Pero llegaré.

»Me arrastro.... Las piernas se arrastran y los débiles brazos apenas empujan al cuerpo. Hay hasta el cadáver dos toesas, pero para mí es más, mucho más y mucho peor que diez leguas. Hay que trepar. La garganta está seca, abrasa como la llama. Y luego se muere uno más pronto sin agua.... Sin embargo, acaso....

»Y me arrastro. Los piés se agarran á la tierra y cada movimiento me ocasiona un dolor intolerable. Grito, grito sollozando y sigo arrastrándome. En fin.... ya estoy. He ahí la bota.... tiene agua y en gran cantidad. Parece que está más que á medias de llena. ¡Oh! El agua me bastará.... hasta que me muera.

»¡Tú me salvas, víctima mía!.... Me puse á desatar la bota apoyándome en un codo, y de pronto, perdiendo el equilibrio, caí sobre el pecho de mi salvador. De él emanaba ya fuerte olor á cadáver.

»No tenía ya rostro. Sólo habían quedado los huesos. La horrible mueca huesosa, la mueca eterna me pareció más repugnante, más espantosa que nunca. Aquel esqueleto de uniforme me dió escalofríos. ¡Es la guerra! pensaba. ¡He ahí su imagen!»

Los *Cuatro días*, publicados en los *Anales de la patria*, dieron á Garchine gran reputación, y fueron seguidos de *El cobarde*, nueva protesta contra la guerra. Promovido al grado de oficial y curado de sus heridas, Garchine abandona la vida militar y vuelve á sus estudios inscribiéndose en la Facultad de Letras, y siendo en la Universidad el alma de la juventud de su tiempo, reflejada en *Los pintores*, obra vivida como todas las suyas, pues Garchine entraba de tal modo en la piel de sus personajes, que sufría como ellos, y como ellos reía y lloraba cuando escribía las palpitantes escenas de sus novelas.

Sus obras más notables, además de sus relatos militares, son: *Nadejda Nicolaievna*, *El oficial y el ordenanza*, las *Memorias del soldado Ivanoff*, *Atalia princeps* y *La flor roja*.

Atormentado por el por qué de los actos humanos; deseoso de aniquilar el mal en la tierra, predicando por los campos la insurrección contra la guerra, Garchine fue acometido de otro acceso de locura que obligó á su familia á encerrarle en un manicomio. Curado por segunda vez, se casó con una doctora en medicina que supo dominarle y quererle, pero que no pudo librarle de una caída mortal que se dió en una escalera en su tercer ataque de locura, y que le llevó al sepulcro el 24 de Marzo de 1888.

ENSEÑANZA Y EDUCACIÓN

LA PRIMERA ESCUELA DEL PERIODISMO.—En Noviembre próximo, en el Colegio libre de Ciencias sociales de París, se abrirá al público la primera escuela, seriamente organizada, de periodismo, estando ya abierta la matrícula para que puedan inscribirse como alumnos cuantos periodistas de profesión, aspirantes ó aficionados quieran recibir la instrucción especial que ha de dar la escuela.

La idea es antigua, y yo mismo, en 1887, tuve en Salamanca abierto un curso de periodismo, cuyo programa no difería mucho del que acaba de adoptarse en París, aunque sin los poderosos medios de acción, recursos y elementos de que la recién creada escuela puede disponer.

El periodismo—como dice la *Revue des Revues*, cuyo artículo extractamos—es hoy una profesión, aunque quizá no debiera serlo, conviniendo, por consiguiente, al aspirante á periodista prepararse para el ejercicio de esa profesión por la misma razón que se preparan los que aspiran á ejercer la abogacía ó el profesorado, la ingeniería ó la farmacia. De esta consideración y de la necesidad para el periodista de tener clara noción de sus deberes y de sus derechos, dado el enorme poder social de la prensa, nace el doble carácter que ha de revestir la instrucción del periodista: 1.º Con la enseñanza

puramente profesional y práctica. 2.º Con la enseñanza de la Historia y del Derecho.

La idea de organizar una escuela de periodismo estaba en el aire, y dió un paso decisivo hacia su realización en el Congreso de la Prensa, de 1898, en Lisboa, gracias á la iniciativa del malogrado Alberto Bataille, secundada con entusiasmo por Périvier, el director del *Figaro*. «Con el perfeccionamiento de las máquinas de imprenta, del telégrafo y del teléfono—decía Bataille en su informe—se ha operado en la Prensa una transformación: la polémica ha quedado relegada al segundo término y la información ha pasado al primero. El día en que esa transformación se ha verificado, el periodismo se ha convertido en una carrera. Es preciso que deje de decirse que nuestra profesión recluta sus adeptos entre los desahauciados de toda carrera; para llegar al reclutamiento regular, á la renovación normal del personal de la Prensa, fuerza es organizar los cuadros de reserva, y hacer menos penosos los años de aprendizaje á los jóvenes que se sienten con vocación; y para eso es necesario que la educación general del periodista se complete con la educación profesional.»

Este pensamiento de organización de la educación periodística había surgido á la vez en diferentes puntos, habiéndose creado aisladamente varios cursos de periodismo, uno en Alemania y cuatro ó cinco en los Estados-Unidos, sin contar el mío en Salamanca; el de Alemania, en Heidelberg, está dirigido por el profesor Adolfo Koch y cuenta con 150 alumnos, procedentes casi todos de las diversas facultades universitarias; los americanos han sido instituídos por las Universidades de Chicago, Nebraska, la Carolina y Pensilvania, siendo este último el más notable de todos, y versando sobre las materias siguientes, todas á cargo del infatigable J. F. Johnson: 1.º Historia del desarrollo de la Prensa, especialmente en el último medio siglo; comparación de los periódicos americanos con los extranjeros, deberes del periodista, situación del periodista frente á los hombres políticos y autoridades ci-

viles y eclesiásticas; estudio de los anuncios y de la administración. 2.º Legislación de la Prensa. 3.º Ejercicios prácticos, información y reseñas. 4.º Ejercicios de crónica, artística ó literaria, y artículos destinados á Revistas. 5.º Constitución de los diferentes Estados; nociones de Economía política y social.

Todos estos ensayos, si han probado la necesidad de instituir una Escuela de periodismo, no prueban menos que esa Escuela no existe todavía. El proyecto de Alberto Bataille, en cambio, era demasiado completo, abarcando, además de las materias necesarias á la instrucción profesional del periodista, una serie de «cursos anejos» á cargo de catedráticos de Institutos ó Universidades, sobre las lenguas extranjeras, la historia del arte, la Economía política, la historia del progreso de las ciencias, la historia del teatro contemporáneo, y otros muchos asuntos más, que habían de ser objeto de otros tantos cursos especiales ó series de conferencias. Este proyecto era demasiado vasto y ofrecía serias dificultades de realización. ¿Había de admitirse á todo el que se presentara? ¿Cómo obtener el *mínimum* de conocimientos generales? ¿Cómo contrastar la moralidad? ¿Se exigiría un examen de admisión y un certificado de buena conducta? Dado el hecho innegable de que el periodista nace y no se hace, ¿cómo pulir á los que tienen el *don* ó la *gracia* de periodistas sin rudimentos de cultura alguna?

La creación de la nueva Escuela, independiente, pero asociada al mismo tiempo al Colegio de Ciencias sociales, ha simplificado mucho la solución del problema. Mediante el pago de un derecho de inscripción de diez francos, podrán matricularse en la Escuela cuantos lo deseen, y seguramente la Escuela reclutará, en primer término, su personal docente entre los asistentes al Colegio, procedentes casi todos de las Facultades universitarias; los periodistas *de nacimiento* serán también admitidos, y si realmente tienen el *don*, allí probarán su aptitud y su laboriosidad, y convertirán ese *don*, que por sí

solo es un tesoro estéril, en riqueza positiva y fecunda. Cuando tantos exámenes se requieren para formar un veterinario, y cuando hasta los cocheros de alquiler tienen que sujetarse á una instrucción profesional, á nadie puede parecer excesivo que se abra una enseñanza especial para los obreros destinados á la misión augusta de dirigir la opinión pública.

He aquí el programa de estudios de la nueva Escuela, cuyas clases comenzarán el día 6 del próximo Noviembre, y en el que, por ahora, se ha prescindido de todo cuanto se refiere á la administración de los periódicos:

I. *Curso profesional de redacción: Profesor, Enrique Fouquier, periodista.*—1.º Papel de la Prensa en nuestra época. Su porvenir. Su misión. Sus deberes.—2.º Aptitud y preparación para el periodismo.—3.º Conocimientos generales necesarios á los periodistas.—4.º Temas técnicos. Cómo se hace un periódico, un artículo de fondo, una crónica, un eco, una correspondencia, una reseña teatral, literaria, parlamentaria, judicial, etc.—5.º Conocimientos comunes á los periodistas que hacen el cuerpo del periódico, y á los especialistas (revisteros científicos, artísticos, militares, de *sports*, de salones, etc.)—6.º Reporterismo. Cómo se llega á ser reporter. Aptitudes naturales. Aptitudes que hay que adquirir. Conocimientos necesarios. El oficio de reporter. El honor profesional. Ejemplos y anécdotas.—A los alumnos de este curso se les exigirán composiciones escritas, trabajos de redacción, ejercicios de información, etc. Se encargarán conferencias particulares, sobre determinados puntos del programa, á especialistas reputados.

II. *Historia de la Prensa: Profesor principal, J. Cornély, periodista.*—1.º Introducción á la historia de la Prensa.—2.º Clasificación del curso.—3.º Biografías de los grandes periodistas.—4.º Monografías de los grandes periódicos.—A este curso irán anejas una serie de conferencias especiales.

III. *Legislación de la Prensa: Profesor, Cruppi, diputado.*—1.º Evolución histórica en Francia.—2.º Legislación com-

parada.—3.º El derecho de la Prensa en Inglaterra.—4.º La ley de 29 de Julio de 1881.—5.º Proyectos y reformas.

IV. *Historia contemporánea desde el punto de vista del periodismo político: Profesor, Carlos Seignobos, Catedrático de la Facultad de Letras de París.*—La vida política contemporánea en el extranjero.—Descripción de las Constituciones y de los Gobiernos.—Estado actual de los partidos.—Terminología política en los principales Estados civilizados.

V. *Cursos prácticos.*—Impresión, composición, tirada.—Visitas y trabajos en los talleres del *Figaro*.

CUESTIONES RELIGIOSAS

EL CATOLICISMO EN INGLATERRA.—¿Se hará católica Inglaterra? Esta es la pregunta que hace Ricardo Bagot en la *Nuova Antologia*, de Roma, no siendo menos interesante el trabajo de P. Berger sobre un tema análogo en la *Revue des Revues*. Aunque las conclusiones de uno y otro articulista vienen á coincidir en cierto modo en el fondo, no deja de chocar, sin embargo, que Bagot, inglés que se declara católico, afirme que jamás Inglaterra se hará católica, mientras que Berger, que no puede ocultar sus simpatías por el anglicanismo, descubre á las claras sus temores de que la propaganda católica pueda dar en Inglaterra sus naturales frutos.

Los hechos, que son los que deben tenerse en cuenta en primer término para mejor apreciar la situación, revelan que Inglaterra está atravesando por una honda crisis religiosa. El anglicanismo, por su propia naturaleza, es esencialmente inestable: como Iglesia, tiene que reconocer el principio de autoridad, la jerarquía y las tradiciones que mantienen su unidad; como protestante, tiene que respetar la libertad individual de interpretación, abriendo la puerta á los ataques contra la autoridad, la jerarquía y las tradiciones; de aquí las excisiones á que desde su origen ha estado sometido. Unos, llevando á

los últimos límites el principio de autoridad y de organización, no lo han encontrado plenamente realizado más que en la Iglesia romana y han pasado á ella, lo cual ha ocurrido principalmente con las altas dignidades del anglicanismo, como los Cardenales Newmann y Manning; otros, sobre todo los laicos y los humildes, han rechazado toda autoridad, no admitiendo entre ellos y Dios intermediario alguno, y han fundado la multitud de sectas no conformistas que hoy existen en número de 290 y que cuentan entre todas más adeptos que la misma iglesia nacional.

Esta doble y opuesta tendencia lo explica todo. El clero, atraído por la pompa y la poesía del culto católico, tan admirablemente expuesta en *El Genio del Cristianismo*, de Chateaubriand, ha visto formarse en su seno un partido que ha trasladado al culto anglicano muchas de las ceremonias, ritos y dogmas del católico, faltándole sólo reconocer la autoridad del Papa para poder figurar entre los ortodoxos. Ese partido es el de la alta Iglesia, de donde ha salido el movimiento conocido con el nombre de *Oxford Movement* ó Renacimiento del Catolicismo. La más importante de las Sociedades que este movimiento ha producido es la *English Church Union* (Unión de la Iglesia inglesa), la cual, admitiendo en apariencia los 39 artículos de la fe anglicana y el libro oficial de oraciones de la misma Iglesia, ha introducido casi todas las ceremonias y dogmas suprimidos por la Reforma: la confesión, siquiera sea voluntaria, exigiéndola á veces para la comunión; las vestiduras sacerdotales, con sus cambios de colores rituales; el incienso y el agua bendita, y hasta las imágenes de la Virgen y de los santos, llamando también *misa* al servicio de la comunión; todo esto es católico, fuera del nombre, y con estas prácticas y el gran desarrollo que iban adquiriendo, la transición al catolicismo ortodoxo era tan suave, que el menor suceso podía dar por resultado el ingreso en la Iglesia católica de centenares de miles de fieles.

Un tal Kensit, librero obscuro de Londres, dió la voz de

alerta contra estas prácticas, en Enero de 1898, denunciándolas al Obispo de Londres. «Nuestro párroco—decía—es miembro de la Unión de la Iglesia inglesa, y lleva, como otros muchos de nuestra parroquia, vestidos babilónicos, convirtiendo en casa de misa nuestra iglesia protestante; entre los ídolos que han puesto en la iglesia, hay tres grandes Crucifijos y una imagen llamada la Virgen y el Niño, ante la cual hemos visto encendidos 18 cirios, estando la iglesia provista de vasos llamados de agua bendita; al principio del oficio, el cura rocía á los asistentes con agua bendita, luego llena la iglesia de incienso, consagra una hostia, la eleva y se prosterna ante ella..... Pedimos respetuosamente que se expulse á ese cura y que se limpie la iglesia de todos los ídolos y demás monumentos de la superstición papista y pagana.»

El Obispo de Londres contestó desdeñosamente al día siguiente, y en seguida Kensit replicó en términos vivos y enérgicos, intimándole que cumpliera su deber, á lo que el Obispo tuvo que ceder para evitar un escándalo. Kensit entonces prosiguió su campaña, y tal ruido hizo, y tanto se movió, que la opinión se alarmó, se celebraron *meetings* y manifestaciones tumultuosas, los ánimos se enardecieron, las distancias aumentaron, entre los ritualistas se habló ya de hacer declaraciones expresas de catolicismo, y hasta William Harcourt, jefe del partido liberal, tomó parte en la contienda, publicando en el *Times* una serie de cartas contra los «traidores» y contra los ritualistas, y protestando contra la apatía de los Obispos. En el Congreso anual de la Iglesia, en Bradford, los Obispos cambiaron impresiones, y como consecuencia de este Congreso y de la conferencia general del alto clero inglés, el Primado de la Iglesia anglicana, el Arzobispo de Cantorbery, publicó en Octubre sus solemnes declaraciones, fijando el dogma y los ritos sobre los diversos puntos controvertidos.

La agitación, calmada al pronto con estas declaraciones, no tardó en volver á empezar, planteándose la cuestión en otro terreno: el del cumplimiento de los mandatos de los Obispos

por el clero. Una cosa, en efecto, es declarar que no es lícito el uso del incienso ó la exposición de las imágenes, y otra impedir el hecho mismo de usar el incienso ó de poner un cuadro en una iglesia. Muchos párrocos obedecieron al Primado, pero otros se resistieron, y no pocos se negaron resueltamente á cumplir sus órdenes. «Mi conciencia — declaraba uno — me dice que celebre los ritos católicos, y quisiera ver quién es el que puede impedirme hacer lo que creo justo.» «La obediencia canónica — declaró una asamblea de eclesiásticos—es la obediencia á los cánones y á los Obispos, cuando éstos mandan obedecer los cánones; el deber del clero para con la Iglesia católica-universal, es desobedecer toda orden contraria á los usos de esta Iglesia; la veneración de la hostia y el uso del incienso son prácticas laudables que la Iglesia de Cristo no debe abandonar.»

Las órdenes de los Obispos han sido desobedecidas, y el número de confesiones obligatorias aumenta, sin que los Prelados se atrevan á castigar estas desobediencias. ¿Por qué no lo hacen? Porque dicen que esos sacerdotes son personas excelentes, piadosas y sinceras. Pero esto realmente no es una razón, y como dice W. Harcourt, nadie se opone á que esos sacerdotes se declaren católicos, sino á que siéndolo, continúen recibiendo emolumentos de la Iglesia anglicana. «Si los Obispos — dice el estadista inglés — no derriban el confesonario, el confesonario derribará á los obispos.» La cuestión ha sido tratada en el Parlamento, y los Obispos de Winchester y Londres han explicado la conducta de las autoridades eclesiásticas, mostrando su deseo de agotar todos los medios de persuasión con los ritualistas, antes de apelar á medidas violentas, y prometiendo el Primado de Cantorbery solemnemente contener toda irregularidad. La agitación continúa, y no es fácil prever el resultado.

¿Qué efectos produce esta contienda en el desarrollo del catolicismo en Inglaterra? Muchos y grandes, diga lo que quiera Bagot, cuyo catolicismo declarado no deja de pare-

cer un tanto sospechoso. Por de pronto, es indudable que esa gran corriente de disgregación de los ritualistas empuja á una gran masa de creyentes hacia el catolicismo, siendo tan suave la transición, que el menor acontecimiento puede determinar el ingreso en la Iglesia católica de todos los ritualistas. Aparte de esto, las conversiones al catolicismo tienen forzosamente que aumentar en sumo grado por consecuencia de ese mismo movimiento, y la prueba de que es así, la suministra el mismo Bagot, reconociendo que la población católica ortodoxa de la Gran Bretaña (sin Irlanda), no baja hoy de unos 2.200.000 almas, siendo el partido católico «el que más se distingue por la actividad de su propaganda, por el entusiasmo y celo de su clero, y por la munificencia de sus seculares al ayudar con su dinero á toda obra que pueda promover los intereses de la fe». «El laicato católico — añade Bagot — po- brísimo en comparación del protestante, ofrece ejemplo espléndido de generosidad y de caridad verdaderamente extraordinaria, y no creo que en ningún país católico pueda encontrarse un clero tan digno de respeto y admiración como el católico-romano de la Gran Bretaña.»

No puede desconocerse la importancia de los argumentos de Bagot para afirmar que Inglaterra no será nunca católica: las conversiones se verifican principalmente entre gente vieja, y de los matrimonios celebrados, sólo el 4'20 por 100 se llevan á cabo conforme al rito romano, lo cual en efecto implica que la creación de familias católicas no hace grandes progresos; pero, aparte de que la estadística á que estos datos se refieren es algo atrasada (1894), no hay que perder de vista lo que la corriente actual del ritualismo puede producir, mucho más si la lucha se encona y el episcopado anglicano adopta medidas violentas que empujen á los ritualistas á dar el paso decisivo.

En cuanto á la hostilidad tradicional de los ingleses contra el Papado por el papel que éste ha representado en la historia internacional, que es otro de los argumentos de Bagot, el mismo Bagot declara que no tiene ya fundamento desde el instan-

te en que el Papado ha perdido su soberanía temporal y los medios con ella de aparecer como un poder cuyos intereses fueran hostiles á los de Inglaterra. El hecho de la agitación existente, la violencia de los ataques de todo un jefe de partido como William Harcourt y las vacilaciones del episcopado anglicano, son la mejor prueba de lo vigoroso de la corriente que impulsa á Inglaterra á volver á su antigua fe, sin que por esto pretendamos afirmar que en determinado plazo Inglaterra se haga católica.

SOCIOLOGIA

LA MODERNA UTOPIA: ENSAYO DE CIUDAD COMUNISTA.—Un periódico socialista, *The Comming Nation*, que empezó á publicarse á fines de Abril de 1893, deseoso de demostrar prácticamente la posibilidad de una organización comunista de la sociedad, planteó la cuestión á sus suscritores, ofreciéndoles, si subía la tirada á 100.000 ejemplares (lo que daría 125.000 francos de ganancia) destinar el sobrante de los gastos á la compra de terrenos, que serían del dominio común de todos los suscritores. Cuando los obreros hubieran edificado sus propias moradas y los talleres y oficinas de la *Comming Nation*, este periódico se establecería allí, formando el nucleo de la nueva colonia y destinándose al fondo común todos sus beneficios. El material sería propiedad de todo el pueblo y las mercancías se venderían al precio de coste, más el salario del almacenista.

La excitación produjo efecto, y al año siguiente compró la *Comming Nation* mil acres de terreno en el Tennessee, publicando el llamamiento á los nuevos pobladores. El primero que acudió fue un tal Lonsbury, socialista convencido, que al llegar allí el 19 de Junio de 1894 debió sentir—como dice la *Revue Bleue*—muchísimas ganas de volverse á vivir bajo el «infame» régimen capitalista. Allí no había más que una hon-

donada salvaje llena de arbustos y matorrales sin una gota de agua. Lonsbury se pasaba el tiempo mirando al horizonte, y el 1.º de Julio la población naciente se componía de un carpintero, un maquinista, un peluquero, un zapatero, un panadero, un claverero, un carnicero, un tendero, un herrero y un labrador.

Había que hacer un pozo y construir habitaciones; todos se pusieron á la obra y el 11 de Agosto quedó instalada la *Comming Nation* en su nuevo local. En seguida se pusieron á trabajar para labrar la tierra; pero cuando los trabajos iban ya bastante adelantados, se convencieron todos de que estaba muy mal elegido el emplazamiento, y se trasladaron junto al Yellow Creck Valley, á una propiedad agrícola de 384 acres, donde se estableció el nuevo pueblo con el nombre de Ruskin, que desde entonces vive y prospera grandemente.

A cada miembro de la ciudad socialista se le garantiza el trabajo mientras está válido y la asistencia y cuidados cuando cae enfermo. Se le da una casa y un lote de terreno libres de toda carga, pues estas son satisfechas por la comunidad, la cual paga también su alimentación, su vestido, su lavado y la instrucción de sus hijos, no teniendo cada colono á su cargo más que su mobiliario y los vestidos de su familia.

A las cinco de la mañana, el silbato de vapor de la imprenta despierta á los ruskinios, y á las seis les llama para el desayuno, que se hace en común, como todas las comidas. A las siete otro nuevo silbido anuncia el comienzo de los trabajos del día. Cada cual se entrega á sus ocupaciones, y de doce á una se verifica la comida principal, modesta, pero hecha con manjares sanos y bien preparados. Se continúa luego trabajando, y á las cinco de la tarde suena por última vez el silbato anunciando que cada cual queda libre para hacer lo que quiera: leer, jugar, pasear, etc., siempre que no moleste á nadie ni perjudique moral ni materialmente á la Sociedad.

Como en Ruskin es gratuito casi todo, no hace apenas falta el numerario; pero se ha establecido una especie de mo-

neda en forma de talones ó cupones que representan una hora de trabajo. Esto permite á los obreros comprar en el almacén los objetos accesorios que necesitan: una libra de té vale once horas de trabajo; una libra de café, siete; un par de zapatos, setenta; un sombrero de paja, quince; un galón de petróleo, seis y media; etc. Como toda labor se estima del mismo modo, lo mismo se paga la hora de trabajo del presidente de la Comunidad que la de cualquier obrero, y lo mismo la del profesor de ciencias que la del hortelano, pues todas están representadas por el mismo cheque.

El domingo es día de descanso completo. En Ruskin no hay iglesias, pero cada cual puede ir á la ciudad más próxima y asistir á los ejercicios de su culto; con esto se evitan las controversias religiosas, que están prohibidas en Ruskin, lo mismo que las políticas, por constituir el más peligroso fermento de discordia.

Ruskin ha llegado á tal grado de desarrollo, que cuenta ya con una Universidad, constituyendo la instrucción, en todos sus grados, uno de los objetos más solícitamente atendidos por los ruskinios, y figurando entre los hombres más distinguidos de la colonia, al nivel del plantador de nabos, el profesor de estética, Broome, nombrado delegado de la Exposición de París de 1900.

La existencia en Ruskin no tiene nada de aburrida. Allí no se ve ni un café ni una taberna, pero se oyen hermosos conciertos organizados por la Liga del Progreso, se asiste á representaciones dramáticas dadas por una compañía de aficionados bastante aceptable, y se cuenta con una biblioteca regular, que crece de día en día, y que es bastante concurrida.

Y no se crea que se puede cualquiera hacer ruskinio de cualquier modo. Para ser admitido en la Comunidad hay que solicitarlo y contestar á un cuestionario de cuarenta preguntas, entre las que figuran las siguientes: ¿Está usted dispuesto á ejecutar lo que se le mande si no hay nada que hacer en el oficio que usted ha elegido? ¿Cree usted que cada cual debe

recibir el mismo salario por el mismo número de horas de trabajo, si consagra á ese trabajo todos sus esfuerzos? ¿Qué libros ha leído usted sobre el problema socialista? ¿Qué entiende usted por socialismo, por comunismo y por competencia? ¿Qué se propone usted al pedir ser admitido en la Comunidad? ¿Cuánto tiempo hace que tiene usted intención de adoptar la vida cooperativa?» etc.

Contestado este cuestionario, se fija en el tablón de las publicaciones, desde el lunes hasta el sábado, para que todos puedan enterarse. El sábado se procede al escrutinio durante dos horas, y si el aspirante obtiene los dos tercios del número de votos emitidos, se le nombra miembro de la Comunidad, á condición de pagar 2.500 francos por su parte de accionista. Si alguna vez se cansa ó no le conviene seguir aquel género de vida, la Sociedad le reembolsa su dinero, y puede marcharse donde quiera.

*
* *

PSICOLOGÍA DE LAS MANIFESTACIONES POPULARES.— Con el expresivo título de *Psicología de las manifestaciones parisien-*ses, dedica Pablo Pottier, en la *Revue des Revues*, un artículo á este interesante asunto, haciendo revelaciones muy curiosas que, aunque sólo se refieren á París, pueden perfectamente aplicarse á otros países, porque, *mutatis mutandis*, en todas partes cuecen habas.

Nuestra época, dice Pottier, representa la obra de una sabia sofisticación; la manteca, el vino y los sentimientos, todo se falsifica. Ya no existen las generosas violencias que empujaron al pueblo al asalto de la Bastilla, y sólo se inflama la multitud con palabras sonoras y huecas como tambores, habiendo destruído el entusiasmo y la fe en todo ideal la plaga de escepticismo que nos devora.

La simplonería es el corolario del escepticismo, porque cuando la multitud no cree ya en nada grande ni noble, es

cuando otorga pueril credulidad á todas las tonterías que le sueltan, con la mayor frescura, los sacamuelas del mercado y de la tribuna, dándole guisada y masticada una opinión que pueda tragar sin dificultad. Los historiadores futuros que pretendan juzgar los hechos por los tumultos de la calle, corren grave riesgo de equivocarse: las manifestaciones se preparan como se prepara una representación teatral, y en unas y otras hay jefes de alabarderos que sacuden la inercia de los tontos, haciéndoles gritar, y gacetilleros que al día siguiente dan cuenta, con todo linaje de detalles, de «la imponente manifestación que ayer se llevó á cabo».

La base de fermentación de las multitudes es el entusiasmo del *golfo*, comprado á tanto por día ó por hora. El golfo es el que une el tropel de los tontos con la pequeña falange de los convencidos, determinando el éxito de las manifestaciones. Pero como la buena voluntad de los golfos necesita ser guiada, esos hombres tienen un jefe que no sólo es el que dirige á los gritadores, sino que es el que organiza la manifestación, elige los más á propósito de sus subordinados para el efecto que quiere producir y les distribuye los papeles. Entre estos jefes hay que señalar en primera línea al rey de los golfos, Napoleón Hayard, un verdadero personaje que hasta tiene sus puntas y ribetes de escritor, habiendo publicado algunos folletos, entre los que merece especial mención el titulado *¿Por qué las mujeres del gran mundo tienen sucias las rodillas?*

Hayard ha empezado por ser golfo, pero ha sabido elevarse hasta su actual posición: su escepticismo es altamente práctico: ha sido tantas cosas, ha visto tantas otras, que se ríe de todo sistema político. Como contratista de manifestaciones es un prodigio: con tal de que se le prevenga con dos horas de anticipación, se puede contar con 200 hombres dispuestos á gritar lo que se les mande. Los precios son variables, siendo el más corriente de 4 á 5 francos por cabeza; también es muy usual dar á cada golfo 2 francos y *el papel*. El papel es el periódico que han de vender antes ó después de la manifesta-

ción; este periódico se les suele dar á 2 francos ó 2'50 el 100, y á veces hasta gratis; como ellos los venden después á 5 céntimos ejemplar, les queda una buena ganancia.

Hayard es hombre formal y sabe cumplir sus compromisos. Hace algún tiempo *La Libre Parole* le encargó cien hombres escogidos y casi al mismo tiempo recibió aviso de *L'Aurore* para que le proporcionara otros ciento. ¿Qué hizo Hayard? Tomó sólo cien hombres, pero la flor y nata de la golfería, y después de enseñarles la lección, los lanzó á la calle; los cien hombres gritaban primero: «¡Viva Drummond!», andaban trescientos pasos y gritaban después: «¡Abajo Drummond!» y así todo el mundo quedaba satisfecho.

Otro de los papeles que desempeña Hayard es el de interruptor en las reuniones públicas; cuando un candidato no quiere que los electores oigan el discurso de uno de sus competidores, procura suscitar un tumulto por medio de una interrupción violenta; Hayard, que es una especialidad en el género, escucha con atención, espía la frase que ha de provocar su cólera, y en el momento crítico suelta un enérgico «¡Mentira!» seguido de un tremendo grito de «¡Traidor; ¡Vendido!» Hayard, rodeado de unos cuantos amigos, se ve increpado y amenazado y contesta y amenaza á su vez; se levantan los puños, suenan un par de bofetadas, se arma el tumulto, interviene la policía, se evacua la sala y... ¡aquí da fin el sainete!

Hayard no sólo trabaja en París, sino que se encarga también de organizar las manifestaciones en provincias, donde el trabajo luce más por ser mayor el número de incautos que caen en la red y se dejan entusiasmar. El bulangerismo utilizó en gran escala las fuerzas de Hayard, y elevó la golfería á la altura de una institución. Gracias á un batallón sagrado de 300 golfos escogidos, se organizaron jornadas que con un poco más de decisión en el mando, hubieran llegado á ser históricas; trescientos hombres, ni más ni menos; con eso se hicieron operaciones como la de la estación de Lyon, famosa en los fastos del bulangerismo: doce piquetes de 24 hombres man-

dados por un jefe, cada hombre 2 francos, cada jefe 4 francos, y el contratista general 20 francos, total 644 francos, y con un franco más por hombre si había que reñir, 944 francos. ¡Decir que con 944 francos podía ensayarse una revolución!

Paulus, uno de los competidores y subordinados de Hayard, recuerda siempre con orgullo aquellas memorables jornadas de los tiempos del bravo general. «¡Cómo! ¿No sabíais eso?—dice.—Pues mirad: yo hacía de hijo de unas pobres gentes en la campaña electoral del Somme; según las circunscripciones y cuando el coche del general estaba rodeado por la multitud, yo subía en el estribo; el general mandaba detener el carruaje, me acariciaba encargándome dijera á mis padres que no desesperasen, que pronto iría todo mejor, y luego me abrazaba en medio de aplausos frenéticos; el efecto era siempre grande, y había personas que lloraban.» Aquella campaña fue carísima, pues no costó al partido del general menos de 300.000 francos.

Napoleón Hayard es un tipo de cuidado, y los gobiernos, que saben que está en su mano el aplauso ó el silbido, le guardan consideraciones y hasta han llegado á ofrecerle un puesto en la policía; pero Hayard lo ha rechazado con desdén: «No como yo de ese pan—dijo;—nuestra pobre Francia tiene funcionarios de sobra para tomarme á mí á su cargo; nuestro primer deber de patriotismo consiste en no comer del pesebre del presupuesto.» Es todo un hombre Hayard, y en los tiempos que corren, si á los golfos se les ocurriera la broma de ponerse á gritar: «¡viva Hayard!» en un largo recorrido, tendría el rey de la golfería no pocas probabilidades de ceñir una corona que asegurara el triunfo de la simplonería; pero un hombre que se niega á comer del presupuesto es incapaz de aceptar un trono.

Para arrastrar á los tontos á una manifestación popular se necesitan dos elementos: el cebo del golfo gritador y el del buen tiempo. El burgués que se encuentra con una hermosa tarde y que no sabe donde ir, va á ver la manifestación; no

lleva intención de gritar ni de silbar, pero quiere ver lo que pasa para contar después que él lo ha visto. Se coloca al borde de la acera y espera con más ó menos impaciencia; al fin se siente el barullo y llega la manifestación; el pobre hombre mira y escucha; oye algo que le agrada, siente removerse algo en su alma y la embriaguez del tumulto le invade; á su lado pasa un golfo y el burgués dice para sí: «Este honrado obrero no teme dar á conocer su opinión, y yo, que pertenezco á una clase más elevada é independiente, he de tener menos valor; eso no puede ser; yo estoy con los pobres obreros.» Y el pez cae, y la manifestación va engrosando con los pobres diablos que va pescando de este modo en su camino. Se calcula que cada golfo, cuya primera cualidad es la de que tenga cara simpática y mirada franca, pesca, por término medio, unos veinte infelices inocentes que se fían de las palabras que oyen; y así se comprende que con cien buenos golfos pueda organizarse una «imponente manifestación» que cueste de 200 á 500 francos. Y no se crea que los así pescados pertenecen á las clases bajas, pues son casi todos hombres de cierta cultura, que se dejan llevar de la nobleza de sus sentimientos, figurando siempre entre los inocentes gran número de mujeres que generalmente se exaltan y gritan más que los hombres, aunque casi siempre se quedan atrás, constituyendo núcleos de manifestación rezagada ó parada. Fiadas en el respeto á su sexo, son más audaces que los hombres é insultan á los agentes con los más injuriosos epítetos. La policía suele no hacerles caso, contando con su volubilidad y sabiendo que su gritería son puros fuegos artificiales.

No ha sido, sin embargo, la tercera República la inventora de la fabricación de entusiasmo. Todo el mundo conoce la famosa manifestación de las *Blusas blancas*, siniestra mixtificación arreglada por el Gobierno imperial. El entusiasmo en torno de Napoleón III fue siempre cuidadosamente caldeado por sus Gobiernos; y en sus viajes por provincias, jamás estrechó el aclamado Emperador otras manos que las de los agen-

tes de seguridad, disfrazados de ciudadanos entusiastas del país recorrido. El uso de estas falsificaciones es antiquísimo, siendo bien conocida la existencia de los *alabarderos* de Nerón.

Nada más aterrador que el misterio. Desde el momento en que se descorre el velo y se ve la maquinaria, el temor desaparece. Hoy sabe ya todo el mundo á qué atenerse en materia de manifestaciones populares, y cada vez van siendo menos los inocentes que caen en la red.

IMPRESIONES Y NOTAS

CÓMO DEBE COMERSE LA CARNE.—¿Se debe comer la carne casi cruda, echando sangre, al gusto de los anglosajones, ó es preferible comerla bien cocida, frita ó asada? Tal es la interesante cuestión que plantea la *Revue Universelle* y reproduce *La Naturaleza*.

Hace unos treinta años, ciertos médicos, higienistas y aficionados, dieron en asegurar que nada es tan favorable á la salud como comer la carne ensangrentada, medio cruda, afirmando que con tal sistema se curaban los tísicos y se devolvían sus fuerzas á los anémicos. Como esta teoría era tan del agrado de cocineros y fondistas, todos se convirtieron en apóstoles de aquel nuevo evangelio gastronómico, predicando las excelencias de la carne cruda y lo inútil y nocivo de la cocción, poniendo de moda los sangrientos *bistecks* y los no menos ensangrentados *rosbiks* que sirven de base obligada á la cocina moderna en todo almuerzo de fonda.

Es peligroso comer carne cruda. Así lo declaran la *Revue Universelle* y *La Naturaleza*, fundadas en los estudios del doctor Vallín y en los análisis del Dr. Fiore. Este último higienista, del Instituto de Higiene de Palermo, ha cocido innumerables trozos de carne, y ha evaluado su temperatura interior, mechándolos con barritas metálicas fusibles. Los experimentos hechos con estos trozos de carne, en muchos de los

cuales existían microbios y bacilos, criados exprofeso para los estudios del Dr. Fiore, han dado el resultado siguiente:

La ebullición prolongada de la carne es el mejor medio de destrucción completa de los gérmenes patológicos que contiene, sean esporas ó bacilos. En los filetes delgados, asados al fuego, como en los trozos gruesos asados en el horno, el calor no basta á destruir las esporas, aunque cuando el fuego se prolonga, puede destruir los bacilos. El asado á la parrilla no ejerce la menor influencia, ni sobre las esporas ni sobre los bacilos.

La conclusión que de estos experimentos y resultados se desprende, es la de que las carnes mal cocidas no son ni más alimenticias ni más fáciles de digerir que las bien guisadas, encerrando, en cambio, toda clase de peligros para la alimentación.

*
* *

LOS TRAPEROS DE PARÍS.— Los productos recogidos diariamente por los traperos y basureros en las calles de París, valen, según la *Technologie Sanitaire*, cien mil francos, importando al año la respetable suma de 36 millones y medio de francos, que dan de comer á un ejército de treinta mil traperos.

La tercera parte de la indicada suma, unos doce millones, la produce exclusivamente la venta de los trapos, cuya industria figura clasificada en séptimo lugar en la lista oficial de exportación al extranjero, pues casi todos los trapos recogidos salen de Francia como primera materia, hecho que se explica, teniendo en cuenta que, mientras el transporte de un vagón de 10.000 kilos desde París á Angulema, donde Francia tiene sus más importantes fábricas de papel, cuesta 235 francos, el de la misma mercancía á Nueva York, por ejemplo, sólo cuesta 200, razón por la cual, los acaparadores de trapos prefieren mandarlos al extranjero á dejarlos en el país.

La fabricación de papel es la que consume la mayor canti-

dad de trapos. Inglaterra compra con preferencia los recortes de tela nueva de los almacenes y talleres de ropa blanca, empleándolos en el papel de lujo llamado en el comercio papel inglés. Alemania compra los trapos baratos, y los emplea en imitaciones del papel inglés ó en papeles de calidad inferior. El papel secante se fabrica con algodón rojo, escogido cuidadosamente entre los retazos recogidos por los traperos; el papel violeta obscuro ó negro, se hace con algodón negro acaparado casi por completo por Inglaterra. Los Estados Unidos no suelen emplear más que clases inferiores, algodones de todos colores, sin escoger, de 3 á 10 francos los 100 kilos, clases que Francia no utiliza, porque sus fábricas de papel no emplean trapos para el papel de calidad inferior.

El precio de los trapos es mayor cuanto más nuevos son, variando mucho de unas telas á otras: los recortes de franela valen á 3 francos kilo; los de telas diferentes de los talleres de modistas y costureras, á 70 céntimos, y los de sastres, á 80; si los recortes son viejos, se pagan á 180 francos los 100 kilos de trapo blanco fino, y á 8 los de trapos viejos variados.

El escogido de estas diversas clases en los grandes almacenes de los traperos, es sumamente curioso, amontonándose cada clase en un departamento inmenso, y formando el conjunto de estos departamentos un almacén colosal; al lado de un depósito que encierra 10.000 kilos de pantalones de soldados, hay otro con 10 toneladas de calcetines negros ó blancos, siendo grandísima la habilidad de los dependientes para hacer la clasificación de todos los trapos, retales, ropas viejas y recortes de todo género que los traperos les entregan.

La recolección de trapos y basuras es en París tan fructuosa, que el Ayuntamiento piensa seriamente en conceder á una empresa el monopolio y buscar por esta contrata el medio de sufragar ó aliviar los enormes gastos de conservación de sus vías públicas; pero ¿cómo deja en la calle á los 30.000 traperos que viven honradamente de tan lucrativa profesión?

*
* *

LEOPARDI «Á LA LUZ DE LA CIENCIA».—Tras la acometida de Corradi al Tasso, presentado como un loco erotomano, y la de Mobius á Goethe, que resulta completamente despoetizado, viene la del ilustre Sergi á Leopardi, mostrando esta serie de estudios de los grandes escritores, hechos en nombre de la ciencia antropológica y aplicando los procedimientos de Lombroso á la literatura, que si es cierto que «no hay ningún grande hombre para su ayuda de cámara», es más cierto todavía que no existe genio alguno que resista un análisis psicofísico sin grave detrimento de su gloria y de la veneración que le profesan los demás mortales.

Leopardi deja de ser el poeta de la naturaleza y del dolor humano. Criatura raquítica, enfermiza, miope y medio sordo, tenía por característica, según Sergi, la *ambliopía mental*, que tenía que darle un concepto imperfecto y obscuro de la naturaleza y de sus fenómenos: un pensamiento negativo frente á la realidad objetiva, con subjetividad absoluta en condiciones físicas defectuosas. En tal estado de ceguera, de pesimismo y de pobreza de imaginación, ¿podía sentir ni pintar la naturaleza? El dolor de Leopardi es su dolor, exclusivamente el suyo, sin que jamás haya comprendido el de los demás, porque su alma estaba cerrada á las manifestaciones de la vida exterior, siendo pesimista por razones psicológicas, y no pudiendo, por lo mismo, merecer el título de «poeta del dolor humano» que se le ha concedido tan gratuitamente.

Leopardi era un degenerado, un loco, un grafómano, que ha dejado cuatro mil páginas de pensamientos, en los que hay concepciones de verdadero demente como aquella de «un par de anteojos hechos con medio meridiano y dos círculos polares», ó la de «la casa suspendida en el aire por cuerdas atadas á una estrella.» El suicidio, la insociabilidad y la misantropía tenían que ser las ideas fijas de aquel maniático, cuya ocupación favorita consistía en contar, paseándose, las estrellas que veía en el cieio.

Aunque se reconozca el vigor de esta crítica de Sergi, ha-

bía, sin embargo, que decir, como dice Paulucci di Calboli al analizar esta obra: *E pur si muove!* ¿Se han preguntado jamás los lectores de la *Iliada* si la digestión de su inmortal autor se ejecutaba de un modo normal ó anormal, y si Homero era braquicéfalo ó dolicocefalo? ¿A qué consagrar los esfuerzos del espíritu á estudios de tan dudosa utilidad, á levantar ciertos velos de la miseria humana y á mostrarnos á nuestros héroes disecados en la pizarra anatómica de un anfiteatro de hospital?

*
**

LA TELEGRAFÍA SIN HILOS.—Según Edison y Marconi, los experimentos hechos de la telegrafía sin hilos venían á demostrar que la transmisión tenía por límite la altura de los postes de las estaciones de término. Este vacío del sistema Marconi acaba de colmarlo un nuevo descubrimiento de Tesla.

El inconveniente del sistema Marconi consistía en no permitir la comunicación sino con limitada velocidad. Con el perfeccionamiento de Tesla los mensajes eléctricos pueden transmitirse sin hilos, de cualquier punto del globo á otro, dando la vuelta al mundo al través del Océano con la velocidad de la luz, con la particularidad de que estas vibraciones y transmisiones de fuerza eléctrica obran como los rayos X, pasando por los medios más densos, agua ó rocas, tan fácilmente como á través del aire y del éter.

En adelante cada periódico, casa de comercio ú oficina pública tendrá, sin excesivo gasto, un cable privado exclusivamente á su disposición, como hoy se tiene el teléfono. Cada casa tendrá su torre de observación, y desde las torres de las de Madrid se podrá hablar con las de Nueva York todo lo que se quiera, sin temor á oídos indiscretos.

La telegrafía sin hilos es la cosa más sencilla del mundo. Se trata de lanzar señales como si se lanzaran relámpagos por medio de una luz invisible; las ondas de esta luz misteriosa pueden expedirse á cualquier distancia, aunque sea hasta

Marte ó Júpiter, sin más condición que la de establecer una estación de llegada para la recepción inteligente y fiel de lo transmitido. Podrán enviarse dos ó tres mil palabras por minuto con los aparatos inventados, y los telegramas lo mismo pueden ir á través del aire que á través del suelo, á los antípodas.

Antes de terminar el año, dice Tesla á la *Revue des Revues*, que habrá una estación término para la telegrafía sin hilos en Londres y otra en Nueva York. Para ello se servirá de globos cautivos sujetos por hilos metálicos, lanzados á 5.000 piés de altura y anclados en torres de acero; debajo de cada globo colgará un disco de ancha superficie y los osciladores estarán colocados en la cima de las torres. La revolución que en el mundo de los negocios, de la prensa y de la política internacional ha de producir el maravilloso invento, igualará á las producidas por el descubrimiento de la imprenta, del vapor y de la luz eléctrica.

*
* *

EL CÓNCLAVE DE VITERBO.—En un artículo consagrado por la *Fortnightly* al estudio de los Cardenales, Consistorios y Cónclaves, se recuerda el famoso Cónclave de Viterbo en 1270; ha sido el de mayor duración de todos los celebrados.

Los Cardenales, reunidos en Viterbo con motivo de la muerte de Clemente IV, para elegir un sucesor, no lograban ponerse de acuerdo. Después de varios meses de sesión se disponían á volver á Roma convencidos de la inutilidad de sus intentos, cuando San Buenaventura propuso á los viterbinos sitiarse el palacio é impedir que los Cardenales salieran sin haber cumplido su misión. Así lo hicieron, pero sin que la elección adelantara un paso, pues transcurrieron dos años en aquella situación sin venir á un acuerdo. En vista de esto, el Cardenal Da Porto declaró un día «que el Espíritu Santo no descendería sobre ellos mientras tuvieran un techo sobre sus

cabezas», á lo cual el pueblo, tomando esta indicación al pie de la letra, contestó demoliendo el tejado del edificio donde los Cardenales estaban prisioneros. Hacía mucho frío y los Cardenales lo pasaban muy mal, pero sin adelantar por eso nada. Entonces resolvieron apremiarlos por hambre y privarles de vino, y sólo ante esta última resolución pudo lograrse el deseado acuerdo y la elección del papa Gregorio X. Hecho esto, los viterbinos les ofrecieron un banquete, pero algunos devoraron la comida que se les dió con tal glotonería, que cuatro ó cinco murieron en el acto.

FERNANDO ARAUJO.

REVISTA HISPANOAMERICANA

SUMARIO.— La expedición á Río Janeiro del General Roca, Presidente de la Argentina.— Objeto político de la visita á Campos Salles.— Las amenazas de la política *yankée*.— El exclusivismo y la absorción.— La Exposición comercial de Filadelfia, las oficinas de las Repúblicas Americanas y el ferrocarril de las tres Américas.— El *Americanismo cristiano*.— Los vaticinios de las gitanas de París.— Las peticiones del Tío Samuel.— El *Willmington* en el Amazonas, y el crucero *New York* en los canales del Sur.— Compensaciones y estaciones carboneras.— Lo que se espera de la Triple Alianza de la Argentina, Chile y el Brasil.— Superioridad moral de la raza latina sobre la anglosajona.— Revoluciones auxiliadas por los Estados Unidos.— La revolución de Iquitos.— El Vicepresidente Billingham, el General Cáceres y el Coronel Vizcarra.— Nuevos indios en campaña.— En busca de Ibarreta.— Guillermo Valencia.

El asunto del día, así en la América meridional como austral, es la visita del Presidente de la Argentina, General Roca, á Río Janeiro. El General Roca ha logrado dar en toda la América latina tal realce á su nombre, que donde él está, parece que está la dirección de los destinos futuros de toda la raza ibérica en el continente occidental. Los efectos de su entrevista con Errazuriz en Punta Arenas, cada día se tocan más palpablemente en la política que se inaugura, así en una como en otra de las vertientes andinas. Preparados Chile y la República mayor del Plata para acometerse militarmente en una crisis que había hecho agudísima un largo litigio de más de medio siglo, y que en los últimos tiempos había tomado caracteres de la mayor gravedad, aquella conferencia hizo caer para siempre de las manos las armas fraticidas, y con-

venir en la comunidad de esfuerzos y en la reciprocidad de auxilios para salvar intereses más altos que los que se encerraban en aquella obstinada codicia de territorios, en su mayor parte ó estériles ó inhospitalarios. Luchar por un palmo más ó un palmo menos de fronteras, era gastar las energías, era adelantar soluciones que más que los trazados de los sabios y los arbitrajes de los indiferentes, ha de traer el equilibrio de los tiempos. Pero prepararse con las fuerzas militares ya organizadas y apercibidas á prevenir y hacer frente á las eventualidades que pueda de un momento á otro poner sobre el tapete la cuestión de la vida y de la independencia de toda la raza ibérica y de cada uno de los pueblos en que en aquel continente se halla dividida por sí, es pasar de la órbita de una política infantil á la ancha esfera de una política de hombres. Las previsiones de la política internacional que constituyeron el fondo de las entrevistas de Punta Arenas no eran un acto de pura oficiosidad. El problema se transparenta cada día con caracteres más claros, y la visita del General Roca á Río Janeiro es el segundo paso fértil de esta política de previsión en presencia de avances y corrientes que cada día se despojan más de la máscara del disimulo.

Dos caracteres determinantes ofrece ya esa política, que pone en inquietud y recelo todos los pueblos ibéricos del continente occidental: el primero, el de la tendencia exclusiva de nacionalidad, que se dirige á encerrar toda su vida dentro de la interioridad de la existencia continental, cortando toda relación con el antiguo continente; el segundo, la absorción de todo el continente en un solo Imperio y la develación de la raza que lo ha civilizado, entregándola á la condición de las razas indígenas, á las que ha perseguido con el hierro y el fuego casi hasta extinguirlas. El aislamiento del centro común, de que aquella parte del planeta ha recibido los elementos constitutivos de su civilización, no se persigue solamente en el terreno político de la ocupación y de la dominación colonial. Después que Europa ha enriquecido aquel mundo con su san-

gre, también le ha dado sus intereses. La mayor parte de las grandes empresas de interés general, por mucho tiempo se han realizado con el nervio incesante de la fortuna de Europa. No hay sino recordar el inmenso sacrificio metálico que Europa hizo en el desdichado negocio del canal interoceánico del istmo de Panamá, para formar idea de la extensión que en toda la activa iniciación de las grandes obras materiales de interés general Europa ha dado, y los cuantiosos dispendios con que ha acudido en su auxilio. Los apuros financieros de todos aquellos Estados, en Europa ha sido donde han encontrado recursos para solventarlos; y dentro de aquellas mismas nuevas sociedades, sangre, dinero é inteligencia europeas son las que han abierto los veneros de la prosperidad en el sostén del comercio, en la exploración y explotación de sus productos, en la creación de todo género en empresas para cultivarlos y de bancos para facilitar las explotaciones, y en el río de sangre que ha transmigrado á aquellas salvajes soledades para poblarlas, hacerlas útilmente fértiles y enriquecerlas. La última moneda que en toda la América latina, desde Méjico hasta el Estrecho, ha aparecido en aquel continente para contribuir á este movimiento civilizador, ha sido el receloso dollar americano, que no se ha presentado á la emulación de la concurrencia europea hasta que ésta ha logrado resolver todos los problemas, y el dollar americano no se ha comprometido sino con el éxito sin contingencias, y la seguridad del lucro elevado hasta la usura y el fraude. Ahora es cuando trata, con el espíritu de exageración y arrogancia que forma ya parte de la fisonomía moral de ese pueblo degenerado y neurótico, de introducir el asombro en los proyectos hiperbólicos que fragua y en las empresas aparatosas que se propone acometer. ¡La oficina de los asuntos americanos! Es decir, la absorción moral consentida en el terreno político por las demás Repúblicas, sometidas á título de protección. ¡La Exposición comercial de Filadelfia! Es decir, el monopolio exclusivo de todos los productos de aquel hemisferio, los sindicatos en perspectiva y la

absoluta absorción comercial. ¡Los canales interoceánicos! Es decir, la prolongación de la frontera geográfica de la Gran República, que ya desde antiguo ha dicho que donde quiera que uno de estos canales en proyecto se abra, la frontera norteamericana estará *ipso facto* al borde de ese canal. ¡El ferrocarril de las tres Américas! Es decir, la unión por medio de una vía rápida comercial de Nueva York con los centros comerciales de Colombia, Ecuador, Perú y Chile en la costa del Pacífico y de los puertos atlánticos de Caracas, Río Janeiro, Santos, Montevideo y Buenos Aires, y que, partiendo de la frontera de Méjico, empalme con los sistemas ferroviarios de toda la línea de naciones latinas, que se eslabona desde el antiguo Imperio de los aztecas y á través de la parte occidental de la América Central y del istmo, por los valles más próximos al Norte y Sur de los Andes, al lago Titicaca, de donde tome al Este penetrando en Bolivia; ó, lo que es lo mismo, la subordinación por medio de esta línea, á la vez que comercial estratégica, de toda la América de origen ibérico á la influencia predominante que los Estados Unidos adquirirán en el desenvolvimiento de los incalculables recursos del interior de todo el continente meridional. Con esta obra, toda la América latina quedaría unida á los Estados Unidos por una red de intereses que inmediatamente se convertiría en monopolios exclusivos, y que constituirían un vínculo de dominación material mucho más sólido que el principio moral de la doctrina de Monroe.

Pero esta segregación de los intereses americanos, de los intereses y hasta de la comunicación europea, no sólo se persigue en la órbita política y en la órbita comercial. Los Estados Unidos, que en este empeño no dejan esfera alguna de acción á que no toquen, todavía han llevado su espíritu de divorcio con Europa, hasta querer arrancar del fondo de las conciencias religiosas ese vínculo de dependencia moral que establece la admirable unidad de la Iglesia católica, y en las personas, por Roma más elevadamente condecoradas en las altas jerarquías eclesiásticas, ha establecido las bases por

donde, para constituir un *cristianismo exclusivo americano*, se halla amenazado el mundo cristiano de presenciarse un nuevo cisma. ¿Quiénes son los patrocinadores de esta nueva y pretendida reforma? ¡Lástima da mirar despeñarse por una pendiente irremediable hombres que habían adquirido, por sus talentos, reputaciones tan ventajosas y autoridad tan reconocida como Gibbons, Ireland, Keane, Hecker y otros varios! ¡Nada menos han tratado que oponer un *Credo nuevo* al *Credo viejo*! nada menos han pretendido que reformar la disciplina; nada menos han aspirado que imponer el voto de unos cuantos á la infalibilidad de la Iglesia! Hasta que Monseñor Ireland no ha publicado su libro *La Iglesia y el siglo*, el Vaticano ha permanecido en muda, aunque inquieta, expectativa. El espíritu del *Americanismo* se había propagado en las publicaciones americanas; había trascendido á esta degenerada Europa y había sido acogido, en su ansia de novedades y en su ateísmo de ideas, por la *Revue des deux mondes* en Francia, por *The Catholic Times* en Inglaterra, por *Die Correspondant* en Alemania, por *La Rassogna Nazionale* en Italia, por *La Quinzaine* en Bélgica, y León XIII permanecía afligido y silencioso, hasta que vió autorizadas aquellas ideas temerarias y peligrosas por las firmas de los que habían sido sus *predilectos* de los Estados Unidos. Su Carta-encíclica al Cardenal Gibbons, el Obispo de Baltimore, el aspirante á la Tiara, protegido por la diplomacia de la Casa Blanca, combate victoriosamente toda esta tendencia reformista, que lleva en sí la tendencia exclusivista de toda lucubración americana. ¿Bastará la voz augusta del sucesor de San Pedro para contener el movimiento de disgregación de la Sede de Roma y el movimiento de exclusivismo religioso-americano? De cualquier modo, palpable está la tendencia. Los Estados Unidos tienden á la separación absoluta de América con Europa; á la separación política, á la separación comercial, á la separación religiosa, á la separación moral, como si tratase de envolver otra vez el Nuevo Mundo en aquella densidad de tinieblas con que permaneció

ignoto é inexplorado, hasta que la fe de Colón y la magnanimidad de España, estimuladas por la cruz de Cristo, corrieron á redimirlo de la barbarie.

*
* *

Respecto al movimiento de absorción, todavía no existen sino las declaraciones embozadas de los estadistas, las medidas indirectas de la sagacidad, las discusiones teóricas del libro y el capeo incesante é irresponsable del periódico, y no es ya lícito ocultarlo. Todo *el continente enfermo*, es decir, todos los Estados contituídos por nuestra raza, sin excepción de ninguno, se encuentran ya bajo el peso de un mismo temor. Verdad es que en los Estados Unidos la continuidad de la propaganda y los recursos que se emplean para sostenerla contribuyen muy eficazmente á desmoralizar á los pueblos latinos por el pánico, que les sumerge en la más vituperable de las miserias. Hasta á la superstición se ha acudido á fin de hacer prevalecer estas ideas de ese destino fatal que arrastra á los pueblos desmoralizados por el terror, hasta la servidumbre. Los periódicos y los periodistas norteamericanos celebran *interviews* cuando una idea les apasiona, hasta con las piedras de las calles y los monolitos de un guardacantón. En París entretiene las aficiones del vulgo ignorante una famosa *vidente*, como ahora llama la ciencia á lo que los griegos apellidaron *Sybilas*, y nuestro antiguo tribunal de la Inquisición *bruja*s, *hechiceras*, *embaucadoras* y *embusteras*. Uno de estos diligentes *reporters yankees* acudió no hace mucho tiempo á la Srta. Couspon, que así se nombra este genio popular de las profecías de los suburbios de París.—¿*Qué veis?*—preguntó el *reporter* á la pitonisa, cuando el fluído magnético la dejó en estado de aparente insensibilidad. La pitonisa, lista como toda esta clase de explotadoras de la credulidad de la multitud, contestó:—«Veo los resplandores de un día glorioso para los Estados Unidos; todo el continente americano quedará bajo el Gobierno de la

gran República. Sus dominios se extenderán de uno á otro polo, merced al esfuerzo constante de los grandes estadistas de la Unión. Al morir el Presidente de Méjico, Porfirio Díaz, ese país *solicitará* se anexión á los Estados Unidos, y el ejemplo de Méjico será seguido por toda la América del Sur. El Canadá es el que ha de tardar aún mucho tiempo en su anexión. Dentro de pocos años, los Estados Unidos declararán la guerra á una potencia europea con la que actualmente sostienen las más cordiales relaciones. Esa potencia no será Alemania, ni Francia, ni Rusia, ni Italia. La lucha habrá de ser terrible; mas al fin y al cabo triunfarán los Estados Unidos, cuya marina se convertirá en la más importante del mundo.» No hay que decir que estos vaticinios, decorados con la pintura más detallada de las circunstancias en que se hicieron, publicándose en un periódico de Nueva York, han dado la vuelta á todo el continente occidental de las dos lenguas.

Mientras que los periódicos americanos, menos fieles á las alianzas inglesas que sus estadistas, si por ventura lo son, envuelven en los pronósticos del engrandecimiento de la gran República los de la ruina de su hermana y rival Inglaterra, los periódicos de Londres, que no viven sometidos á las conveniencias y reservas del *Foreign Office*, no se explican con menos recóndita emulación. La *Review of Reviews*, de universal fama y autoridad, echa en uno de sus últimos números una ojeada á la Revista americana *The Forum*, y á un artículo titulado *Modestas peticiones del Tío Samuel*, suscrito por el comandante R. B. Bradford, jefe de la oficina de los equipos militares, y llama la atención de las pretensiones yankees que en el *The Forum* se formulan. Allí se encuentran párrafos como los siguientes:—«Principiando por las Indias Occidentales, las islas Dinamarquesas están para venderse y no debe permitirse que otra nación las obtenga. ¿Acaso no vamos á tener un puesto ó estación carbonera en la costa africana, como *compensación* por la parte que nos corresponde en la supresión del comercio de esclavos? A cuenta de nuestra intención, públi-

camente declarada, de mantener la soberanía del territorio de las Repúblicas de Sud-América contra toda agresión por parte de las naciones europeas, es natural suponer que podemos esperar alguna *compensación* de esas Repúblicas; mucho más cuanto que esta *compensación* puede ser por su naturaleza destinada á mejorar nuestras facilidades para la guerra con estaciones carboneras y depósitos para artículos y almacenes militares en puntos estratégicos».

Estas ideas no se extienden por medio de la publicidad, sin que les acompañen actos positivos que corroboren que no son el pensamiento aislado de éste ó aquel publicista más ó menos entusiasta; sino que responden á la combinación de planes á estudiar ó á ejecutar, de los que los actos que se realizan, por más que su sentido se vele ó se tergiverse, sirvan de ensayos ó de prueba. ¿No corresponde al número de estos ensayos la expedición del cañonero *Wilmington* á las regiones del Amazonas clausuradas para la navegación, sin que el derecho del más fuerte se haya detenido en su atropello ante el derecho de la soberanía? El comandante del *Wilmington* C. Chopman Todd no juzgó indispensable para su partida al Amazonas esperar la licencia solicitada desde Pará del Gobierno brasileño. En Pará y en todas las poblaciones de la orilla, aquel atropello produjo manifestaciones de desagrado y de protesta, señaladamente en Manaos, donde se celebró un *meeting* y hubo que contener al pueblo, que deseaba expresar su enojo con actos de hostilidad. El *Wilmington* llegó hasta Iquitos, en los momentos en que el Coronel Vizcarra se levantaba rebelde y promovía una inesperada insurrección contra el Gobierno del Perú y en protesta contra las elecciones presidenciales que acababan de verificarse y habían dado el triunfo al Sr. Romaña. Pero lo que ha causado el asombro, no sólo del Perú y del Brasil, sino de todos los Estados de las dos costas del continente meridional, ha sido que el viaje del *Wilmington*, justificado por *The Sund*, de Nueva York, como una expedición enteramente de exploración científica, semejante

á la que en mayo de 1879 acometi6 el *Entrepriac*, al mando de Thomas C. Selfridge, no tenia otro objeto que conducir un cargamento de armas para los insurrectos del coronel Vizcarra, que ha pretendido introducir de nuevo la guerra civil en el Perú desde el departamento amaz6nico de Loreto, tan distante de Lima.

Por mäs que, apenas conocido el hecho, el C6nsul de los Estados Unidos en Pará, R. R. Kennedy, y el comandante del *Wilmington*, se apresuraron á presentarse al Gobernador del Estado y al C6nsul peruano acreditado en Pará, para darles explicaciones, que han tenido que ser admitidas para excusar otras complicaciones diplomáticas en el asunto, el hecho ha producido la impresi6n moral que de semejantes atropellos debia esperarse; pero todavía la gravedad de este incidente, con ser de la importancia que resalta á primera vista, se queda en mantillas, con la misi6n que otro buque de guerra americano, el *New-York*, ha llevado á los canales del Sur, causando desasosiego vivísimo en Chile y espectaci6n en Buenos Aires. De la expedici6n de este buque no se tenia el menor conocimiento en Santiago, hasta que la oficina telegráfica de Ancud comunic6 á la Direcci6n general del ramo la llegada de las lanchas de vapor del *New-York* á Quill6n, donde fondearon. El *New-York* es un crucero acorazado de 8.000 toneladas, 38 cañones, 12 tubos lanzatorpedos y 1.072 hombres de tripulaci6n, gemelo del famoso *Brooklin* y del mismo tipo. Como es natural, nadie en Santiago se daba raz6n de lo que hacía, ni del objeto que llenaba aquel crucero norteamericano en Low, no suponiendo que la comisi6n que le hubiera sido confiada, y de que el Gobierno del Presidente Errazuriz no tenia el menor conocimiento, fuese únicamente un encargo científico de observaci6n y estudio, sino una exploraci6n de otra índole sobre los canales, y una revista minuciosa y mortificante á las islas. La presencia de este buque en aquellos parajes, no podía prestarse sino á un cúmulo de sospechas gravísimas. Con esto de la expansi6n de su política comer-

cial, los Estados Unidos se han declarado dueños de derecho de cuantos parajes necesitan, ó para sus escalas de aprovisionamientos, ó para sus defensas estratégicas. Desde que Inglaterra, que posee y tiene bien tomadas todas las avenidas de los distintos oceanos, Gibraltar para el Mediterráneo, el estrecho Bab-el-Mandeb para el océano Indico; Suez para el Mar Rojo; Singapore para el mar de la China; Hong-Kong, como centinela avanzado de la Australia, Nueva Zelanda y toda la Polinesia, comenzó á fortificar poderosamente á la moderna las islas Malvinas, para poseer también las llaves del estrecho de Magallanes y de la entrada al Pacífico, las oficinas técnicas de Washington han demostrado la importancia de la posesión de una ó algunas islas, ó llámese estación carbonera, en los canales del Sur, desde donde sería una amenaza continua é inmediata, así para Chile, contra cuyos dominios atenta, como para la Argentina, que debería temer tan peligrosas vecindades. Así la prensa chilena como la argentina, que no han sido hasta aquí demasiado expresivas en los peligros que corren las Repúblicas del Centro, en los que pesan sobre Colombia, Venezuela y el Ecuador y otras partes de la América latina, se han ocupado con la atención que merece lo que ya comienza á tocarles más de cerca; y ha sido el colmo del escándalo, no sólo la declaración de *La Nación*, de Buenos Aires, de que la revolución de Iquitos en el Perú ha sido ayudada y armada por los tripulantes norteamericanos del *Wilmington*, sino la de *El Chileno*, que en su número del 8 de Junio último hizo la afirmación de que los Estados Unidos no habían sido extraños á la revolución que en Bolivia habían dado al coronel Pando y á sus sangrientas y desbordadas indias el triunfo sobre el orden legal del Presidente Alonso, y de que era un hecho público en toda la América meridional que en Río Janeiro el Ministro de los Estados Unidos, mister Bryan, se hallaba en negociaciones con el Sr. Paravicini, ministro boliviano en la capital del Brasil, para la cesión á los Estados Unidos del territorio de Acre, disputado entre Brasil

y Bolivia, á cambio de una alianza ofensiva y defensiva que ponga á Bolivia á cubierto de las anexiones pretendidas al Brasil, á la Argentina y á Chile, entre quienes habría de repartirse la capa de José.

Estas cuestiones nada tienen de comunes con las anexiones pretendidas por los Estados Unidos sobre las islas y territorios del centro que garantiza la boca de los futuros canales, ni de los territorios por donde estos hayan en definitiva que atravesar, ni de las posiciones estratégicas ó de abastecimiento que para su pretendida expansión comercial haya indicado la necesidad de adquirir ó apropiarse de cualquier modo que sea. No queda ya República latina que no se sienta amenazada. Ante este estado de cosas, ¿no ha de concederse una importancia extraordinaria á la visita del General Roca, Presidente de la Argentina, á Río Janeiro, como la tuvo la que en Punta Arenas hizo al Presidente Errazuriz?

*
* *

La visita del General Roca al Dr. Campo Salles, ha sido convenida de Presidente á Presidente, y el Dr. Campo Salles se promete retribuirle en Buenos Aires en no muy largo plazo. La invitación oficial y pública se ha hecho al de la Argentina por el Presidente del Brasil, con motivo de un espléndido banquete que se disponía á dar al Cuerpo Diplomático acreditado en Río Janeiro, en el palacio de Cattete, y el Ministro de Relaciones Extranjeras dirigió la invitación á Buenos Aires, por medio del Sr. Alcorta, que ejerce el mismo cargo en el Gobierno argentino. No obstante, los preparativos para la recepción del General Roca venían haciéndose desde hace ya algún tiempo, queriendo dar á este acto un doble tinte de intimidad cordial y de solemnidad política. El General Roca, durante su estancia en Río Janeiro, será el huésped de Campo Salles en su propia residencia presidencial, y los festejos públicos se circunscribirán á un gran banquete en el

palacio del Gobierno y á un gran baile de honor. Habrá además una función de gala en el Teatro Lírico, en que probablemente tomará parte el compositor Saint-Saens, aunque se representará una ópera de Carlos Gómez, y carreras de caballos organizadas por el Derby-Club. Se declararán feriados los días en que el General Roca permanezca en la capital, y como es de cajón, habrá revista militar y marítima, con evoluciones de precisión de la escuadra brasileña.

Puede decirse que todo el mundo oficial y político de la República Argentina ha suspirado por acompañar al General Roca en esta expedición, y al principio se dijo que el Presidente llevaría al Brasil una comitiva muy numerosa de Ministros y altos funcionarios civiles y militares, Diputados y Senadores; pero, en realidad, el General Roca sólo había invitado al General Mitre, que ha sido el que más ardientemente ha excitado á la celebración de esta conferencia, á los Ministros Alcorta, de Relaciones Exteriores y Rivadavia, de Marina, y á los jefes y oficiales de su cuarto militar. Los buques elegidos por el General Rocá para la expedición, han sido el acorazado *San Martín* y el crucero *Buenos Aires*. En cuantos á los pretendientes á ir en la comitiva, *La Nación*, *El Tiempo*, *La Prensa* y otros periódicos, han creído deber oponerse á la dispersión de las Cámaras representativas, que en estos momentos se ocupan de la discusión de las leyes económicas. Además, el General Mitre aprovechó la recepción que tuvo en su domicilio en la festividad doméstica de su setenta y ocho cumpleaños, para excusarse con el General Roca, que estuvo en persona á cumplimentarle por la enfermedad de su hijo el Sr. Mitre y Vedia, que ha estado de suma gravedad.

Aunque á la visita á Río Janeiro se han dado por la prensa periódica tantas interpretaciones como periódicos se publican en Buenos Aires, y los hay numerosos y en todas las lenguas, hasta en turco y en armenio, las declaraciones de los brindis del banquete se esperan con viva expectación. Se re-

cuerdan los brindis á bordo del *O'Higgins*; se recuerda que lo que allí se reservó por la condición de las personas que hablaron y de las conveniencias de su suprema posición, se completó después en los brindis del *Sarmiento* y en los brindis del *Zenteno*, y aún están frescas las palabras de los marinos en las aguas de Chile, y de los diplomáticos en las del Perú, todas encaminadas á servir de vínculo de unión de toda la raza que tiene por habla la lengua de Cervantes y Camoens, y á erigir esta unión en salvaguardia de la común independendencia, así para los pueblos florecientes como para los menos prósperos, de nuestro origen y de nuestra sangre. La entrevista de Río Janeiro completa la entrevista de Punta Arenas, y la alianza de la Argentina con Chile y el Brasil, es la garantía de la indemnidad absoluta de los derechos de nuestra raza en América contra el atropello de cualquier poderoso que tratara de menoscabarlos.

Los Estados Unidos, ciegos en su prosperidad, se erigen en provocadores, y abren el palenque á la lucha de dos razas. La hispanoamericana tiene de su parte todos los elementos necesarios á su perfecta definición diferencial y su completa incolumidad, y el adelanto material y moral que acredita la prosperidad y los medios de resistencia y de fuerza adquiridos por Chile, la Argentina y el Brasil son una contestación victoriosa á los que consideran degenerada la raza que emana de nuestra sangre, y llaman *enfermo* al continente que habitan. En número de combatientes, la alianza de los pueblos hispanoamericanos ofrece un contingente casi igual de habitantes cultos al contingente total de la raza anglo-sajona-americana. Sus instituciones políticas se fundan en el mismo principio de libertad y de orden, y arrancan del mismo derecho popular. El fomento de los medios de su producción y riqueza es tan extraordinario y va siempre en progresión tan decidida, que, sin poseer la variedad de manufacturas que tanto engrandece á los Estados Unidos, con dos solas producciones de agricultura, sus carnes y sus trigos, la Argentina,

proporcionalmente, es más opulenta que los Estados fabriles más importantes de la gran República. El comercio se desarrolla á medida que se desenvuelven todos los frutos de su opulencia y crece su población, y en ninguna aptitud humana la raza que descende de la nuestra reconoce inferioridad sobre la que proviene de las revueltas híbrides anglo-sajonas.

Todo esto se representa en los pueblos aliados de Punta Arenas y Río Janeiro, y si faltaba algún elemento más de su unidad y de su supremacía, por un lado la sabiduría de León XIII, con la celebración del Concilio romano de las Iglesias americanas; por otro la Argentina, con el restablecimiento de sus relaciones diplomáticas con la Santa Sede, han subvenido también á esta necesidad imperiosa de unidad, de disciplina y á la vez de universalidad. No se condenan los católicos hispanoamericanos del Concilio plenario de Roma al estrecho exclusivismo local de las religiones disidentes, á que parece tender en los Estados Unidos el aún non-nato *Americanismo*. Toda la América latina en su fe, en sus relaciones políticas, en la recíproca comunicación de sus intereses, vive para la vida entera de la humanidad, y este solo carácter le imprime una significación más amplia, más humana, más civilizadora que la estrecha y egoísta de los que consideran que no hay más planeta que el de la porción de tierra que ellos ocupan, más familia humana que la que cohabita con ellos, ni más intereses respetables que los que sirven para satisfacer su sed calenturienta de apetitos mundanos.

La visita del general Roca á Río Janeiro, como su anterior conferencia en Punta Arenas con el Presidente Errazuriz, marcará una efeméride insigne en la historia naciente de la independencia de los pueblos hispano-americanos, contra las sagacidades ó los atropellos de cualquier clase de invasores ó déspotas.

*
* *

La revolución de Iquitos en el departamento de Lorena, de la región peruano-amazónica, de que antes se ha hablado, parecía á los hombres políticos de Lima la confabulación de un ambicioso derrotado, el general Cáceres; de un despechado mal sufrido, el Sr. Guillermo Billinghurs, candidato que había sido á la Presidencia, y de un espíritu resuelto y un émulo de localidad, el Coronel Vizcarra, y en Lima no se dió importancia á ese movimiento por diversas razones. *El Tiempo*, que es el órgano del general Piérola, se limitó á decir, respecto á Billinghurs, *un cabecilla más*. Respecto al Coronel Vizcarra, á quien antes de su alzamiento nadie ó pocos conocían, *El Faro*, de Tacna, lo describió como hombre de energía y resolución, soldado de los tiempos de Pardo y natural de Arequipa, en donde también ha nacido y se ha criado el Presidente electo D. Eduardo de Romaña. De Cáceres nada se dice, porque la vida del eterno conspirador es conocida de todos.

Dos hechos vinieron á dar cierta importancia á la insurrección: una balija de cartas de Billinghurs, dirigidas á personas de gran representación en la capital, que había sido secuestrada por la policía del Presidente, y la denuncia de *Los Tiempos*, de Iquique, que ponía en relación á los insurrectos con los norteamericanos del cañonero *Villmington*, de quienes habían recibido armas, municiones y otros auxilios. La balija interceptada era, además, portadora de una proclama del coronel Emilio Vizcarra pidiendo la destitución del Presidente Piérola y la ocupación de la Presidencia por el Vicepresidente insurrecto Billinghurs. El efecto de la noticia de *Los Tiempos*, de Iquique, fue tal, que habiendo sido designado el coronel Adams, norteamericano, que sirve en el ejército del Perú, para el mando de las fuerzas que Piérola enviaba para contener y aplastar el movimiento, tuvo que sustituirlo con otro jefe que ni por su procedencia ni por sus circunstancias inspirara la menor desconfianza. Ante estos hechos, *El Tiempo*, de Lima, como periódico oficioso, declaró «que la situación era grave, aunque no inspiraba temores».

Con todo, el Gobierno legal ha tenido éxitos afortunados. Primeramente se dijo que el Dr. Valcárcel, jefe del partido de la Unión Nacional, y el General Canevaro, hermano del que ha sido recientemente Ministro de Marina en Italia, y que es también jefe del partido Constitucional, se habían adherido al movimiento de Iquitos. Para desmentir estos rumores, uno y otro visitaron al General Piérola, ofreciéndose á servir á su lado la causa del orden. El otro suceso afortunado ha sido la detención en Arica del vapor *Tanis*, que llevaba á bordo 16.000 bultos de pertrechos militares para los revolucionarios.

La prensa de Lima ha anatematizado la inoportunidad y el daño de este movimiento, que condena, y en el que encuentra algo de su repugnante criminalidad en el mero hecho de estar inspirado por el deseo de que el Presidente de la República entregue el mando al primer Vicepresidente sin causa para ello; y *El Callao* añade, lleno de melancolía: «Todo lo que se descubre á través de este descabellado movimiento no es más que un acto inconsciente, una explosión del espíritu perturbador que nos domina por instinto, por carácter y por educación, sin pensar en las consecuencias de tales desmanes ni medir la profundidad del abismo que abren á nuestros pies.»

Lo que más ha concitado la ira y el menosprecio general contra los perturbadores es: 1.º, que la chispa se haya fraguado en los territorios cautivos de Chile, que el Perú tiene tanto interés en recuperar; 2.º, que las armas para esta empresa dos veces criminal se hayan recibido de manos de los Estados Unidos, cuyo espíritu de hostilidad contra los pueblos latinos convierten en un crimen de traición todo pacto político con ellos. Hay, sin embargo, que rectificar una noticia que circuló como válida en los primeros momentos de la insurrección: la de su carácter separatista; la del propósito de constituir un pequeño estado independiente amazónico. Esta noticia se ha desmentido.

*
* *

Todavía no se han acallado del todo las protestas que contra los revolucionarios triunfantes de Bolivia se han levantado en todo el mundo culto por haber abierto la mano á los desmanes sangrientos de los indios sus auxiliares, y ya tenemos nuevos indios en campaña. Ha habido motines de indios en el cantón de Pillaro, en el Ecuador, y un malón de más de mil indios en el Chaco, que han dado un nuevo asalto á la Sabana, en la Argentina. Los indios de la provincia de Tungurahua y de la del Chimborazo, en el Ecuador, se han limitado en su reciente revuelta á gritar y alborotar mucho, pegando todo su coraje contra los archivos, que entregaron al fuego. Habiendo avistado una fuerza que se destacó de Ambato para castigarlos, se posesionaron de la subida de Culapachan y cambiaron algunos tiros con la tropa. Cayeron ó heridos ó muertos unos setenta; pero después se redujeron y hubo que perdonarlos.

Los del Chaco, de quienes están aún vivos los recuerdos de sus salvajes asaltos de Febrero y Marzo último, la trágica muerte del explorador español Ibarreta y el patético fin que dieron de la condesa de la Vellebonne en su hermoso potrero. Después de los combates de la Laguna Blanca por el capitán Podestá con los caciques Caballero, Calpi y Tenche, y de los informes del General Vintter, jefe de la división del litoral, se trató de la ocupación militar del Chaco para ofrecer garantías á los pobladores y eludir en lo posible actos de fuerza que se convirtieran en nuevas crueldades. Se desechó toda idea de una guerra de exterminio, impropia de pueblos cultos; se objetó que los indios no eran ya, como en otros tiempos, la perpetua amenaza, y al cabo nada se resolvió de una manera resolutiva para los conflictos sucesivos. Y en efecto, éstos no han tardado en sobrevenir. En la mañana del día 25 de Junio último asaltaron á la población de Sabana más de mil indios, haciendo todo género de estragos y cometiendo todo género de desmanes. Asesinaron algunos hombres, muchas mujeres y muchos niños; saquearon las casas, robaron ganados en abun-

dancia y se retiraron con su botín después de dejar en la mayor consternación y en el mayor temor á los que pudieron escapar de la matanza. Aunque en cuanto se tuvo conocimiento del hecho salió de Santa Fe fuerza del regimiento núm. 11 de caballería para perseguir á la indiada, su llegada fué tarde. Todo lo que había de suceder había sucedido.

Precisamente en los momentos en que llegaban á Buenos Aires estas noticias, se estaba organizando en aquella capital una nueva expedición que se disponía á salir para hacer una minuciosa requisa en las selvas del Chaco, pues hay aún personas que creen que Ibarreta no ha muerto, á pesar de haberse referido por varios conductos las circunstancias lastimosas de su muerte. El asalto de la Sabana no ha contenido la fe con que se emprende esta última expedición, y el Ministro de España ha conseguido que á ella se agregue D. Carmelo Uriarte, que se dirige al Pilcomayo bajo la dirección del subprefecto, teniente de navío de la Marina argentina, D. Luis Basualdo. Con la comisión va el peón Leiva, que había acompañado á Ibarreta en algunas de sus excursiones. ¿Parecerá Ibarreta? ¿Y las narraciones de su muerte, de unos asesinado á palos, de otros devorado por aquellos antropófagos?

La cuestión de los indios en toda la América del Sur produce una seria y constante preocupación. En el Perú se había temido que Vizcarra pusiese en movimiento, como en Bolivia, los de las montañas amazónicas. En Chile no se extingue el rencor que han producido los atropellos de los bolivianos, y periódicos tan morigerados, tan cristianos como *El Chileno*, discuten por qué procedimientos será mejor exterminarlos. Su dictamen es que se sometan á la última pena, como ocurrió con el Vilca, que fue fusilado. El *Telégrafo* cree más hábil el empleo del alcohol y de la coca. Otros periódicos abogan por los medios que emplearon los Estados Unidos para desembarazarse de los *pieles rojas*, y otros por que se ejecute lo que se hizo en Chile contra *los araucanos* con los aguardientes de las grandes destilerías de la frontera. No obstante, la extermina-

ción de las razas indígenas, por no cumplir con ellas los deberes que imponen los sentimientos de la humanidad, es una idea criminal y bárbara que pugna con los principios más elementales de la civilización cristiana.

*
* *

Ya debe encontrarse en Europa el joven y distinguido poeta colombiano D. GUILLERMO VALENCIA, de quien los lectores de LA ESPAÑA MODERNA conocen algunas de sus composiciones, en la nueva sección de *Poetas Americanos* que hemos abierto, como un palenque más para que en España penetre, se extienda y vulgarice el pensamiento literario de nuestros hermanos del Nuevo Mundo. El Sr. VALENCIA viene á París de Secretario de aquella Legación, para la que el Poder Ejecutivo de aquella República ha nombrado titular recientemente al General D. Rafael Reyes. El nuevo Secretario de la Legación colombiana en Francia y Suiza, por su vasta ilustración é inteligencia es uno de los jóvenes más distinguidos con que cuenta su país, la Atenas de América, como Menéndez Pelayo lo ha llamado, y una de las más legítimas esperanzas de su patria.

Iob.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Compendio del derecho público romano, por Teodoro Mommsen, traducción del alemán por P. Dorado. —Un volumen, LA ESPAÑA MODERNA, 635 páginas. Su precio, 12 pesetas.

La obra del insigne Mommsen, que acaba de traducir el Sr. Dorado, y publicar LA ESPAÑA MODERNA, es de las que no necesitan recomendación especial de ningún género. Un compendio, un libro de texto, ó Guía del Derecho público romano, escrito por el primero quizá de los romanistas modernos, tiene que ser una obra excelente; pocos, en verdad, podrían hacerla con la autoridad que Mommsen. Realmente mi tarea en este caso, tiene que reducirse á bien poco: á anunciar á los habituales lectores de LA ESPAÑA, la publicación en nuestra lengua, traducido por persona tan conocedora del idioma alemán como el Sr. Dorado, del *Compendio* del sabio romanista. De hoy en adelante, contamos en España con un libro admirable, al alcance de todos los estudiantes de Derecho de nuestras Universidades, y de cuantos deseen conocer el derecho del gran pueblo, para estudiar y enseñar materia tan fundamental como el Derecho público romano, en todo saber jurídico que pretenda tener alguna solidez. ¡Ojalá tuviéramos respecto de todos los ramos del derecho libros como este de que hablo! La enseñanza del derecho ganaría muchísimo, y no perdería nada la cultura de nuestros juristas.

La obra de Mommsen se halla dividida en cinco libros, los cuales tratan respectivamente de las materias que siguen: I. *La ciudadanía y el reino*. II. *Las magistraturas en general*. III. *Las diferentes magistraturas en particular*. IV. *Las varias funciones públicas particularmente consideradas*. V. *Los Comicios y el Senado*. Además dedica una última parte á reseñar la organización del Estado á partir de Diocleciano.

A. POSADA.

Manual de Antropometría judicial, por A. M. Alvarez Taladriz, con un prólogo de D. Manuel Antón y Ferrándiz.—Madrid, librería de Victoriano Suárez, 1899.—Un volumen (de la *Biblioteca Española de Ciencias antropológicas*) de xvi-203 páginas, encuadernado en tela, sin indicación de precio.

Una vez que el sistema antropométrico de Bertillon—tan generalizado ya por doquiera á causa de los beneficios que lleva consigo, sobre todo para la identificación de los criminales—se ha implantado también en España, aunque probablemente con no poco desconocimiento de ciertas cosas que para que funcionara bien y diera resultados hubieran debido hacerse y conocerse antes, y una vez que se ha ordenado que se instaure en todas las cárceles (para lo cual habrán de adquirir los que se encarguen de dirigir en provincias el gabinete correspondiente la aptitud que en un mes de prácticas en el gabinete central es posible darles), el Sr. Taladriz ha hecho perfectamente en reunir en un breve Manual las más precisas indicaciones al efecto, para que los jefes de los dichos gabinetes tengan una guía que consultar en los casos que les parezca necesario.

Más que exponer los resultados de sus personales investigaciones (aun cuando también cita algunas), lo que el Sr. Taladriz hace es reproducir las enseñanzas que se hallan en los trabajos de ciertos especialistas en la materia, sobre todo, las del inventor del sistema, Jorge Bertillon.

Quizá por el deseo de ser breve, ha prescindido el autor de dar á conocer otros medios de identificación de que hoy se hace uso, v. gr., el de las huellas de los dedos, de Galton, y de desarrollar más otros que no hace sino mencionar, por ejemplo, el de Anfosso.

P. DORADO.

Les Etudes classiques et la démocratie, por Alfredo Fouillée.—Un volumen, 252 págs. París, 1898. A Colin, editor. Su precio, 3 francos.

Tiempo hace que en Francia se riñen rudas batallas sobre la manera de organizar los estudios que deben formar el *nucleo* predominante de la enseñanza secundaria. De tiempo en tiempo, parece como que las hostilidades se suspenden; pero es, sin duda, para tomar nuevos alientos los contendientes y lanzarse con más brío á la pelea. Sabido es quienes luchan: los defensores de la enseñanza clásica, con latín y filosofía como estudios fundamentales, y los defensores de una enseñanza moderna, con lenguas vivas, geografía, historia y ciencias, como disciplinas indispensables para formar una cultura racional, y utilizable en la vida de las democracias contemporáneas. No todos los programas ideados para organizar los estudios de la segunda enseñanza en Francia, pueden clasificarse en esas dos tendencias: los hay un tanto eclécticos, pero lo capital es que en unos se da más importancia al estudio de la literatura clásica, y en otros á la literatura moderna y á las llamadas ciencias.

M. Alfredo Fouillée, el autor insigne y tan conocido por sus obras filosóficas, algunas de las cuales se han traducido al español (1), ha publicado, primero, un importantísimo trabajo acerca de *La enseñanza desde el punto de vista nacional*, en el cual estudia, con singular elocuencia, el problema á que nos

(1) *Novísimo concepto del Derecho, Historia de la filosofía, La ciencia social contemporánea*, publicadas por LA ESPAÑA MODERNA.

referimos, y ahora, con ocasión de un nuevo recrudecimiento de la lucha entre los *clásicos* y *utilitarios*, vuelve á la palestra con el libro que motiva estas líneas. En él estudia M. Fouillée: 1.º, la naturaleza y las bases racionales de la enseñanza liberal; 2.º, la *crisis* de la Universidad y sus verdaderas causas; 3.º, las reformas necesarias en la enseñanza clásica y su adaptación á las «exigencias modernas»; 4.º, la necesidad universal de los estudios filosóficos, morales y sociales; 5.º, la reforma de la enseñanza moderna y su transformación en enseñanza práctica; 6.º, la reforma del bachillerato, etc., etc.

M. Fouillée no es «utilitario», más aún, conceptúa la tendencia utilitaria de la segunda enseñanza como un gran peligro en las modernas democracias. En lo cual, sin duda, tiene razón, como la tiene cuando protesta contra los que pretenden proclamar como definitivo el reinado de la industria y del comercio, «reinado que no es reconocido, siquiera, por los anglosajones, y menos aún por los germanos.» Pero lo que ya sería discutible, es si la educación idealizada, ó idealista, exige como condición indispensable el predominio de los estudios clásicos, y si no cabe orientar hacia el ideal una enseñanza secundaria, sin latín, aunque sí con mucha filosofía y mucha literatura nacional y extranjera. No se crea, sin embargo, que Alfredo Fouillée desconoce la importancia de los estudios modernos. Realmente, el autor del *Evolucionismo de las ideas fuerzas*, propende á una solución armónica, en la cual, manteniéndose la enseñanza clásica—los estudios franco-latinos—coronada por la filosofía, se habrá de comprender también la representación de los principales estudios que aconseja, cuando no imponer la vida moderna.

A. POSADA.

Diritto penale romano, per Contardo Ferrini.—Milano, Ulrico Hoepli, 1899.

—Un volumen (núm. 276-277 de la serie de los *Manuali Hoepli*) de 358 páginas, 3 liras.

El Derecho penal romano, la rama del Derecho de Roma, cuyo estudio se había descuidado más y de la que menos aprecio se había hecho hasta el presente, ha empezado, desde algunos años atrás, á hacerse objeto de muy valiosas investigaciones y á ser reintegrada en todo el valor que le corresponde.

Débese esta rehabilitación, principalmente, á los concienzudos trabajos de los alemanes y de los italianos, y en ella cabe una parte esencialísima al profesor Ferrini, quien (con los Serafini, padre é hijo, con Buonamici, con Landucci, con Brugi, con Zocco-Rosa, con Cogliolo, con Carle, con Schupfer, con otros meritorios investigadores) mantiene dignamente la tradición de su país en los estudios romanísticos.

Entre otras varias publicaciones de Ferrini acerca del derecho penal romano, descuellan dos: la que figura en el tomo primero (1888) del *Completo trattato di diritto penale*, publicado por el editor Leonardo Vallardi, de Milán, bajo la dirección del profesor de Génova Pedro Cogliolo, y el lindo *Manual* de la colección Hoepli á que se refiere especialmente esta nota. Pero los dos escritos del mismo autor, aunque versan sobre la misma materia y llevan el mismo título, se diferencian no poco: el segundo lejos de ser — como pudiera creerse juzgando por meras exterioridades, y como persona poco escrupulosa hubiera quizás hecho—una repetición del primero, es, bien puede decirse, una obra totalmente nueva, y nueva así en el contenido como en la estructura; pudiendo afirmarse que el libro de 1899 representa, con relación á la monografía de 1888, aquel progreso que racionalmente debe representar la última edición de una obra, con respecto á la edición anterior, cuando entre la una y la otra ha transcurrido un periodo de once años, y el autor, en vez de haberse fosilizado, y de seguir once años más tarde á la altura de once años más atrás, ha venido estudiando, haciendo investigaciones personales, aprovechán-

dose de las que otros hayan hecho y mejorando en método, estilo, etc.

En el *Manual* recientemente publicado, no se trata más que de las doctrinas que los escritores (y los Códigos, siguiendo sus huellas) incluyen en la llamada «Parte general» del derecho penal; mientras que en la monografía de 1888 hacía Ferrini también una exposición de la doctrina romana sobre los delitos particulares («Parte especial»). Nótase asimismo en el trabajo de ahora una mayor sobriedad, claridad y sencillez en el estilo (cualidades que se advierten ya en obras precedentes del propio Ferrini, como en *Il Digesto*, otro de los *Manuali* de la casa Hoepli, 1893, y que el autor considera cada día más necesarias para la enseñanza, según dice en el prólogo de dicho *Digesto*), así como también un dominio mayor de los textos: cuyo estudio directo es lo que sirve de base á nuestro profesor para hacer sus inducciones y sentar sus afirmaciones, muchas veces discordantes de las de otros reputados romanistas.

He aquí ahora el índice de los capítulos que el libro contiene: I, *La literatura del Derecho penal en Roma*; II, *Naturaleza y función del Derecho penal*; III, *Denominaciones, naturaleza y clases de los delitos*; IV, *Sobre la figura de los delitos*; V, *El elemento subjetivo del delito*; VI, *El elemento objetivo del delito*; VII, *Concurrencia de delitos*; VIII, *Grados en el delito*; IX, *Concurrencia de varias personas en un delito*; X, *De las circunstancias y de la reincidencia*; XI, *Extinción de los delitos*.

Como los demás *Manuali* de la serie, éste se halla impreso y encuadernado en excelentes condiciones, y como todos los demás también, encierra mucha doctrina en poco volumen.

P. DORADO.



Histoire des doctrines économiques, por Luis Cossa.—Trad. franc. con un prólogo de A. Deschamps.—Un vol. de la *Bibliothèque internationale d'Economie politique*.—574 págs.—París. Giard y Brière, Editeurs. 1899.—Su precio, 10 francos.

Nada más oportuno, para dar noticias del libro cuyo título acaba de leerse, que estas líneas del prefacio del Sr. Deschamps. «El libro, dice, de que M. Bonnet ofrece hoy la traducción al público francés, es, desde hace tiempo ya, apreciado como se merece, no sólo en Italia, sino también en España, y en los países de lengua alemana ó de lengua inglesa, en los cuales se han hecho traducciones del mismo. La que nos da el traductor francés es, por lo demás, preferible á las traducciones española, alemana é inglesa, porque está hecha según la tercera edición italiana de 1892. Con sólo leer las *Noções preliminares*, escritas por el propio L. Cossa al frente de esta tercer edición, se verá como sin remedio tiene ésta que ser superior á las dos primeras...» No sólo esto: la traducción francesa se ha podido hacer teniendo presente un manuscrito de la tercera edición revisado por el mismo L. Cossa después de su publicación, y puesto á disposición del traductor por el hijo del insigne economista, el profesor Emilio Cossa.

Basta hojear el libro de L. Cossa, para ver cuan grande puede ser su utilidad. Más completo que el escelente de Ingram, y, claro es, infinitamente más que el tan anticuado de Blanqui, es más erudito que el mismo de Espinas (*Histoire des doctrines économiques*), aunque no tan profundo en sus consideraciones, y de un sentido menos parcial que el de H. Denis (*Histoire des systemes économiques et socialistes*, 1897). Realmente el libro de Cossa es uno de los más adecuados para la difusión, y hasta vulgarización de las ideas, doctrinas y sistemas económicos, así como un guía muy bien orientado y generalmente bien informado, para el estudio de las teorías de los economistas.

Dos partes comprende el trabajo de que hablamos. La primera no es propiamente en rigor de historia de la econo-

mía política: el mismo autor lo reconoce así, cuando la titula *Teoría*. Es, en efecto, una exposición muy clara de los principales conceptos de la ciencia económica, objeto y límites de la economía política, divisiones de ésta, sus relaciones con la historia, la estadística, la moral, el derecho, la economía privada, etc., etc.; los caracteres de la economía política, sus denominaciones, su importancia, etc., etc. La *Historia* propiamente dicha, constituye el objeto de la segunda parte: el autor sigue en la exposición el método cronológico en la primera época y á partir de los siglos XIII al XVII, pero fijándose en la representación ya de los pueblos en la antigüedad, ya de ciertas escuelas ó tendencias dominantes; la economía política de los escolásticos, siglos XIII al XVI; la economía política de los humanistas, siglos XVI y XVII. Al llegar á la época moderna, el señor Cossa se fija en las doctrinas principales de la economía, en la representación personal de estas más elevadas, y en el contingente de economistas con que cada una de las naciones contemporáneas cuenta. El último capítulo del libro está dedicado á exponer el socialismo teórico contemporáneo, con sus derivaciones comunista, del socialismo propiamente dicho y colectivista.

A. POSADA.

La commedia della giustizia nell' ora presente: Ricchi e poveri, per Giovanni Saragat.—Torino, Roux Frassati e C.^o, editori, 1898.—Un volumen de 157 páginas, 2 liras.

Que nuestra actual administración de justicia, así civil y administrativa como penal, pero muy principalmente esta última, es cosa de puro azar infinidad de veces y de teatro casi constantemente, convirtiéndose, ora en triste tragedia, ora en farsa ridícula, nadie que haya tenido que ver con ella, ó que haya convertido su observación y su reflexión alguna vez hacia la manera como funciona, podrá ponerlo en duda.

Los tribunales son, por regla general (que no experimenta

muchas excepciones), unos teatros en donde se proyecta por necesidad la lucha de clases que domina en todas las escenas del espectáculo de la vida real, y cuyas figuras (magistrados, abogados, partes interesadas, etc.) actúan de cómicos ó de trágicos, según que los intereses que anden de por medio sean intereses de personas ricas y poderosas ó de pobres y desvalidas, y según que convenga sacar á salvo á toda costa los de las primeras, oprimir los de las segundas, halagar á unos para conseguir ascensos en la carrera, despreciar á otros porque son unos infelices y no pueden nada, y así sucesivamente.

Esta idea fundamental es la que en su libro desenvuelve el Sr. Saragat, en forma muy amena, casi novelesca, pero reproduciendo episodios é incidentes que ha tenido él mismo ocasión de observar ó en que ha intervenido como abogado.

P. DORADO.

Comentarios al Código civil.—*De los Bienes*, por el Dr. Alvaro Guillot.—Un vol. de 304 págs.—Montevideo: Dornaleche y Reyes, editores, 1898.—2 pesos.

Estos comentarios refiérense al Código civil de la República del Uruguay, y el libro de que hoy doy cuenta es el tomo II de la obra, que habrá de constar, según parece, de varios otros. En el tomo I comenta el Dr. Guillot los artículos referentes á *las leyes y á las personas*: en el tomo que anuncia en preparación, comentará las disposiciones del Código sobre *Servidumbre, posesión y reivindicación*. El tomo I no lo conozco, y lo siento, porque para juzgar debidamente el sentido de la crítica del Dr. Guillot, convendría verlo, y además, porque de seguro encierra indicaciones y enseñanzas dignas de ser tomadas en cuenta, ya que de todo esto abunda en el tomo II, que examinamos.

En efecto; los comentarios del libro II del Código civil que en este tomo se contienen, son obra de experto jurista,

conocedor avisado del derecho que comenta, y muy bien impuesto en las legislaciones análogas de otros pueblos — v. gr., de Francia, España, Chile y la Argentina,—así como bastante bien orientado en el estudio de los grandes civilistas, como Laurent, Ricci, De Filippes, Goyena, Segovia; de los filósofos del derecho, como Krause, Ahrens, Boistel y otros, y de los historiadores y sociólogos como Spencer, Tarde, Laveleye, D'Aguanno, Azcárate, Altamira, etc., etc.

Del plan y procedimiento que el autor sigue, poco puede decirse: son los que en esta clase de trabajos se aplican; el plan es el del Código mismo; el procedimiento, el de la crítica por artículos. No cabe, pues, hacer un extracto de la obra. Ni cabe, en estas notas, detenerse en otro género de apreciaciones; he de limitarme, pues, á señalar como una de las cuestiones que me parecen mejor estudiadas en estos *Comentarios*, la del *dominio*. El autor resume con mucha claridad muchas de las teorías modernas relativas al fundamento de la propiedad, y no pocas de las más interesantes acerca de su evolución. También trata con especial cuidado la materia de la expropiación forzosa.

A. POSADA.

Della filosofia giuridica nel presente ordinamento degli studi. Prelezione al corso di filosofia del diritto letta nella R. Università di Roma il XVI gennaio, 1899, per S. Fragapane.— Roma, Ermanno Loescher & C.º, 1899.—Un folleto de 38 págs.

La enseñanza universitaria está actualmente organizada todavía, según el Sr. Fragapane, conforme á las ideas antiguas, dominantes en el campo de la ciencia hasta poco tiempo hace, pero que hoy ya son insostenibles, pues las modernas concepciones las rechazan. De aquí nace un verdadero dualismo, un innegable y curioso contraste: por un lado, la Universidad, que debiera ser el órgano principal de la ciencia y de la investigación científica, el sitio donde primero hallaran al-

bergue las nuevas ideas y los nuevos descubrimientos, se ha convertido en un asilo, poco menos que del todo inexpugnable, de las doctrinas viejas; por otro lado, las ideas modernas, las ciencias nuevas, las nuevas indagaciones, donde se cultivan y se hacen es fuera de la Universidad. Así se explica que «de los tres grandes acontecimientos científicos de la cultura moderna, ó sea la constitución de la biología y de la psicología, y el proceso de elaboración de la sociología, no exista señal alguna en la enseñanza superior de Italia», y casi lo mismo se podría decir de otros países. Y eso que el primer impulso dado á la sociología puede decirse que se debe á un italiano: á Vico; como el primer impulso dado á la física débese también á otro italiano: á Galileo.

El mismo contraste se observa en punto á la filosofía del derecho, como lo demuestra el hecho de que ésta debe enseñarse en Italia (como entre nosotros el Derecho natural) el primer año de la carrera de Jurisprudencia, siendo así que la concepción moderna de esta disciplina, como síntesis de las particulares ramas ó ciencias jurídicas, exigiría que su estudio se hiciera después del de éstas, como coronamiento del mismo.

El autor completa y desenvuelve en este opúsculo ideas por él manifestadas ya en otros escritos acerca de la función, valor, etc., de la filosofía del Derecho.

P. DORADO.

Qu'est-ce que la federation? Qu'a-t-elle fait? Que veut-elle? por un miembro del Comité ejecutivo.— Un vol., 78 págs.— París. Giard y Brière, editores, 1898. Su precio: un franco.

Uno de los movimientos más universales que en orden á la moralización de las costumbres pueden señalarse en nuestros tiempos, es, sin duda, el que se propone la abolición de la prostitución reglamentada, esto es, la abolición de los reglamentos oficiales de la explotación del vicio de la prostitu-

ción. Para dirigir aquel movimiento, y para agitar la opinión pública de todos los Estados cultos contra la prostitución reglamentada, tiempo hace que se ha constituido una *Federación Abolicionista Internacional*, que tiene su *Boletín* mensual, celebra frecuentes congresos, publica numerosos libros y folletos de propaganda, dirige peticiones á los Gobiernos y á los Parlamentos, desenvuelve, en suma, una gran actividad para lograr los fines moralizadores que se propone.

Ahora bien; el folleto cuyo título va al frente de estas líneas, como el mismo título indica, no es más que una indicación de lo que es la Federación, de lo que se propone y de lo que hasta el presente ha conseguido.

A. POSADA.

Divinitá criminali, por Raimundo Anecchino. Segunda edic.—Un folleto de 31 págs.—Roma: Fratelli Capaccini, editores, 1898.

La Stampa e la psicosi suicida e criminale, por el mismo.—Un folleto de 29 págs. 1898.—Precio de cada folleto, 0,30 de lira.

Dos folletos muy eruditos y de lectura muy interesante. En el primero, el autor, apoyándose en las investigaciones de los historiadores de la humanidad primitiva y antigua, estudia el influjo que numerosas divinidades han tenido en la criminalidad del hombre; pasa revista, en diversos párrafos, á las divinidades salvajes, á los sacrificios humanos, á los fenómenos de inmoralidad y prostitución, de incesto, asesinato, homicidio, robos, etc., determinados ó condicionados por concepciones criminosas, de las divinidades; luego habla de las deidades greco-romanas, de Jehová y Alah y del misoneísmo religioso.

Si interesante es la materia del primer folleto, no lo es menos la del segundo: probablemente más; es, por de pronto, de mayor actualidad. Trata, en efecto, el autor, del suicidio y del crimen, en relación con la prensa. Partiendo del principio, sentado por la psicología positiva, de la facilidad del

contagio en el campo psicológico, examina la prensa como medio adecuado del referido contagio, con relación á los suicidios y á los crímenes. La prensa puede ser una fuente de sugerencias para verificar actos suicidas y delitos ó crímenes. Para demostrarlo, el Sr. Annecchino cita varios ejemplos. Sin duda que la prensa no sugiere el crimen sino en los pre-dispuestos por tendencia, pero no importa; el autor estima evidente el influjo que en este punto puede ejercer la publicidad y la notoriedad que aquella procura; y así, es de parecer «que á los periódicos no debería estarles permitido sino registrar la noticia pura y simple de los suicidios y de los delitos, prohibiéndoseles de una manera rigurosa cualquier detalle».

A. POSADA.

Lecciones de principios de Derecho, por Antonio Huneeus.—Un volumen de 76 páginas.—Santiago de Chile, 1898.

Esta obrita, destinada á los alumnos de la Universidad chilena que cursan la cátedra de Derecho natural, es un breve resumen expositivo de ciertas nociones fundamentales del Derecho, hecho por el profesor mismo que tiene á su cargo aquella enseñanza. No abarca todo el sistema de la ciencia filosófica del Derecho: contráese meramente á las indicaciones iniciales ó preparatorias, algunas de las cuales suelen comprenderse en la Introducción; así se estudia: 1.º, las acepciones generales del Derecho, sus relaciones con la moral y su función; 2.º, el método; 3.º, las clasificaciones; 4.º, los orígenes y reforma del Derecho; y 5.º, los derechos innatos.

A. POSADA.

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Tierras vírgenes</i> (novela) continuación, por Ivan Turgueneff.....	5
<i>Las Sociedades de lectura y las Bibliotecas populares en Inglaterra</i> , por M. Mouchet y P. A. Barnet.....	39
<i>Poetas americanos: El prisionero del Diablo</i> , por Domingo Martínez Luján.....	64
<i>La patria de D. Juan de Jáuregui</i> , por José María Asensio.....	73
<i>Discursos á la Nación Alemana</i> , por Juan T. Fichte.....	81
<i>Bajo los Austrias</i> , por Juan Pérez de Guzmán.....	95
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	120
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	132
<i>Revista Hispanoamericana</i> , por Iob.....	171
<i>Notas bibliográficas</i>	190

LIBROS PUBLICADOS

POR

LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta en su Administración, Cuesta de Santo Domingo,
16, principal.—MADRID

	Pesetas		Pesetas
175 Aguanno. — La génesis y la evolución del Derecho civil.	15	120 — Las Diabólicas.	3
176 — La Reforma integral de la legislación civil.	4	124 — Una Historia sin nombre.	3
177 Alcofurado. — Cartas amatorias de la monja portuguesa.	3	110 — Venganza de una mujer.	3
178 Anónimo. — ¿Académicas?	1	130 Baudelaire. — Los paraísos artificiales.	3
179 — Currita Albornoz al P. Luis Coloma.	1	163 Becerro de Bengoa. — Trueba.	1
180 Araujo. — Goya.	3	174 Bergeret. — Eugenio Mouton (Merinos)	1
183 Arenal. — El Delito colectivo.	1,50	169 Bourget. — Hipólito Taine.	0,50
182 — El Derecho de gracia.	3	185 Burgess. — Ciencia política y Derecho constitucional comparados (tomo 1.º).	6
181 — El Visitador del preso.	3	186 — Idem íd. íd. (tomo 2.º).	8
114 Arnold. — La crítica en la actualidad.	3	187 Buylla. — Economía.	12
172 Asensio. — Fernán Caballero.	1	36 Campe. — Historia de América (tomo 1.º).	3
39 — Martín Alonso Pinzón.	3	37 — Idem íd. íd. 2.º.	3
184 Asser. — Derecho Internacional privado.	6	156 Campoamor. — Cánovas.	1
111 Balzac. — César Birotteau.	3	79 — Doloras, cantares y humoradas.	3
54 — Eugenia Grandet.	3	69 Campoamor. — Ternezas y flores.	3
112 — La Quiebra de César Birotteau.	3	188 Carnevale. — Filosofía jurídica.—Crítica penal.	5
62 — Papá Goriot.	3	189 — La cuestión de la pena de muerte.	3
76 — Ursula Mirouet.	3	102 Caro. — Costumbres literarias.	3
2 Barbey d'Aurevilly. — El Cabecilla.	3	140 — El Derecho y la fuerza.	3
12 — El Dandismo y Jorge Brummel.	3	58 — El pesimismo en el siglo XIX.	3
131 — La Hechizada.	3		

	Pesetas.		Pesetas.
65 — El suicidio y la civilización.....	3	24 Flaubert. — Un corazón sencillo.....	3
127 — Littré y el Positivismo.....	3	194 Fouillee. — Novísimo concepto del derecho.....	7
293 Castro. — El libro de los galicismos.....	3	196 — Historia de la filosofía (tomo 1.º).....	12
190 Collins. — Resumen de la filosofía de Spencer (tomo 1.º).....	15	197 — Idem íd. (tomo 2.º).....	
191 — Idem íd. íd. (tomo 2.º).....		3	195 — La ciencia social contemporánea.....
64 Coppée. — Un idilio.....	3	198 Framarino dei Malatesta. — Lógica de las pruebas (tomo 1.º).....	15
40 Cherbuliez. — Amores frágiles.....	3	199 — Idem íd. (tomo 2.º).....	
26 — La tema de Juan Tozudo.....	3	201 Garofalo. — Indemnización á las víctimas del delito.....	4
93 — Meta Holdenis.....	3	200 — La criminología.....	10
18 — Mis Rovel.....	3	202 — La superstición socialista.....	5
91 — Paula Mere.....	3	98 Gautier. — Bajo las bombas prusianas.....	3
297 Darwin. — Viaje de un naturalista alrededor del mundo (tomo 1.º).....	15	167 — Enrique Heine.....	1
298 — Idem íd. íd. (tomo 2.º).....		132 — Madama de Girardin y Balzac.....	3
59 Daudet. — Cartas de mi molino.....	3	121 — Nerval y Baudelaire..	3
125 — Cuentos y fantasías..	3	70 Gay. — Los Salones célebres.....	3
38 — El sitio de París.....	3	261 Giddings. — Principios de Sociología.....	10
13 — Jack (tomo 1.º).....	3	286 Giuriati. — Los errores judiciales.....	7
14 — Idem (tomo 2.º).....	3	203 Gladstone. — Los grandes nombres.....	5
22 — La Evangelista.....	3	164 — Lord Macaulay.....	1
46 — Novelas del lunes....	3	287 Goethe. — Memorias.....	5
100 — Tartarín en los Alpes.	3	21 Goncourt. — Germinia Lacerteux.....	3
166 Dorado. — Concepción Arenal.....	1	205 — Historia de la Pompadour.....	6
289 — El Reformatorio de Elmira.....	3	204 — Historia de María Antonieta.....	7
192 — Problemas jurídicos contemporáneos.....	3	44 — La Elisa.....	3
31 Dostoyusky. — La casa de los muertos.....	3	61 — La Faustín.....	3
33 — La novela del presidio.	3	129 — La señora Gervaisais..	3
193 Engels. — Origen de la familia, de la propiedad y del Estado.....	6	6 — Querida.....	3
162 Fernán Flor. — Tamayo..	1	11 — Renata Mauperín....	3
158 — Zorrilla.....	1	206 González. — Derecho usual.....	5
155 Fernández Guerra. — Hartzenbusch.....	1	282 Goodnow. — Derecho administrativo comparado (tomo 1.º).....	14
92 Ferrán. — Obras completas.....	3	283 — Idem íd. íd. (tomo 2.º).....	
42 Ferry. — Estudios de Antropología criminal (agotado).		207 Goschen. — Teoría de los cambios extranjeros...	7
73 — Nuevos estudios de Antropología.....	3		

	Pesetas.		Pesetas
208 Grave. — La sociedad futura.....	8	294 — La Educación de.....	7
209 Gross. — Manual del juez.....	12	224 Manduca. — El Procedimiento penal.....	5
210 Gumpowicz. — Derecho político filosófico.....	10	225 Martens. — Derecho internacional (tomo 1.º.)	22
211 — Lucha de razas.....	8	226 Idem íd. íd. (tomo 2.º.)...	
212 Guyau. — La educación y la Herencia.....	8	227 Idem íd. íd. (tomo 3.º.)...	
290 Hamilton. — Lógica parlamentaria.....	2	173 Maupassant. — Emilio Zola.....	1
213 Hausonville. — La juventud de Lord Byron.....	5	228 Mat-Muller. — Origen y desarrollo de la religión.....	7
41 Heine. — Memorias.....	3	160 Menéndez y Pelayo. — Martínez de la Rosa...	1
214 Hunter. — Sumario del Derecho romano.....	4	152 — Núñez de Arce.....	1
215 Ihering. — Cuestiones jurídicas.....	5	284 Meneval. — María Estuardo.....	6
216 Janet. — La familia.....	5	118 Merimée. — Colomba.....	3
217 Kells Ingram. — Historia de la Economía política.....	7	133 — Mis perlas.....	3
218 Kidd. — La evolución social.....	7	229 Mey-r. — Derecho Administrativo.— La Administración y la organización administrativa..	5
219 Koch y otros. — Estudios de higiene general.....	3	230 Miraglia. — Filosofía del Derecho (tomo 1.º.)...	15
295 bis. Korolenko. — El desertor de Sajalín.....	2,50	231 — Idem , ídem (tomo 2.)	
88 Kropotkin. — La Conquista del pan (agotada).		296 Mommsen. — Derecho público romano.....	12
299 Krüger. — Historia, fuentes y literatura del Derecho romano.....	7	170 Molins. — Bretón de los Herreros.....	1
221 Laveleye. — Economía política.....	7	295 Murray. — Historia de la Literatura clásica griega.....	10
220 Lange. — Luis Vives.....	2,50	232 Neera. — Teresa.....	3
288 Lemonnier. — La Carnicería.....	3	233 Neumann. — Derecho Internacional público moderno.....	6
83 Lombroso. — Aplicaciones judiciales y médicas de la Antropología criminal.....	3	157 Pardó Bazán. — Alarcón.....	1
72 — El Hipnotismo.....	3	171 — Campoamor.....	1
222 — La Escuela criminológico positivista.....	7	151 — El P. Luis Coloma...	2
135 — Últimos progresos de la Antropología criminal.....	3	168 Passarge. — Ibsen.....	1
45 — Antropología y psiquiatría (agotada).		161 Picón. — Ayala.....	1
223 Lubbock. — El empleo de la vida.....	3	234 Posada. — Derecho administrativo.....	5
99 — La Vida dichosa.....	3	235 Renán. — Estudios de historia religiosa.....	6
28 Macaulay. — Estudios jurídicos (tomo 1.º.)....	3	236 — La Vida de los Santos.....	6
29 — Idem íd. íd. (tomo 2.º.)	3	56 — Memorias íntimas (tomo 1.º.).....	3
		57 — Idem , ídem. (tomo 2.º.)	3
		19 — Mi infancia y mi juventud.....	3
		237 Ricci. — Tratado de las pruebas (tomo 1.º.)....	20
		238 — Idem , ídem (tomo 2.º.)	

	Pesetas.		Pesetas.
285 Rod.—El silencio.....	3	tiguo derecho y la cos-	
122 Sainte-Beuve.—Retra-		tumbre primitiva.....	7
tos de mujeres.....	3	265 — Historia del Derecho..	8
49 — Tres mujeres.....	3	264 — Laguerra según el De-	
84 Sardou.—La Perla Ne-		recho internacional... 4	
gra.....	3	266 — Las instituciones pri-	
240 Savigny.—De la voca-		mitivas.....	7
ción de nuestro siglo		267 Supino.—Derecho mer-	
para la legislación... 3	3	cantil.....	12
242 Schopenhauer.—El		96 Taine.—El Arte en Gre-	
mundo como voluntad		cia.....	3
y como representación. 12	12	101 — El ideal en el Arte... 3	
78 — Estudios escogidos... 3	3	66 — Filosofía del Arte... 3	
241 Schopenhauer.—Funda-		106 — Florencia.....	3
mento de la moral..... 5	5	268 — Historia de la litera-	
243 Sighele.—El delito de		tura inglesa contempo-	
dos.....	4	ránea.	7
244 — La muchedumbre de-		269 Taine.—Historia de la li-	
lincuente.....	4	teratura inglesa.—Los	
245 — Teoría positiva de la		orígenes.....	7
complicidad.....	5	270 — La Inglaterra.....	7
256 Spencer.—De las leyes		74 — La pintura en los Paí-	
en general.....	8	ses Bajos.....	3
253 — El organismo social.. 7	7	108 — Milán.....	3
254 — El progreso.....	7	103 — Nápoles.....	3
257 — Ética de las prisiones. 10	10	104 — Roma (tomo 1.º).....	3
255 — Exceso de legislación. 7	7	105 — Idem (tomo 2.º).....	3
248 — La beneficencia..... 6	6	107 — Venecia.....	3
246 — La justicia.....	7	272 Tarde.—El duelo y el de-	
247 — La moral.....	7	lito político.....	3
249 — Las instituciones		109 — Estudios penales y so-	
eclesiásticas.....	6	ciales..	3
251 — Las instituciones po-		273 — La criminalidad com-	
líticas (tomo 1.º).....	12	parada.....	3
252 — Idem íd. (tomo 2.º)..	12	261 — Las transformaciones	
258 — Los datos de la Socio-		del Derecho.....	6
logía (tomo 1.º).....	12	239 Thorold Rogers.—Sen-	
259 — Idem íd. (tomo 2.º)..	12	tido económico de la	
260 — Las inducciones de la		Historia.....	10
Sociología y las insti-		134 Tcheng-Ki-Tong.—La	
tuciones domésticas... 9	9	China contemporánea.. 3	
250 — Las instituciones so-		5 Tolstoy.—Dos genera-	
ciales.....	7	ciones.....	3
292 Stead.—El Gobierno de		7 — El ahorcado.....	3
Nueva York.....	3	71 — El camino de la vida.. 3	
136 Stendhal.—El Amor... 3	3	63 — El canto del cisne... 3	
138 — Curiosidades amato-		77 — El dinero y el trabajo. 3	
rias.....	3	10 — El Príncipe Nekhli.. 3	
262 Sthal.—Historia de la		34 — El sitio de Sebastopol. 3	
filosofía del Derecho... 3	3	81 — El trabajo.....	3
27 Stuart-Mill.—Mis me-		15 — En el Cáucaso.....	3
morias.....	3	115 — Fisiología de la gue-	
291 Sudermann.—El Deseo. 3,50	3,50	rra.....	3
263 Sumner-Maine.—El an-		52 — Iván el imbécil.....	3

	Pesest		Pesetas.
117 — La escuela de Yarnaia Poliana.....	3	4 Wagner.—Recuerdos de mi vida.....	3
20 — La muerte.....	3	279 Wolf.—Historia de las literaturas castellana y portuguesa (tomo 1.º)..	7
1 — La sonata á Kreutzer.	3	280 Idem íd. íd. tomo 2.º.....	8
95 — Lo que debe hacerse..	3	43 Ibsen.—Casa de muñeca.	3
48 — Los Cosacos.....	3	119 — La Dama del mar y Un enemigo del pueblo....	3
90 — Los hambrientos.....	3	53 — Los Aparecidos y Edda Gabler.....	3
3 — Marido y mujer.....	3	143 Zola.—Balzac.....	1
85 — Mi confesión.....	3	148 — Chateaubriand.....	1
113 — Mi infancia.....	3	144 — Daudet.....	1
126 — Mi juventud.....	3	146 — Dumas (hijo).....	1
75 Tolstoy.—Placeres viciosos.....	3	35 — Estudios críticos.....	3
94 — ¿Qué hacer?.....	3	86 Zola. — El Doctor Pascual (tomo 1.º).....	3
294 Trevelyan.—La Educación de Lord Macaulay.	7	87 — Idem íd. íd. (tomo 2.º).	3
89 Turgueneff.—Aguas primaverales.....	3	50 — El naturalismo en el teatro (tomo 1.º). Las teorías.....	3
97 — Demetrio Rudín.....	3	51 — Idem íd. íd. (tomo 2.º). Los ejemplos.....	3
25 — El judío.....	3	17 — Estudios literarios..	3
123 — El reloj.....	3	147 — Flaubert.....	1
47 — El Rey Lear de la Estepa.....	3	154 — Gautier.....	1
8 — Humo.....	3	149 — Los Goncourt.....	1
139 — La Guillotina.....	3	142 — Víctor Hugo.....	1
16 — Nido de hidalgos.....	3	23 — La novela experimental.....	3
137 — Padres é hijos.....	3	9 — Las Veladas de Medán.	3
80 — Primer amor.....	3	128 — Los hombros de la Marquesa.....	3
60 — Un desesperado.....	4	67 — Los novelistas naturalistas (tomo 1.º).....	3
281 Uriel.—Historia de Chile.....	8	68 — Idem íd. íd. (tomo 2.º).	3
153 Valera.—Ventura de la Vega.....	1	30 — Mis odios.....	3
116 Varios autores.—Cuentos escogidos.....	3	150 — Musset.....	1
276 — El Derecho y la Sociología contemporáneos..	12	32 — Nuevos estudios literarios.....	3
277 — Novelas y caprichos..	3	165 — Sainte Beuve.....	1
274 — La nueva ciencia jurídica (tomo 1.º).....	15	141 — Jorge Sand.....	1
275 — Idem íd. íd. (tomo 2.º).	15	145 — Sardou.....	1
55 — Ramillete de cuentos.	3	159 — Stendhal.....	1
82 — Tesoro de cuentos....	3		
278 Vivante.—Derecho mercantil.....	10		